Rafael Arozarena

MARARÍA

INDICE

Capítulo I 3
Capítulo II 10
Capítulo III 15
Capítulo IV 19
Capítulo V 26
Capítulo VI 31
Capítulo VII 35
Capítulo VIII 39
Capítulo IX 47
Capítulo X 49
Capítulo XI 57
Capítulo XII 68
Capítulo XIII 74
Capítulo XIV 83
Capítulo XV 94
Capítulo XVI 104
Capítulo XVII 108
Capítulo XVIII 114
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA 120

Capítulo I

Me habían descrito al hombre. Un hombre bajo, débil, pequeño. Un hombre con ojos de ratón, ojos negros, diminutos como cabezas de alfileres, brillantes bajo unos párpados nerviosos. Un hombre con bigote grande, espeso, de puntas afiladas, puntas señalando al horizonte, como las agujas de la rosa de los vientos. Un hombre en mangas de camisa, con corbata negra, verdosa, pardusca. Los pantalones grises, amarillos, viejos, gastados, con remiendos de telas diversas en los pemiles y en el trasero. El sombrero negro, arenoso, con manchas de humedad y cinta desflecada. Un hombre con un diente arriba y otro diente abajo. Con manos ásperas, duras, encallecidas, morenas y rojas, con uñas negras, fuertes y largas. Un hombre con un pie descalzo y otro calzado con un zapato descosido, un zapato con varias suelas superpuestas, suelas de goma, de cubiertas de camión. Un hombre viudo, con un hijo. Un hijo alto, muy delgado, con pelo movido y rubial. Un hijo activo, trabajador, nervioso, diligente, con ojos azules con pestañas largas, con brazos largos, con piernas largas. Un hombre que tenía un hijo así. Un hombre que vivía en la calle transversal, en una casa pequeña, enjalbejada, con una puerta verde, con una ventana verde. Un hombre que se llamaba Pedro, que lo llamaban Geito, Pedro el Geito.

Un hombre que tenía un camión. Un camión antiguo, un camión Ford. Un camión con bigotes, como él, como Pedro. Un camión lleno de grasa, de tierra, de alambres, de ruidos, de humo, de herrumbre, de clavos, de astillas, de escachaduras. Un camión con un motor que tosía, escupía, jadeaba. Un motor agotado, enfermo de nervios, de rabia, de sed. Un motor que nunca terminaba de morir.

Pedro, Pedro el Geito, un hombre solicitado en la isla, a quien siempre había que buscar, que esperar, que pedir, que pagar. Un hombre que transportaba hombres, mujeres, barricas, cabras, chicos, pescado. Un hombre que lo metía todo en el camión y lo llevaba isla adentro, a los pueblos, a Tias, Yaiza, Uga, Haría. Un hombre que regresaba con su camión lleno de sandías, de leche, de garbanzos, de mujeres, de hombres, de niños...

La calle transversal, a las cuatro de la tarde, daba modorra. Ancha, pobre, solitaria, silenciosa. Era una calle de sol, de tierra, de perros, de moscas verdes, de casas chatas, de cielo, de mucho cielo azul. Al final, a la derecha, sobre la acera de piedras planas, dormitaban tres hombres. Estaban sentados en el suelo, con las espaldas apoyadas contra la pared de una casa blanca. Una casa blanca con la puerta verde, la ventana verde.

Me acerqué a preguntar:

—Pedro, Pedro el Geito...

Uno de los hombres, el más viejo, echó hacia atrás su sombrero y levantó la cabeza para verme. El sol dio de lleno en su cara tostada. Entornó los párpados para

defenderse de la luz y en la comisura de los párpados se le marcaron patas de gallo. Se quitó la pipa que tenía en la boca y con el caño de la misma señaló a uno de los hombres que dormían recostados en la pared.

—Es ése.

Aquel era, sí. Con la camisa sucia, con la corbata negra, con el bigote, con el sombrero. Abrió los ojos apenas una rendija para observarme.

—Voy a Femés —dije—. Quiero ir a Femés.

Miró mi maleta. Una maleta de madera, tosca, mediana, sin etiquetas de hotel.

—Hay que esperar. Falta gente. Sobra tiempo. Siéntese. Descanse.

Volvió a cerrar los ojos, a dormitar.

Puse la maleta junto a la pared y me senté encima. Una mosca azul se posó en mi mejilla. Sentí sus patitas húmedas, pegajosas, repugnantes. Traté de ahuyentarla y se posó en mi mano. La sacudí con fuerza, con asco y fue a posarse sobre el rostro de Pedro el Geito, junto a su boca, donde permaneció largo tiempo sin ser espantada.

El hombre de la cachimba me dirigió una mirada indiferente, escupió una saliva sucia, se contempló una mano y volvió a cerrar los ojos con lentitud, vencido por el sol, por el fuego de la tierra, por el vacío de la calle. Pasó un tiempo sin ocurrir nada hasta que llegó un perro. Un perro flaco, rubicán, con ojos rojos, hocico afilado y garrapatas en las orejas. Llegaba oliendo el polvo, quemándose la nariz, bailando elástico sobre sus altas patas de alambre. Una vez frente a mí, levantó la cabeza, estiró el cuello, olfateó el aire y permaneció como clavado en la mitad de la calzada. Luego se acercó con cautela y olió los pies del hombre que estaba a mi lado. Olió sus ropas y su cara untándole el rostro de moquillo. El hombre tomó un puñado de tierra caliente y lo lanzó a los ojos del perro que dio un salto al tiempo de lanzar un aullido apagado.

—¡Maldito sarnoso!

Volvió el hombre a escupir saliva sucia, se pasó la manga por la mejilla y siguió dormitando.

El perro prosiguió su rumbo, ahora más aprisa, sin bajar el hocico y con el rabo entre patas.

Entorné los párpados. Me vencía el calor, la modorra de la tarde. A mis espaldas, al otro lado de las casas, el mar murmuraba monótono y suave. Ahora estaba en Lanzarote, la más oriental de las islas Canarias y era como si estuviese sobre el lomo de aquel perro flaco, aquel perro de cal y de arena. En esto pensaba cuando oí junto a mí la voz de una mujer. Había dicho simplemente:

—Buenas tardes.

Era alta, seca, forrada de negro, de piel tostada, ojos legañosos y un tabaco de Virginia le colgaba del labio inferior. No dijo más y se arrimó contra la pared, buscando un hilo de sombra que bajaba de los tejados. Poco después comenzó el ruido. Un ruido lejano como el zumbido de un abejorro. El hombre de la pipa abrió los ojos y esperó que aquello se le metiera bien en los oídos. Se volvió hacia Pedro el Geito que roncaba a su lado y lo zarandeó por los hombros.

—Despiértese, Pedro; ya viene.

El Geito se puso en pie de un salto, se colocó bien el sombrero y puso los brazos

en cruz al tiempo que bostezaba. Era muy bajo y tenía las piernas arqueadas. Se acercó a la puerta de la casa y gritó:

—¡Antonioo!

Antonio el largo, Antonio el Paja, hijo de Pedro, salió apresuradamente con el cabello revuelto y los ojos hinchados de dormir. Se dirigió hacia una puerta confeccionada con chapas de bidones viejos, una puerta de garaje, dos casas más allá de la suya. Allí estuvo manipulando con un enorme candado hasta que logró abrir. Por la esquina cercana apareció un camión destartalado, furioso, con un plumacho de vapor en el morro, como el chorro de una ballena. Se sostuvo sobre dos ruedas durante el viaje y dio un tremendo frenazo ante la casa de Pedro el Geito. Detrás, una chusma de chicos gritaba:

—¡La cafetera! ¡La cafetera!...

Al volante venía un hombre joven, fornido, colorado, sudoso, con la camisa desabrochada y un sombrero color aceituna, con manchas de grasa y lleno de agujeros. Saltó del camión como quien se tira de un caballo, hizo un saludo con la mano y se dirigió junto a una de las ruedas traseras, donde quedó en cuclillas.

Aún quedaba una nube de polvo en la calle. Una nube dorada que entorpecía la vista. Del camión comenzaron a descender unos seres extraños, como personajes salidos de un sueño: mujeres con niños enfermos de viruela, de sarampión, de ronchas; hombres con facciones de piedra, cabras, un camello joven, un cojo y tres viejas silenciosas, forradas de negro, con grandes sombreros de paja trenzada.

Se acercaron dos muchachos para comenzar la descarga del camión. Sacaron sandías, sacos de garbanzos y lentejas, cestas de uvas, barricas de vino y buena cantidad de cántaros lecheros. Los chicos se habían agrupado alrededor y también se reunieron los perros y las moscas.

Antonio el Paja, el hijo de Pedro, acudió junto al conductor para ayudarle a desmontar la rueda trasera. Fue cuestión de segundos. La llevaron al garaje y Pedro el Geito desapareció tras ellos. Al poco, oyéronse las explosiones de un motor y por la puerta grande salió un raro artefacto pintado de añil. El camión de Pedro, según la gente. Y era curioso el vehículo aquel, con las aletas del capó abiertas, apoyadas en los guardafangos, como una nariz con las ventanas dilatadas para recoger todo el aire posible. La cabina sin puertas, con techo de lona, de un trozo de vela de barco. Un solo faro de carburo, un faro dorado y sin cristal. Correas, alambres, parches de lata... Detrás de la cabina, dos asientos de varilla servían para el pasaje y atrás de todo, media carrocería de camión para la carga. El motor jadeaba como los perros cansados y con sed cuando se quedan con la lengua fuera y todo aquel cachivache temblaba desajustado, nervioso en medio de la calzada, esperando como un potro la orden de salida.

Pedro el Geito se mantuvo inmóvil agarrado al volante y como era tan bajo de estatura, adquiría una cómica posición de brazos en alto. Estaba atento a la respiración de la máquina. Bajó dos veces la palanca de los gases y temblaron los cristales de las casas. La calle se llenó de polvo y los perros enseñaron los dientes y se pusieron a ladrar furiosos. Los chicos permanecían en silencio, los ojos muy abiertos, con la vista clavada en Pedro el Geito. Al fin se escucharon dos grandes detonaciones

y el motor quedó retemblando con son de tajaraste mientras caían algunos desconches de la pared más cercana.

El Geito hizo un ademán con el brazo.

—Suban. Dense prisa. Se hace tarde.

Subió la vieja de los ojos legañosos, subieron los hombres y un chico de doce años que llevaba una cesta vacía. Yo fui el último en subir y logré acomodarme detrás del conductor.

El mocetón colorado y sudoroso que había desmontado la rueda del otro camión se acercó sonriendo:

—La necesito mañana a las cinco.

—La tendrás mañana a las cinco —dijo Pedro.

—No podré salir sin ella.

—Ya lo sé, ya lo sé.

Era un problema de transportes: dos camiones y siete ruedas.

El Geito se aferró al volante y miró al frente, hacia arriba, al cielo azul que techaba la calle. Una gaviota cruzaba en dirección a la playa. Antonio estaba cerrando el garaje. Subió al camión cuando ya estaba en marcha. Tomó asiento junto a su padre, se agarró al parabrisas con la mano izquierda y dejó una pierna colgando por fuera de la cabina.

Los chicos persiguieron al camión a lo largo de la calle y gritaban desaforados tirando piedras:

—¡El aeroplano! ¡El aeroplano...!

De tan bajo que era, Pedro el Geito no podía ver la calzada. No podía ver aquellas tres mujeres de grandes sombreros de paja que avanzaban lentas, diez metros delante del vehículo. Tampoco veía la esquina por donde había de torcer, pero tenía a su hijo para avisar. Antonio el Largo, Antonio el Paja, ordenaba a tiempo:

—¡A la derecha, padre!

El Geito tiró a ciegas del volante. El guardabarro rozó la pared, trazó un surco en la fachada de cal y se oyó un ruido de latón escacharrado. El camión desembocó en otra calle amplia, de baches, de tierra, de casas chatas. Atrás quedaron los chicos ya calmados, frotándose el polvo de los ojos. Un hombre y camello se hicieron a un lado, se pegaron como parche a la pared para salvar la vida. De una casa salió una mujer con un cazo lechero y alargó el brazo como si fuese a dar un pase de muleta.

Antonio cogió el cazo al vuelo, mientras la mujer gritaba para dejarse oír sobre el ruido del motor:

—¡A Juana que me mande tres litros!

—¡Buenoooo!

Más adelante, un hombre se apoyaba en la puerta de su vivienda. Un hombre grueso, de barriga hinchada, cara redonda y cuello de toro. Al pasar el camión levantó la mano con pereza, a manera de saludo. Antonio el Paja estiró la pierna que llevaba colgando con intención de rozarle el vientre, al tiempo que gritaba con burla:

—¡Adiós Colas...!

—¡El diablo te lleve, cernícalo! —chilló el gordo.

Antonio ordenó rápido:

—¡A la izquierda, padre!

Al fin salimos de Arrecife, hacia el campo abierto, hacia la inmensa llanura. El camión emprendió un galope desenfrenado por una carretera recta y terrosa que se perdía lejana en un horizonte de montañas azules y rojizas. A nuestra izquierda la llanura terminaba en el mar y a la derecha se limitaba por una cordillera arenosa, dorada, de curva suave como la giba de un camello. El motor hacía un ruido monótono, continuo, adormecedor. El aire era caliente y el sol que avanzaba en su descenso, se nos metía en los ojos. Volví la cabeza un momento. En el asiento de atrás estaban los dos hombres y la vieja de las legañas. El de la cachimba miraba hacia el lado del mar y el otro contemplaba la muerta, sequerosa, tierra. La vieja repasaba las cuentas de un rosario. Al fondo, sobre unos bultos, el muchacho de la cesta vacía se había ovillado como un gato y parecía dormido. Dediqué mi atención al color del cielo, a las lejanas colinas, a la extensión del aulagar.

Antonio volvió el rostro hacia su padre.

—¿Me dejará conducir?

Pedro el Geito no parecía escuchar.

—Ya debería yo saber conducir —insistió Antonio—. Sé llevar el volante. Los pedales son cosa fácil. Usted podría enseñarme.

El Geito no hizo caso. Su hijo se fue envalentonando.

—Usted está viejo, padre. Cualquier día...

Pedro movió los hombros como si le picaran pulgas.

—Cualquier día usted... Yo debería saber conducir. Conozco las carreteras. Usted podría quedarse en casa, descansando, mientras yo...

—¿Quieres callarte? Te he dicho muchas veces que no quiero que conduzcas el camión.

—Pero usted...

—Yo sé lo que me digo. ¡Cállate! Cuando me muera.

—¡Cuando se muera! ¡Todo cuando se muera!

—¡Cállate! Mira si falta mucho para llegar a la cuesta de los Guirres.

Antonio miró hacia adelante de mala gana.

—Faltan unos treinta metros —dijo.

El Geito hizo girar el volante y el camión se salió de la carretera dando tumbos. Describió una curva amplia y entró de nuevo en la pista en dirección contraria. Pedro levantó la palanca de los gases y metió a fondo el pedal del freno. El vehículo quedó parado entre una nube de tierra. El Geito se escupió en las manos, las frotó con fuerza, se agarró de nuevo al volante y miró hacia atrás.

—No pasa nada —me dijo—. Hay una cuesta empinada. Tengo el depósito de gasolina picado. No quiero perder una gota. Tenemos que subir al revés, reculando. Así no se saldrá la gasolina.

El camión ascendía lentamente. Antonio iba avisando.

—Derecho, derecho, padre. Vire un poco a la izquierda. Siga derecho, padre.

A la mitad de la subida, el depósito del agua se descorchó como una botella de champaña y el tapón salió disparado hacia el cielo. Un chorro de vapor humedeció el parabrisas. Pero aquello debía ser natural porque nadie se inmutó ante el percance. Una vez arriba de la cuesta, el camión dio vuelta de nuevo y recobró su antigua dirección.

El sol tocaba ahora el borde de las colinas y la llanura adquiría un tinte rojo, encendido, como de fuego. El cielo tornóse amarillo, color de hueso, y las montañas comenzaron a ennegrecerse. Había una paz infinita en el horizonte y del lado del mar llegaba una suave brisa, tibia y salada. Tenía la isla una muerte dulce, lenta y animal, como si se hubiese cortado las venas.

Cruzamos un pequeño caserío con chozos de adobe y tejavanas y poco después vislumbré a lo lejos, al pie de las montañas, una gran ciudad clara que tenía el aspecto de una ciudad.

—Es un pueblo fantasma —dijo Antonio—. No existe. Yo he estado allí y no existe.

El Geito miró hacia allá.

—Es el calor. La calina. Es como un espejo.

Antonio me preguntó:

—¿Va a Femés?

—Sí. Allí voy —dije.

—¿Lo llevamos a Femés, padre?

El Geito volvió a estremecer los hombros.

—Lo dejamos en el cruce. Hay un cruce ahí cerca.

—¿Qué distancia hay hasta el pueblo? —inquirí.

—Unos cinco kilómetros.

—Le pagaré si me lleva.

—No lo llevo.

—Le daré el doble.

—Aunque me comprara usted otro camión. No lo llevo. No llevo a nadie.

Antonio el Largo agachó la cabeza como si me mirase los pies.

—Si yo supiera guiar lo llevaría, y usted, padre, podría esperarme en el cruce.

—Tú te callas.

—Usted pierde, padre. Lo suyo es manía.

—No quiero ir a ese pueblo. Está maldito y pasan cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

—Conozco a uno de allá. No pasa nada.

Pedro el Geito bajó con fuerza la palanca de los gases. El camión dio varios saltos como caballo picado de espuela y emprendió una carrera loca.

—¡No me enrabisques, coño!

—¡Cálmese, padre! No le diré nada. Amaine la marcha que ahí está el cruce.

Paramos junto a un camino arcilloso, rojizo, serpenteante, que se internaba entre dos colinillas bajas y grises.

—¿Cuánto? —pregunté.
—Quince.
El Geito se quitó el sombrero. Era calvo, blanco y rojo. Estaba inquieto.

Capítulo II

Cinco kilómetros de buen caminar. Porque la tarde ya estaba muerta, definitivamente muerta, sangrando por los cuatro horizontes. Yerma, la llanura de secadales, se orilla a la tierra apelmazada del camino para brindar mechones de panascos. Porque la isla es calva y tiene a buen ver que le nazcan los cerrillos, los cardos y la aulaga. La sal de Bahía de Ávila se fue con el viento camino de Uga, como el camión de Pedro el Geito, que ya estaría por los Malpaíses. Enfrente, al fondo, surgieron de improviso las dos montañas mayores. La Atalaya y Tinazor, creo. Entrambas, blancas y amarillas, subieron juntas al cielo por error, allí están detenidas como Babel. En la V que forman sus laderas, Femés parece dormir en una hamaca.

Poco antes de llegar, el pueblo parecía fosilizado en el interior de una piedra de obispo, ya que el cielo era de color del amatista, el último color de la sangre. A Femés lo anuncia una palmera seca, un tronco quemado, alto, solitario. Una columna sería mejor decir. De la porción capitelina surge un pírgano, una rama, señalando casualmente la primera estrella. La palmera, así, parece estatua de algún maestro que blande el puntero. Un maestro fincho en su primera lección de Astronomía rural y sencilla: he ahí la primera estrella del pueblo. Quinientos pasos después llegué a las primeras casas. Las de Femés son casas extrañas, como diseñadas por un arquitecto de Oriente, un arquitecto de Jerusalén, para mejor puntualizar. Abundan las cúpulas, los muros, los hornos de pan, los grandes patios, los pozos, las cuadras y los camellos. A más pedir está la media luna, las mujeres embozadas, las palmeras y la cal. Femés es un pueblo de Oriente que llegó a la isla con vendavales de África, con las arenas del Sahara, grano a grano, y se fue transportando, depositando, reconstruyendo. Claro que también puede ser un espejismo. Femés puede ser el espejismo de algún pueblo de la Biblia.

Cuando llegué al primer muro, ya era noche cerrada. Lejos, bastante, sonaba un timple que a momentos se confundía con los grillos. El pueblo parecía desierto, las casas estaban muy separadas y no hallé una calle propiamente dicha. La iglesia era alta, con recuerdo bizantino y estaba en el centro de una explanada. Hacia la Atalaya brillaba una pequeña y débil luz.

—¡Eh!...

Me volví con sobresalto. Una pequeña figura se acercaba desde la iglesia. Era un hombre enjillado, petudo, nervioso. No supe si joven o viejo. Llegó sonriendo, siguió sonriendo.

—Yo soy Marcial, para servirle.

—¿Hay fonda?

El jorobado se quitó el sombrero para rascarse la cabeza.

—Sí. Es decir, no. Pero Isidro le alquilará un cuarto. Venga conmigo.

No dejaba de sonreír. Sus ojos eran pequeños y muy vivos.

—¿Viene a vender?

—No.

—¿A cobrar contribuciones?

—No.

—¿A comprar tierras?

—No.

—Bueno.

Se adelantó un poco. Íbamos en dirección de la luz.

Isidro resultó ser un hombre normal, con el rostro surcado por los años, con ojos azules, con pelo cano. La camisa arremangada dejaba al aire unos brazos fuertes y tostados. Estaba en la puerta de la venta, obstruyendo la entrada con su cuerpo. Miraba fijo a través de la noche, enterrando sabe Dios qué pensamientos en la ladera del monte Tinazor.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

El jorobado se acercó a Isidro.

—El señor viene a quedarse —dijo—. A quedarse.

La boca le llegaba a las orejas. Isidro me miró a los ojos. No fue una mirada amable, pero tampoco fue lo contrario.

—Puede pasar. Está en su casa.

La venta de Isidro y el casino de Femés eran una misma cosa. Un cuarto enjalbegado. Con una ventana. En un rincón había una docena de botellas y una barrica de vino calzada con dos grandes piedras calizas. Junto a la ventana, una mesa vieja y paticoja, rodeada de unos cuantos cajones llenos de pringue que hacían las veces de sillas. La luz de la estancia emanaba de un trozo de vela incrustado en el gollete de una botella de cristal mellado. Era una luz amarilla y temblorosa que proyectaba sombras de pesadilla. Apoyado de codos en la mesa, se encontraba un hombre pequeño, de bigote grueso y ojos achinados. El sombrero lo tenía levemente inclinado hacia la nariz.

—Siéntese, amigo.

El jorobado se apresuró a sentarse también. Quedó con la nariz pegada al borde de la mesa, la boca abierta y los ojos fijos en una cucaracha que trepaba por la pared. Isidro se acercó a la barrica y llenó tres vasos de vino. Marcial apartó la mirada de la cucaracha y observó con atención a Isidro que ponía los vasos en la mesa, ante el hombre del sombrero inclinado, ante mí, y el otro ante el propio Isidro. El jorobado volvió la vista a la pared y siguió con su expresión bobalicona y sonriente.

El vino tenía un color agradable y un sabor fuerte, a tierra, a uva acida, a madera. Lo sentí más allá del paladar, sentí su aroma correr por mis venas a través de todo el cuerpo.

—Ahora —dijo Isidro— echaremos una partida. Saque las cartas, señor Sebastián. Y tú, Marcial, lleva al cuarto la maleta del señor.

El jorobado me clavó las uñas en el brazo.

—¿Me pagará un vaso de vino? Me pagará un vaso, ¿verdad?

Sonreía, pero sus ojos estaban a punto de llorar.

—¡El señor me pagará un vaso! —suplicó—. ¡Uno sólo!

—¡Lleva la maleta, Marcial! —le gritó Isidro.

Tomó la maleta trabajosamente y salió gimoteando.

Señor Sebastián sacó una baraja reblandecida por la mugre, con las figuras desgastadas, borrosas ya, y los bordes llenos de marcas. Se puso a barajar con lentitud.

—¿A cuánto? —preguntó.

—A nada —dijo Isidro.

—Bueno, a nada.

Me tocó a mí cortar. Iba señor Sebastián a repartir y se detuvo. Lejos se oían los ladridos de un perro.

—Es Ripol —dijo Isidro—. Vale más que guarde sus cartas y se largue.

Señor Sebastián quedó atento a los ladridos que cada vez se oían más cerca. Guardó la baraja en el bolsillo del pantalón y echó un taco.

—¡Maldito animal! Nunca se retrasa.

Se puso en pie y salió sin despedirse, rezongando, con una mano apretándose la cadera.

Se oyó el perro ya cerca. Hubo un cambio en el ladrido y señor Sebastián gritó:

—¡Va! ¡Va! ¡Ya va!...

Isidro se puso a escudriñarme el rostro sin disimulo. Al rato sonrió de modo casi imperceptible. Sonrió para él, para sus adentros.

—Ahora son las nueve —dijo—. La mujer de señor Sebastián siempre envía el perro a esta hora. No quiere que su marido se retrase. Si el perro lo pilla aquí dentro le muerde los tobillos. Es un perro enseñado.

Eran palabras forzadas. Palabras que se cayeron al suelo. Isidro no era amigo de hablar. Se le veía en el rostro, en los ojos, en el cansancio de la voz.

Una mujer se asomó un instante a la puerta. Tenía la cara embozada en un pañuelo negro.

—Isidro —llamó suavemente.

—Voy.

La mujer desapareció silenciosa. Isidro se levantó.

—Le traeré un par de huevos para que cene —me dijo—. Se los enviaré con Marcial.

Antes de salir se dirigió a la barrica, llenó una botella y la puso sobre la mesa.

—Si la vacía puede volver a llenarla. Marcial le dirá dónde está el cuarto. Que pase bien la noche.

Por un momento quedé solo en aquella habitación de paredes enjalbegadas e irregulares. Por la ventana entraba una pequeña corriente de aire tibio que hacía mover la llama de la vela. La cucaracha estaba llegando al techo. Un techo de vigas y telarañas. Arriba todo estaba ahumado, ennegrecido. Faltaban algunas tejas y se veían pedazos de cielo. Sentí una extraña sensación de bienestar.

Marcial, el jorobado, llegó al cabo de media hora. Me trajo un plato con un solo huevo. Tomó asiento frente a mí y llenó un vaso de vino sin molestarse en pedírmelo.

Se lo bebió de un solo trago y sonrió con aquella especie de rebuzno contenido.

—Es un buen caldo. De Uga. Lo que da la parra.

Chasqueó la lengua y se sirvió otro vaso.

Yo le dejaba hacer. Sus ojos diminutos iban adquiriendo un brillo diamantino, un brillo especial de astucia y contento. Sus labios se plegaban como si se preparase a besar el aire. Volvió a chasquear la lengua.

—De Uga. Lo que da la parra.

Se bebió la botella él solo. Luego se quedó mirándome con una tristeza infinita.

—Cuénteme algo del pueblo —dije.

—¿Qué quiere que le cuente?

—He oído decir que ocurren cosas.

Oí de nuevo un rebuzno.

—Sí, hay cosas. Hay una bruja...

Sus labios comenzaron a destilar una baba fina, transparente. Me miraba fijo a los ojos y de pronto cayó al suelo y empezó a gritar como un endemoniado.

—¡Lléveme a mi casa!... ¡Lléveme a mi casa!...

Lo recogí como un fardo y me lo eché al hombro. Se movió rápido y se colocó a la pela. Apretó las piernas en mi cintura y me rodeó el cuello con sus brazos. Se agarró fuerte. Me parecía una carga liviana y salí al exterior. Había luna y los campos estaban envueltos en una finísima gasa gris. Pasamos por un estrecho callejón, entre dos casas de piedras.

—Siga para arriba —dijo—, para arriba por ese sendero.

Era un senderillo estrecho que ascendía hacia la montaña. Caminé unos doscientos metros. El pueblo quedó atrás y abajo, como una mancha clara entre la gasa gris de la noche y la luna. Empecé a sentirme fatigado.

—¿Está muy lejos su casa? —le pregunté.

El jorobado apretó más sus piernas. Me hacía daño.

—¡Siga para arriba! ¡Siga, siga!

Lo sentía pegado a mi cuerpo, brutalmente pegado. Me dio repugnancia. Era como si llevase a la espalda un pulpo gelatinoso y vivo. Sus brazos me ahogaban cada vez más fuerte.

Comenzó a chillar.

—¡Más de prisa! ¡Más de prisa! ¡Co...!

Miré hacia adelante. No se veía ninguna casa. La ladera de color ceniza, algunas pencas y al fondo, arriba, el cielo estrellado. Cantaban las cigarras y el viento se iba haciendo más fresco.

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Me dio patadas en las caderas. Oí su rebuzno. Luego le dio por recitar una serie de tacos. Los gritaba con toda su alma, esperaba a que el eco los repitiera y se ponía a rebuznar de alegría. Comprendí que el jorobado no estaba enfermo, que no vivía en la montaña.

—¡Arre! ¡Arre! —chillaba.

Me dejé caer procurando que se diera en la espalda, en la joroba. Lanzó un aullido de dolor, pero siguió aferrado a mi cuello. Tuve que darle un puñetazo en la

mandíbula. Entonces, pretendió agarrarse a mis piernas, pero tuve tiempo de propinarle un puntapié en el pecho. Rodó unos metros montaña abajo hasta quedar trabado entre un grupo de tuneras. Lo oí lamentarse débilmente.

La más cercana de las cigarras dejó de cantar. Abajo, el pueblo seguía siendo una mancha clara. Descendí despacio, cansado. La luna parecía un ojo de pez. Había luz bastante para distinguir un diminuto trozo de vidrio y parecía una estrella caída. Algo más abajo podía divisar una piedra grande y redonda como una bomba volcánica y luego seguía el camino, siempre blanco y estrecho, hasta las primeras casas. A la izquierda resaltaba el rectángulo encalado del cementerio. Podían verse las cruces negras y torcidas. En el fondo quedaba la iglesia, lo más grande, lo más alto del pueblo, como una enorme gallina echada en el llano.

Aún me llegaban los lamentos de Marcial. Por un instante distinguí un bulto oscuro que rozaba las paredes de la casa de Isidro; una sombra furtiva que reapareció luego en la senda, entre los muros de adobe de las últimas casas. Ascendí rápidamente. Era una figura alta, embozada, negra, erecta. Sentí un temor extraño y me quedé inmóvil, tontamente clavado en el camino. Aquella sombra pasó junto a mí como si yo no existiera. Ni siquiera oí una respiración jadeante, sólo una leve corriente airosa. Era una mujer, desde luego, y pude ver que iba descalza. Debía ser una mujer vieja, pero ágil, dura y llena de voluntad, para no curvar el espinazo. Permanecí contemplando cómo seguía sendero arriba hasta llegar a la altura donde se encontraba Marcial. Marcial que aún se quejaba débilmente. La mujer era un bulto negro en la noche entre las cenizas de la montaña. La vi agacharse entre las tuneras, justo donde se hallaba el jorobado.

Cuando llegué a la venta de Isidro estaba encendida la vela. Isidro anotaba algo en un cuadernillo de hojas sucias. Le conté lo de Marcial.

—Tenga cuidado con él —me dijo—. Es un sinvergüenza, un tuno. Olvidé advertirle que no le diese vino.

Luego me dio la llave del cuarto y me indicó dónde estaba.

—Saliendo a la izquierda, la única puerta.

Nos despedimos hasta el día siguiente. Antes de irme a dormir paseé un poco. Fui hasta el cementerio y di la vuelta a la iglesia. La noche era agradable, silenciosa y tibia. El pueblo dormía envuelto en una gran soledad, en el abandono sugerente de su mortal destino. Sólo vi una figura, una sombra que cruzó el espacio descampado que había en el centro del pueblo. Era la misma silueta que encontré en el sendero de la montaña. Acaso la bruja de Femés. Ahora llevaba un extraño bulto en la espalda, una especie de joroba, una especie de tarántula sujeta a sus hombros. Fue una visión momentánea. Desapareció tras un muro blanco, uno de aquellos muros blancos tan abundantes en el pueblo, los muros que ocultaban las casas, los muros que cercaban los grandes patios, los muros levantados como límites entre la vida y el sueño, entre las sombras y la muerte.

Mi cuarto era un cuarto estrecho, con una cama de hierro, alta y antigua. Un cajón me servía de mesa de noche. Encima del cajón tenía una vela pegada sobre una piedra de volcán. Me quité las botas y me tendí en la cama. Un grillo comenzó a cantar en la puerta. Gracias a Dios, el grillo es algo que siempre me ha gustado oír.

Capítulo III

En Femés no hay gallos para cantar la madrugada; en Femés este oficio es para los perros, que perros sí que hay, delgados, asustadizos, con las orejas puntiagudas y más de cuatro garrapatas en el cuello. En Femés los perros son los amos porque son muy dueños de sus vidas, porque son los amos de sus amos, aunque de patadas, piedras y variscazos tengan el lomo más que satisfecho. Los perros de Femés son amigos de las moscas, a quienes nunca espantan por verdes que éstas sean. Los perros en el pueblo son los señores, porque si es verdad que no comen, también es verdad que no trabajan. Los hombres y los perros cuando se cruzan por los caminos se saludan interiormente con una reverencia porque ambos se saben guardadores de secretos especiales. Durante la noche los perros de Femés no ladran a la luna, porque la luna no es forastera en el pueblo, ya que la luna es de Femés y nació en lo alto del monte Tinazor en la fecha misma que nacieron ellos. Pero al alba es otra cosa. El alba en Femés comienza con un tono claro en el horizonte y un color azul frío como el acero. Es como si apareciese una espada o un largo pez luminoso. Entonces los perros salen de las casas, de las grandes patios donde han pasado la noche y se reúnen en la plaza, si plaza puede llamarse al llano de tierra apelmazada que hay frente a la iglesia. Desde allí ladran furiosos a la torre, que en esos instantes se vuelve negra y hasta más alta. Los perros ladran mirando hacia arriba, hacia el campanario. La gente del pueblo dice que los perros a esa hora confunden la torre de la iglesia con Mararía la bruja, porque ella tiene la silueta alta y oscura y los ojos le brillan como los bronces de las pequeñas campanas. Luego, todo vuelve a quedar en silencio. La cima de la montaña es lo primero que adquiere un tono rosado. Las casas del pueblo se van perfilando mejor y la torre de la iglesia termina por perder su tetricismo. Entonces los perros salen del pueblo, enfilan el camino y siempre con el hocico pegado a la tierra, se pierden por la amplia y desolada llanura de secadales.

Isidro abre la venta cuando el sol comienza a anunciarse en el horizonte. Los hombres del pueblo se levantan a la par y sin excepción se dirigen a lo que ellos llaman su casino, en busca del primer trago de la mañana, para humedecer quizá aquella tierra resequida y huraña que se les presenta en los sueños y donde cada uno, irremisiblemente, cava su propia fosa.

Aquella mañana en casa de Isidro conocí a todos los hombres de Femés. Son tan pocos los habitantes que si nos pusiéramos a contarlos aún nos sobrarían dedos. Señor Sebastián es principal por ser alcalde. Luego está Isidro, que es el dueño de la venta. Señor Alfonso, que sabe leer, y Marcial que es jorobado. Los demás no son nadie en el pueblo. Las mujeres todas son iguales. Todas menos una: Mararía. Mararía es larga y seca corno, la isla de Lanzarote, No es muda, pero hace ya mucho tiempo que no pronuncia una sola palabra. Vive en un mundo aparte, un mundo que

le ha valido el nombre de bruja. Durante el día permanece en su casa, encerrada a piedra y cal y es difícil saber lo que hace allí dentro una mujer sola, tan vieja y misteriosa. Algunas comadres, llevadas por ese fatídico instinto de la curiosidad y la maledicencia, se han atrevido a mirar por las rendijas de la carcomida puerta y aseguran haberla visto amamantando, unas dicen que a lagartos y otras que a murciélagos.

Cuentan que pasa las horas tendida sobre las losas de una habitación completamente vacía. Pero las comadres... ya sabemos como son las comadres. Ellas tienen la culpa de lo que pasa en el pueblo. Aquello no es para hombres jóvenes y los muchachos desde que cumplen los catorce años se van a Playa Blanca para enrolarse en los veleros que cargan la cal de Fuerteventura o en las panzudas goletas que fondean frente a las salinas de María Peralta. Algunos acaban aficionándose al mar y pasan su vida navegando, pero los más desembarcan en las islas mayores y se quedan a vivir tierra adentro, a la sombra de unos árboles que soñaron desde niños. Por eso los hombres que hay en Femés o son niños o pasan de los sesenta.

En la venta de Isidro conocí al señor Alfonso, cartero del pueblo. Tomó asiento junto a mí y estuvimos hablando y bebiendo del buen caldo de Uga. Era un tipo alto, con ojos grandes, negros y muy abiertos siempre. Con su nariz ganchosa y el sombrero muy enterrado, tenía aspecto de mochelo. Me contó cosas de su vida, de su juventud en Cuba, de la caña dulce, de los ingenios de azúcar, de viajes en veleros antillanos, de tifones en el golfo de México; cosas de mujeres negras, de hambre, de sed, de puñados de centenes de oro, de compañeros muertos, de compañeros que hicieron su agosto por allá; de brebajes sucios, de magia, de fiebres y peleas con cuchillos y cosas de mala suerte. Luego me habló de nostalgias, de su regreso a la isla, de cosas que cada vez estaban más cerca de aquella mañana en casa de Isidro. Entonces empezó a escupir entre cosa y cosa que decía. Empezó a ponerse adusto, huraño, resentido. Empezó a callar. Al final me habló de una mujer, de la mujer más hermosa y solicitada que tuvo la isla. Pero no dijo mucho. Se levantó de la mesa casi de repente y marchó con paso diestro, a grandes zancadas, a repartir el correo según me dijo. Más tarde, por Isidro, supe que no había tal reparto, que había marchado a tumbarse en la huerta de su casa, a la sombra de la tapia, una tapia larga, enjalbegada de blanco, con grandes letras pintadas con añil que decían: SEÑOR ALFONSO EL CARTERO.

Los tres vasos siguientes los bebí en compañía del señor Sebastián, alcalde del pueblo de Femés. Era un hombre más bien bajo que me hizo recordar a Pedro el Geito, el dueño del camión. Me habló de Ripol, un perro pequeño con mucha inteligencia y dientes tan agudos como las espinas de un pescado. Me habló de un hijo que estaba enrolado en los barcos pesqueros y de otro que se había quedado por Francia. Me habló de política, de la costa de África, de cosas del mar, de la buena pesca, de la mala tierra, de la guerra de España, de un nieto francés. Luego me dijo que él no era alcalde, que él era gobernador. Me habló también del cementerio, de niños a medio enterrar, de moscas verdes, de apariciones, de la guerra con los moros, de la iglesia del pueblo, de camellos, de arados, de su juventud y de la mujer más hermosa de la isla. Pero no contó mucho. Encendió la pipa, se quedó un rato

pensativo, apuró el vaso y se fue a trabajar sus tierras.

En Femes, el que más tarde se levanta es Marcial, pero es cierto que es el que menos duerme. También es el que más bebe y menos paga, el que más ríe y más tiene que llorar, el que más cosas conoce y menos calla, y el que más piedras tira y más golpes recoge. Aquella mañana, Marcial entró en casa de Isidro con las legañas pegadas en los ojos cuando el sol encendía ya la mitad del monte Tinazor. Se acercó a la mesa, se restregó los ojos y se quedó mirándome y sonriendo con su peculiar sonrisa de tonto de pueblo. Yo creí que se disponía a pedirme perdón por lo ocurrido la noche anterior o que venía a quejarse por haberlo abandonado, pero no me miraba con tristeza, ni con odio, sino con aquella sonrisa cuca de quien está por encima de las circunstancias. Me pidió que lo invitara a un vaso de vino y tomó asiento a mi lado. Reparé en el arañazo que tenía en la nariz y el moretón del pómulo derecho.

En aquel momento entró Isidro y se acercó a nosotros.

—Mañana es sábado, Marcial, y ya no me queda vino.

El jorobado levantó la cabeza y sonrió.

—Iré a buscarlo —dijo.

—Mañana vienen los de Playa Blanca y querrán beber.

Marcial afirmó con la cabeza.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Vete a buscar el camello.

Marcial salió de mala gana despidiéndose con rezongos.

Isidro se quedó en la puerta. Tenía el pulgar derecho apoyado en el cinto, un cigarrillo a medio consumir en la boca y la mirada fija en el jorobado que se dirigía hacia la casa de la bruja. Marcial reapareció al poco con un camello flaco, lleno de llagas y rodeado de moscas. Isidro lo ayudó a cargar dos barricas vacías. Luego se alejaron, Marcial y el camello, en dirección a Uga y hacían buena pareja los dos, con la misma calma, con igual desgracia en sus espaldas.

Me agradó que Isidro tuviese que hacer y no me retuviera con preguntas o contándome de su vida. Ya lo haría en otra ocasión. Así pude salir de la venta y merodear a mis anchas por el pueblo. Tardé muy poco en andarlo todo y conocer los detalles externos. Los internos son difíciles de ver en Femés, ya que las casas están cerradas para que no entre el sol, que es dañoso para las mujeres. Aquella soledad a media mañana me causó la sensación de hallarme en un pueblo fantasma creado por mi subconsciencia. El sol caía de plano y parecía sostener su fuego con saña contra la tierra, la cal de las paredes y mi propia cabeza. La vista quedaba cegada entre un velo de arena y luz y la torre de la iglesia surgía irreal con su altura. Hacia el sur, las casas terminaban en el borde mismo de una barranca. Abajo del todo podía verse el mar, como algo más plateado, más refulgente. Lejos, la isla de Lobos con su forma de chuleta y luego la costa de Fuerteventura. Era un paisaje calinoso aquel día y no pude ver con claridad dónde estaba Playa Blanca, pero la supuse a mis pies, allá junto al mar. De allí subían todos los sábados algunos marineros, aquellos hombres enrolados en las goletas, que acudían a Femés en busca de sus familiares y del buen

vino de Uga.

Pasé el día inmerso en una especie de pesadilla, como si el sol al fin hubiera logrado perforar mi cráneo y comenzara a encender en mi interior una extraña copia inmaterial del pequeño pueblo de Femés y sus gentes.

Por el oeste quedaban restos de luz cuando regresé de nuevo a la venta de Isidro. Allí estaban reunidos algunos personajes, de nuevo con los vasos de vino ante ellos y jugando a las cartas. El alcalde, el cartero, Isidro y Marcial parecían enfrascados en una partida importante. Se hacían guiños, se preguntaban unos a otros, se mentían, fanfarroneaban, se decían disparates, hasta que al fin señor Sebastián lanzó sus cartas y Marcial pareció caer del techo con la sota de oros. Habían ganado y formaron un alboroto de mil diablos. Ripol, el perro del alcalde, salió del rincón donde dormía apaciblemente y unió sus ladridos a las voces de los jugadores. De pronto el perro dejó de ladrar, alzó las orejas, olfateó el aire y salió de la venta como un endemoniado. Al jorobado le cambió el rostro de súbito y poco faltó para que volcara la mesa mientras se levantaba a toda prisa y gritaba como un loco: «¡Ya sale! ¡Ya sale!». Corrió detrás del perro. Señor Alfonso, más tranquilo, con su mirada habitual, fija y asombrada, me explicó:

—Es María, la bruja, la Cuerva. Vaya a verla usted si quiere. ¡Yo estoy harto!

Se bebió un vaso de vino y recogió las cartas. Isidro sonrió y se fue junto a las barricas. Señor Sebastián me pareció que temblaba. Yo luché un instante por no moverme de mi sitio, pero al fin pudo más mi maldita curiosidad y fui a dar con el jorobado que estaba acechando desde una esquina cercana. Cuando me vio me hizo señas de que me acercara.

—¡Mire! ¡Mire! —dijo, nervioso como un chiquillo.

Me alongué sobre su figura y vi a una mujer que cruzaba la plaza, tiesa, rápida, seca, embozada en un manto negro que solamente llevaba descubiertos los ojos, unos ojos grandes y espantados como los del señor Alfonso, y unos pies descalzos, arenosos y llenos de arrugas como las tierras de un malpaís[1]. Detrás iban unos rapaces gritando con rabia:

¡Busca, busca, Mararía,
que ya está muriendo el día!

Marcial me miró sonriente, con su expresión bobalicona, mientras en sus ojillos de ratón brillaban pequeñas ascuas de fuego. De pronto saltó hasta la mitad de la calzada y haciendo bocina con sus manos, gritó fieramente:

—¡Bruja! ¡Bruja!

Pero la bruja ni siquiera volvió la cabeza. Siguió con paso diestro y se perdió entre sombras violáceas, lejos ya del pueblo y de la tonada de los chicos que seguían repitiendo:

¡Busca, busca, Mararía,
que ya está muriendo el día!

[1] Malpaís = Karst: Paisaje de relieve accidentado, con grietas y crestas agudas..

Capítulo IV

Al siguiente día por la tarde llegaron los de Playa Blanca. Un grupo de hombres de mar, hombres fornidos, jóvenes y viejos. En total eran seis y pertenecían a la tripulación de un velero cuyo nombre era «Guanchinerfe». Solía arribar los viernes, cada dos semanas y fondeaba frente a las salinas. Los tripulantes que eran de Femés aprovechaban los sábados y domingos para ver a sus familiares y llevarles pejines[2] a cambio de beber buen vino, tocar el timple y armar alguna que otra pelea. De entre los viejos recuerdo a Manuel Quintero, musculoso, bronceado, con el rostro que parecía tallado en madera. Vestía siempre una camiseta azul de cuello cerrado y pantalones oscuros llenos de remiendos y escamas de peces. Los otros lo llamaban patrón y fue el único que, al llegar al pueblo, no entró en la venta de Isidro. Lo vi dirigirse a la iglesia y luego estuvo rondando la casa de Mararía, la Cuerva, y al final se asomó al borde de la barranca y allí permaneció un gran rato inmóvil, con la mirada perdida hacia el mar. Los demás estuvieron bebiendo de lo lindo, haciendo comentarios de otras islas y jugando a las cartas. Yo pasé la tarde sentado en la puerta de la venta, en una piedra muy larga y plana que servía de banco. Desde allí oía los insultos y los puñetazos sobre la mesa. Por dos veces vi salir a Marcial por el aire y caer a mis pies hecho un ovillo. No había nada trágico en esto. El propio Marcial sonreía estúpidamente, como si aquello lo divirtiese, y volvía a penetrar en el interior con algunos rasguños más en la cara y en los brazos. Un muchacho bastante joven salió dando tumbos. Se apoyó en la pared y cerró los ojos. Luego con visible esfuerzo se llegó hasta la esquina más próxima y allí estuvo vomitando sobre unas tuneras. Al rato vino a dar conmigo. Estaba muy pálido y en su frente brillaba un rocío de sudor. Los párpados parecían pesarle demasiado y echaba la cabeza hacia atrás para mirarme. Se sentó a mi lado. Quiso recostar la cabeza contra la pared y fue resbalándose lentamente y terminó cayendo en tierra. En aquel momento se presentó Manuel Quintero ante mí.

—Es el hijo de señor Sebastián —me aclaró. Y tomándolo como si fuese un fardo se lo echó al hombro y lo llevó a su casa, la casa del alcalde, que estaba en la trasera de la iglesia, junto a la de señor Alfonso, el cartero. No tardó mucho en regresar «el patrón».

—Es mejor que duerma la borrachera en una cama, al abrigo de los perros y las moscas. Traía sed el muchacho desde la costa de África. Luego tomó asiento y me pidió lumbre.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —me dijo mientras encendía un pitillo.

—No, no soy de aquí —contesté.

—Pero puede que haya visto a la vieja.

[2] Sardinas pequeñas o boquerones que se dejan secar al sol

—¿Qué vieja?

—María.

—La he visto alguna vez —dije.

—¿Hoy?

—No. Hoy no la he visto. Exhaló lentamente el humo.

—¡Cualquiera sabe dónde se mete!

—Suele salir al ponerse el sol.

—Sí, ya sé. Pero hoy no está en la casa.

Guardó unos minutos de silencio dando unas chupadas cortitas al cigarro.

—Aquí dicen que es una bruja —aventuré—. Hasta los perros le ladran.

Manuel Quintero esbozó una sonrisa triste.

—No lo crea. Es una buena mujer.

Del interior de la venta salían los gritos, ahora más fuertes, del envite, los ruidos y las carcajadas. Afuera la tarde comenzaba a morir dejando una ceniza sangrienta sobre el pueblo y las llanuras. Manuel Quintero me dijo que la mar y la tierra, a esa hora, se volvían cosas benditas y que aquellos animales de allí dentro no sabían respetar nada. Señaló en dirección al cementerio:

—Están molestando a los muertos —dijo.

Se puso en pie y me invitó a caminar un poco por los llanos. Por el camino recogió una ramita de un granado y con ella se golpeaba levemente la pierna mientras deshilaba la siguiente historia.

—De este pueblo tengo yo unos recuerdos de juventud que me han estado mortificando toda la vida. Hace muchos años que no subo a Femés. Hay cosas aquí que jugaron un papel importante en mi existencia. Cosas y gentes que existen y otras que desaparecieron. Pero todo está en mi corazón, flotando como los restos de un naufragio. Hace ya muchos años de esto que voy a contarle. Entonces era yo un buen mozo. ¡Vaya que si lo era! Y un buen luchador. Mi espalda sólo ha tocado la tierra una vez y eso porque en una ocasión me trincó de mala manera aquel diablo de Maspalomas, a quien llamaban Rojitas, y que luego fue campeón del archipiélago. ¿Usted conoce la isla de Gran Canaria? Pues yo soy de allá, de la aldea de San Nicolás. Desde los quince años estoy bregando en los veleros, porque la mar es algo que llevo en la sangre. Y la soledad también. Por eso me ha entrado en el alma esta isla de Lanzarote. Es una isla sola, desamparada, como yo mismo, como un barco abandonado. Aquí hubiera formado mi hogar con mucho gusto. Sí, señor, aquí, en Femés habría echado el ancla si a esa mujer a quien ahora llaman bruja y cuerva no le llega a ocurrir aquello. Entonces no le decían Mararía sino María de Femés y su nombre corría de boca en boca por toda la isla porque no había otra que fuese más real moza que ella. Por aquel tiempo andaba yo metido en el rol de «La Sabina». Buen barquito, y rápido que era, sí, señor. La tripulación estaba formada por seis hombres aparte del patrón, un verdadero lobo de mar, con barbas y ojituerto como buen pirata. Entre ellos había un muchacho con quien hice buena amistad. Se

llamaba Pedro, y era bajo de estatura, colorado de tez y algo perniabierto. Jamás gastaba una gorda de su bolsillo, porque el hombre andaba empeñado en comprarse un camión pintado de rojo que, noche tras noche, le cruzaba por los sueños. Punteaba el timple como buen conejero y tenía gracia para lanzar pullas en el canto. Había nacido en Femés y aquí vivían sus padres por entonces. Uno de los días que arribamos a Playa Blanca me invitó a subir a su pueblo. Ascendimos por el sendero de la hoya y paramos en casa de seña Carmen para tomar unos vasos de vino. Seña Carmen (que el Señor la tenga en su gloria) era la madre de Isidro, el que usted ya conoce, el dueño de la venta y que entonces era un mocetón fuerte como un buey. Mi amigo Pedro me presentó a la gente de Femés y aquella tarde, un sábado era, refrescamos bastante la garganta que de tanto caminar a secas la teníamos mismamente como el cuero del cazón. Nos sentamos junto a la ventana y seña Carmen, gruesa y saludable como para romper un mundo, nos puso una botella en la mesa como invitación de la casa.

—¿Y la María? —preguntó Pedro.

La madre de Isidro se encogió de hombros.

—En su casa metida como siempre. Afuera no se le ve el pelo.

—No será por falta de mozos que desean contemplarla.

—No, no será por eso —nos dijo—. Que mozos hay de sobra en el pueblo y todos encelados por ella. Hasta mi hijo anda enfoguetado por esa mujer, que no parece sino que tiene maleficio en los ojos.

—Lo que tiene es un cuerpo muy agraciado.

Seña Carmen lanzó un suspiro de resignación y confirmó:

—Sí que lo tiene, la condenada. Y lo que yo digo: esa muchacha ha trastornado a los hombres y va a traer desgracias.

—Ya será menos, seña Carmen.

Los sábados por la noche había la costumbre de hacer baile. Lo celebraban en la casa de Pedro, que tenía un salón grande, vacío y muy aparente. El piso era de tierra apelmazada y por la tarde lo regaban para que, llegada la hora, estuviese duro como los caliches[3]. Las muchachas se encargaban de arreglar los adornos. Ponían sillas y cajones alrededor y colgaban carburos de las paredes y unas guirnaldas hechas con banderitas de papel, que siempre estaban descoloridas, y más entristecían que alegraban el salón. Al fondo se disponían unas cuantas barricas vacías y sobre ellas se aupaban los tocadores, como montados a caballo. En aquel tiempo vivía en el pueblo un mozo llamado Justo, que en paz descanse, que para tocar la guitarra yo no he visto cosa igual. Se unió a nosotros aquella tarde en casa de seña Carmen y todos los hombres en piarada recalamos por el baile ya de noche, borrachos y sin tino. Pedro llevaba la camisa manchada y salida del cinto por detrás y así mismo penetró en el salón. Justo hizo su entrada afinando la guitarra y yo, como forastero, me arrimé junto a la puerta, y allí estuve rezagado tratando de acostumbrarme al ambiente. Había muchas personas apeñuscadas en el salón y un tufo a sudor que tumbaba a cualquiera. Las mujeres alegraban los ojos con los colores de sus trajes, más

[3] Costra de cal.

apreciados cuanto más chillones, rojos, azules o amarillos, ese amarillo fuerte que llaman canario. A Justo lo acogieron con grandes muestras de alegría y, entre cuatro y a la fuerza, lo montaron sobre las barricas, al lado de los tocadores.

—¡Tócate un pasodoble animado, Justo! —chilló alguien.

—¿Cuál quieren? —preguntó.

—¡Aquel de la otra vez: el del «Soldadito español»!

—¡Eso! ¡Eso! —gritaron las mujeres.

—Bueno, pues va. ¡Tú, préstame la bandurria y acompañen las guitarras y los timples que voy a sacarlo como nunca!

Empezó a sonar aquello y las parejas se unieron y comenzaron a arrastrar los pies y a cantar todos:

¡Soldadito españool...
soldadito valienteeee...!

A mi izquierda, sentadas sobre los cajones, había varias viejas forradas de negro que no perdían detalle. Acompañaban la música dando pataditas en el suelo. A Sebastián lo vi muy arrimado a una gorda que llevaba un traje brillante de color salmón y con los sobacos manchados. Tenía la cara de fiesta el muy pícaro y me hizo un guiño al pasar. También vi a Alfonso, tan enguirrado[4] entonces como ahora, que se había emparejado con una muchacha espigada, de mucho cuello y con las paletas huesudas y salientes. Iban la mar de ridículos los dos, tan serios y dándoles saltitos la cintura. Al pie de las barricas estaba Marcial, el petudo[5], cayéndosele la baba como siempre y lanzando ajijides cuando no venían a cuento. No sé el tiempo que pasé allí parado y con un aburrimiento tan grande que ya se me cerraban los ojos. Y no se extrañe usted. A pesar de que cuando joven fui buen mozo y siempre andaba metido en bulla con los amigos, nunca me atrajeron la fiestas con mujeres porque las faldas eran cosa que me aturdía como la mar en tormenta. Aquella noche estaba yo con mucho alcohol en la cabeza y una especie de modorra que, como le digo, no me dejaba ni ver. Apoyado seguía en la puerta, contemplando ya con desgana el baile, cuando se presentó María. ¡Qué mujer, amigo! ¡Para despabilar a un muerto! Entró en el salón seguida de una vieja que era tía suya y quien según las lenguas del pueblo, había echado a perder a la muchacha consintiéndola desde muy niña. Tomaron asiento a mi izquierda, a continuación de un grupo de brujas atisbadoras que más parecía corro de cuervos. La María tenía una mirada que parecía un desafío, con aquellos ojos tan redondos y tan negros que encendían la sangre a cualquiera. De los hombres que estaban sin bailar ninguno le quitaba la vista de encima y a las mientes me vino seña Carmen abarruntando desgracias. Se lo juro. Cuando comenzó la siguiente pieza, que también era pasodoble, vi que Pedro se acercó a María y la invitó a bailar. Ella lo miró con desdén, arrugando el gesto como si le apestara la cercanía de aquel hombre, y mi amigo se vino hasta la puerta con aire de rascado, metiéndose la camisa entre los pantalones. Isidro, que se hallaba cerca, se encaró con

[4] Flaco, enteco.

[5] Jorobado, chepudo.

Pedro:

—Ya sabes que María no baila.

—Pues no sé a qué coño viene entonces.

—A ver bailar a las otras —dijo Isidro.

—Y a encender candela. A eso viene.

Dijo esto y escupió con rabia. Luego añadió:

—¡Es una perra!

Isidro se le quedó mirando con los ojos entornados.

—¡Ten cuidado con lo que dices! —amenazó.

—¡Es una perra! —repitió Pedro.

Y sin darse mucha prisa abandonó el salón y se fue hacia la plaza. Isidro lanzó una carcajada y me pasó el brazo sobre los hombros.

—¿Has visto, forastero? —me dijo—. Tu amigo está engallado.

Las viejas comenzaron otra vez a dar pataditas en el suelo siguiendo el ritmo de la música. Yo no era bravucón, se lo aseguro, aunque fuerzas y tipo para serlo no me faltaban en aquel tiempo. Si hice lo que ahora voy a contarle fue por otra causa más poderosa que la de dármelas de flamenco. Ocurrió que una de las veces que yo estaba contemplando a la María, ella levantó la vista y se me quedó mirando de una manera tan mansa que empecé a sentir un extraño hervor por el cuerpo. Cuando me vine a dar cuenta ya estaba yo a su lado invitándola bailar. No me dijo nada. Dejó a la vieja un pequeño bolsito que tenía en la mano, se levantó, y poniendo su cuerpo frente al mío esperó a que la tomase por la cintura. ¡Y qué cintura! La mano derecha se me quedó como envarada, apenas sintiendo la carne debajo de la tela. Yo no era bailarín, no señor, no lo fui nunca, pero arrastrar los pies es algo tan fácil que no hace falta aprenderlo. Bailamos sin mirar a nadie, con los ojos fijos, diciéndonos cosas de mucha importancia en un momento. María tenía la piel tan suave y blanca que me recordaba la de una Virgen que había en la iglesia de mi pueblo. Al pasar junto a las barricas, Marcial, el jorobado, lanzó uno de aquellos ajijides suyos, tan fuerte y sostenido esta vez que tuvieron que zarandearlo para que cortara. A mí me llegó al alma aquel grito porque más me pareció queja de animal herido, que muestra de alegría por ver bailando a la moza. Cuando terminó la pieza, los hombres dejaron a las mujeres en sus respectivos asientos y luego se dispusieron en grupos por las esquinas del salón. Yo permanecí como atontado frente a María sin saber qué hacer ni decir. Estuve esperando que comenzaran de nuevo las guitarras y los timples, pero se hizo un silencio tan hondo y prolongado que empecé a sentir un soplo de mal agüero. Usted sabe lo que es eso, ¿verdad? Es como si le entrara a uno una bandada de cuervos en la cabeza, con un vuelo negro y calladito. Las viejas que estaban al lado de María tenían ahora los ojos muy abiertos y una de ellas sacó un rosario y lo apretujó con mano nerviosa. Dirigí una sonrisa al coro de brujas y salí a tomar un poco de aire. Afuera la noche estaba clara y daba gusto contemplar el cielo tan lleno de estrellas. Pensé entonces que no sería mala cosa estar casado y vivir en paz y tener hijos con aquella mujer tan hermosa y envejecer y morir y que me enterrasen en Femés. Todo bajo aquellas estrellas, en el silencio de las noches a bordo de esta isla que siempre me pareció un barco naufragado, como yo mismo, como mi propia

existencia... ¡maldita mi existencia! Me apoyé en la pared blanqueada de la casa y allí estuve esperando, sin saber a ciencia cierta qué, pero seguro de estar cumpliendo las reglas de un juego que me alertaba en la sangre. Pasados unos minutos sonaron de nuevo las guitarras y en la puerta apareció Isidro. Se vino hacia mí.

—¿Me das lumbre, forastero?

Le alargué la mecha y prendió su cigarro.

—Hace calor ahí dentro —me dijo.

—Sí.

—Aquí fuera da gusto, con esta noche.

—Sí —le decía yo.

Permanecimos callados un buen rato. Él fumaba tranquilo. Pasó un buho sobre nosotros y él lo señaló, como si aquel pájaro tuviera alguna importancia.

—Es un buho —me dijo.

Terminó de fumar y aplastó el cigarrillo, la colilla, bajo el pie.

—Vamos a mi casa —dijo repentinamente—. Te invito a un vaso.

Nos llegamos hasta la venta.

—Madre —llamó al entrar.

Seña Carmen estaba fregando una mesa y me sonrió como saludo.

—Madre, pónganos una botella —pidió Isidro.

Seña Carmen miró a su hijo y su semblante pareció entristecerse. Mientras nos servía miraba a Isidro con una súplica en los ojos. Nos bebimos la botella un poco apresuradamente, me pareció a mí. Luego salimos de nuevo al aire libre.

—¿No has visto el cementerio de noche, forastero? —me preguntó Isidro.

—No.

—Cuando yo era pequeño me gustaba saltar la tapia y dormirme entre las cruces. Es tranquilo aquello. No hay nadie.

—Me gustaría verlo —dije para seguir con las reglas del juego.

—Entonces vamos para allá.

—Sí, vamos para allá.

Hicimos el camino muy despacio y sin hablarnos. Atravesamos la puerta del cementerio. No había nadie. Todos estaban muertos. Aquel era el mejor sitio.

—¿Te gustó la moza? —preguntó Isidro.

—Mucho —le contesté.

—Bailó contigo.

—A veces se tiene suerte —dije.

—Mala suerte, dirás.

Sacamos los cuchillos casi al mismo tiempo. Yo lo clavé un poco antes y él se llevó la mano izquierda al vientre y se tendió en el suelo. Allí lo dejé por muerto, entre dos cruces. Yo sólo tenía un pequeño rasguño en un hombro y como la molestia no era mucha, me fui de nuevo al baile.

Aquella noche acompañé a María hasta su casa. La tía, aquella vieja que era su único familiar, cumplió como buena celestina. Salí del pueblo entre las luces del amanecer y ya estaba el sol bastante alto cuando llegué a Playa Blanca y embarqué en «La Sabina».

El lunes, temprano, estaba completa la tripulación a bordo. Pedro me aconsejó que dejara pasar tiempo sin volver a Femés.

—A Isidro —me dijo mirándome de reojo— le hicieron un rasguño en la barriga.

Yo no le dije quién se lo había hecho. No le conté nada a Pedro. No le conté lo de María. Ayudamos a levar el ancla.

Capítulo V

Despacito y caminando nos llegamos hasta Uga, que es un pueblo pequeño, con las casas bajitas y metidas entre muros de piedras, de piedras negras, de viejas lavas sacadas a los malpaíses. Algunas higueras con sus troncos retorcidos y blancos daban la impresión de esqueletos extraños o de arañas gigantes. Estaba el pueblo en silencio, sufriendo el maleficio de la luna que no le quitaba el ojo de encima. Señor Manuel Quintero, alias «el patrón», al parecer había terminado de contarme lo suyo. No le hice preguntas y juntos y callados entramos en el caserío aquel, como dos sombras, en busca de una venta donde descansar un poco. Escogimos la primera que nos vino al paso y que estaba al borde de la carretera. La venta era espaciosa, con un mostrador de madera al fondo y unos estantes vacíos y una vitrina donde quedaba un poco de queso. De la pared colgaba un carburo que daba buena luz y del techo pendían varias tiras engomadas para atrapar a las moscas. Barricas y cajones servían de asientos junto a dos mesas grandes. Nos sirvió la dueña de la venta, una mujer gruesa, blanca y con los ojos de un color verdegay como las uvas. Tenía los brazos al aire, carnosos y sonrosados. Debió ser una buena moza en su juventud. Ahora su pelo estaba en desorden, las uñas sucias y carcomidas y olía a humo de tea y orines de niño.

Señor Manuel Quintero y yo bebimos el primer vaso en silencio. La mujer nos dejó solos con una botella bien llena. Dentro comenzó a llorar un niño de meses. Afuera, por el camino, pasaron unos hombres tocando instrumentos de cuerda y cantando cosas de la isla. Se detuvieron frente a la venta sólo para cantar una folia[6]. El niño prosiguió con su llantina allá dentro y la madre le cantaba la nana canaria del arrorró y el coco.

Mediada iba nuestra botella cuando apareció un hombre bajo de estatura, con sombrero negro, con bigote.

—¡A las buenas noches! —dijo, y se acercó al mostrador.

«El patrón», que en aquel momento se llevaba el vaso a los labios, arrugó la frente y quedóse mirando al recién llegado.

—¡Vaya por dónde! —exclamó de pronto—. ¡Aquí tenemos al granuja de mi amigo Pedro!

Pedro el Geito se volvió hacia nosotros con gesto desconfiado, abrió cuanto pudo sus pequeños ojos, se acercó a la mesa y dio unas palmadas en la espalda del señor Manuel Quintero.

—¡Buen encuentro, carimba! —dijo.

Quedaron mirándose y sonriendo.

[6] Cancion tipica canaria.

—Siéntate y echa un trago —invitó el patrón.

—A eso vine, sí.

Estuvieron un gran rato sin quitarse la vista de encima. Querían reconocerse a través de los años.

Señor Manuel fue el primero en preguntar.

—¿Qué haces ahora?

—Por ahí, con el camión. Aún lo conservo y me da para ir tirando.

—¡Vaya, que te salió bueno el cacharro!

—¿Y tú? —preguntó Pedro.

—Siempre en la mar. Estoy de patrón en el «Guanchinerfe». La misma vida de entonces. Entre las islas y la costa de África, con la ruta aprendida y a la espera del último bandazo.

—Yo también, por tierra.

La dueña de la venta apareció tras el mostrador con un crío dormido en sus brazos.

—¡Trae un vaso, Evelina, y otra botella! —pidió Pedro.

Repitió las palmadas en el hombro del amigo y siguió sonriendo bajo el espeso bigote.

—¡Vaya con Manuel! ¡Tenemos que festejar el encuentro!

Me hicieron brindar con ellos.

—¡Por «La Sabina»! —alzó Pedro.

—¡Por «La Sabina»! —repitió el patrón. Y añadió—: ¡Que en buen fondo esté!

—¡Y buen barquito que era!

—¡Y rápido como el mismo viento!

Hicieron una pausa para beber.

—¿Te casaste? —preguntó señor Manuel.

—Sí, y enviudé, y tengo un hijo que ronda los veinte.

—¡Vaya!

—¿Y tú? —preguntó Pedro.

—Yo no.

—¡Bah!

—¿Dónde vives? —quiso saber el patrón.

—En Arrecife.

—¿No vas por Femés?

—No; hace muchos años ya que no voy. Desde aquello.

—¿El qué?

—Aquellas cosas.

Pedro el Geito me miró de reojo.

—Aquello —repitió.

Y apuró un vaso de un trago largo. Se limpió con la manga el bigote y echó un poco atrás su sombrero. Y tratando de eludir el giro que iba tomando la conversación dio una nueva palmadita en el hombro de su amigo.

—¡Vaya con Manuel! —dijo.

El hijo de Pedro entró en la venta. Venía solo, tocando su guitarra, con paso

inseguro y los ojos enrojecidos. Me pareció más delgado que la última vez que lo vi. Me pareció también más zanquilargo.

—Aquí tienes a mi hijo, Manuel —dijo el Geito.

El patrón fijó sus ojos en el muchacho y esbozó una sonrisa.

—¡Pues a ti no ha salido! —exclamó.

—No, a mí no. Salió a la madre, que era alta como el humo.

El hijo de Pedro ni saludó siquiera. Continuó abrazado a su instrumento como si no nos hubiera visto. Se sentó en nuestra mesa y empezó a cantar. Evelina puso otro vaso y otra botella. Luego cantó Pedro el Geito. Tenía clara la voz.

—¡Todavía se te puede oír! —dijo Manuel.

El hijo de Pedro se emborrachó demasiado y terminó dejando caer la guitarra.

—Me voy al camión, padre.

Señor Manuel Quintero echó el brazo sobre el hombro de su amigo y entre los dos atacaron una canción marinera. Cuando salimos, las estrellas eran más que el cielo.

—Podías llevarnos en el camión —dijo señor Manuel.

—¿A dónde?

—A Femés.

—No, nunca iré a Femés. Está aquella maldita bruja.

—¿Tú también crees eso?

—Sí, es una mujer maldita.

—¿La María?

—La María. También puede que esté por aquí —se le asustó la voz y miró la llanura negra que había delante de nosotros.

—¿Y qué si está?

—Andará buscando hombres. Les silba, deja que se le acerquen y luego...

El patrón se echó a reír.

—¡Eso es un cuento de niños! Un hombre no debe decir eso.

—Le tengo miedo, Manuel. Yo estaba cuando aquello.

—¿Cuándo qué?

—Lo del árabe. Y también lo del niño. Fue mala suerte, Manuel.

—¡No sé de qué me estás hablando, hombre!

Pedro le miró a los ojos.

—Vamos a sentarnos por aquí. Te contaré algunas cosas.

Nos tumbamos los tres a un lado del camino, junto a una cerca de piedras. Señor Manuel Quintero sacó papel y tabaco y liamos unos cigarros.

—¿Recuerdas la noche que cortaste a Isidro? —preguntó Pedro.

—Sí.

—No volviste por Femés.

—No. No hacíamos escala en Playa Blanca.

—Yo desembarqué pronto. ¿Recuerdas? Estuve viviendo en Femés, con mis padres. Tú sabes que yo también andaba por la María como todos en el pueblo. ¿La recuerdas bien, Manuel?

Hizo una pausa y se quedó contemplando las estrellas.

—¡Aquellos ojos que tenía! ¡Aquellas caderas! Se sabía hermosa y apetecida. ¡Cómo provocaba, la muy perra!

El Geito suspiró fuerte y prosiguió:

—Isidro era el más celoso. Se hizo matón por su culpa. Nos tenía atemorizados a todos. Él era fuerte, el más fuerte y la vigilaba día y noche, y nos vigilaba. Pero ella no hacía caso de ninguno del pueblo. Un día llegó un árabe a Femés; uno de esos hombres que andan por las islas, de aquí para allá, por pueblos y aldeas, con una maleta al hombro llena de cosas para vender: sábanas, telas, collares, trabas, agujas, de todo. Era un mozo débil de cuerpo, con rostro de señorito, con un diente de oro. Estuvo en casa de María y ella le compró algunas baratijas y hablaron demasiado. Volvió a los pocos días y luego otra vez y otra. Logró enamorarla con suerte de forastero, con sus artes de charlatán. La tía de María, aquella vieja que no la dejaba ni a sol ni a sombra, se encargó de pregonarlo entre las comadres del pueblo: «Se me va a casar la sobrina», decía, «con un hombre rico, con el árabe». «Se la va a llevar a Las Palmas de Gran Canaria, a vivir como debe». Y se hicieron los preparativos de la boda. Y enjalbegaron la casa y compraron sillas, y todo con el dinero del árabe. A mí me dio una rabia tremenda todo aquello, y a Isidro y a Alfonso, y a todos los hombres de Femés. Y cuando hablábamos de ella la arrastrábamos por el fango y decíamos que si era esto y lo otro y lo de más allá. ¡La perra! Nos enteramos que estaba encinta, de tres meses.

—¿Qué pasó luego? —preguntó señor Manuel.

El Geito tiró el cigarro, encogió un poco las piernas y escupió con rabia.

—Llegó el día de la boda —siguió contando—. Habían avisado al cura que oficiaba los domingos en Femés y que vivía en Yaiza y que ahora está loco de remate. Llegó al pueblo a media tarde y arregló la iglesia con unas pocas hierbas y flores de tuneras y con hojas de palmas que le consiguieron los chicos. La boda estaba anunciada para las ocho y el patio de la casa de María lucía adornado con banderitas de papel como para un baile. Había una mesa muy larga, con mantel y todo y con muchas botellas y bandejas con dátiles, higos porretos, pejines, pan de huevo y sandía. De las paredes colgaban algunas lámparas de carburo y formaron un techo con arcos de palmas. Las mujeres del pueblo entraban y salían a la casa, unas llevando cosas y otras nada más que por meter las narices y confirmar los tres meses de embarazo que tenía la novia. Los chicos se arremolinaban en las puertas y miraban como asustados aquel derroche de comida. Pero los hombres andábamos hoscos, metidos en la venta, bebiendo, cantando, echando pullas de mal agüero y metiendo insultos en las coplas. En la venta de seña Carmen estábamos Sebastián, Alfonso, Isidro, Marcial y yo. Y también Justo, el tocador, que era quien más diablos tenía metidos en el cuerpo. Fue a él a quien se le ocurrió la idea de ir en parranda a recibir al árabe. Apuramos los vasos y salimos chillando coplas para María, para que allá, dentro de su casa, se avergonzara de habernos despreciado a nosotros, los del pueblo. En la puerta de la iglesia estaba don Abel, el cura, y nos vio pasar y no nos dijo nada, pero yo me acuerdo de su mirada, que era triste, como si al vernos se hubiera puesto enfermo. Allí se quedó, en la puerta, con los brazos colgándole a lo largo del cuerpo y la cabeza baja y así me quedó su imagen en la memoria. Y como

era él quien iba a casar a la María con el árabe, le echamos una copla, es decir, la echó Isidro que se la inventó en aquel momento. Una copla que hablaba de san Marcial, el santo que echó a los moros de la isla, y de don Abel que los permitía volver. Al pasar por la casa de María, los chicos se apartaron de la puerta creyendo que íbamos a pasar, pero nosotros nos quedamos algo retirados, siempre cantando y pidiendo a gritos que se dejara ver la novia. Mala fama debíamos tener, porque todas las mujeres se escondieron en el fondo del patio y la única que se asomó fue la vieja, la tía de María, que al vernos de belingo[7] achicó los ojos con rabia y nos mandó que siguiéramos camino y nos llamó cachos de cabrones. De las palabras de la vieja nos reímos de buena gana y proseguimos lo nuestro, que era salir del pueblo para hacerle un buen recibimiento al árabe. Cerca de la palmera que hay en el camino nos topamos con el hombre. «El morito», como lo llamaban, venía solo y a patitas desde la carretera principal. Tenía puesto un traje azul con rayadillo blanco y camisa de seda cruda. Parecía un niño de tan afeitado que traía el rostro y con aquel bigotito tan fino sobre el labio. Se llegó hasta nosotros con una sonrisa, como si se alegrara de vernos. Pero yo le noté el miedo porque hacia mucho esfuerzo en el respirar y aparentar que estaba tranquilo. De repente Justo, el tocador, lanzó un tremendo berrido:

—¡A mí éste no me quita la María!

Y alzando la guitarra con las dos manos le dio tan fuerte leñazo en la cabeza que el árabe no pudo decir ni pío. Aquello fue la señal y todos a una nos lanzamos sobre el hombre y nos despachamos a gusto. Marcial lanzaba gritos de contento y siempre que el morito quedaba boca abajo le daba tremendas patadas en el culo. A Justo le dio por tomar una piedra del tamaño de un puño y con ella darle golpes en la cabeza. No pudo decir ni pío. Cuando nos cansamos de pegar, Sebastián se agachó y le levantó la cabeza al moro y le miró a los ojos y dijo:

—Este hombre está muerto.

Estábamos borrachos. Todos estábamos bien borrachos. Y yo mismo me acuerdo que me eché a reír y dije que si estaba muerto, mejor; que si lo habíamos matado, mejor; que así ya no podría llevarse a la María. Alfonso dijo entonces que lo que podíamos hacer era enterrarlo allí mismo y que volviéramos al pueblo como si nada, como si el morito hubiera dejado a la María compuesta y sin novio. En eso quedamos y en guardar el secreto. Marcial entró en el pueblo y sin que nadie lo viera se llegó hasta el cementerio y se trajo una pala. Cavó un hoyo de dos o tres metros junto a la palmera y enterramos al morito. A Marcial pareció gustarle el oficio y con él se quedó.

Pedro el Geito, cuando terminó su narración, se sacudió los pantalones y se puso en pie. Me miró con un poco de susto.

—Me gustó mucho su voz, Pedro —le dije—. Cante otra vez, se lo ruego.

—Eso —dijo el patrón.

Y Pedro cantó con bríos, con las manos en la cintura, los ojos cerrados y la boca hacia las estrellas.

[7] Fiesta, juerga.

Capítulo VI

—¡Pase para acá, cristiano, que el sol es dañino!

La mujer de señor Sebastián me hizo entrar en el patio y me invitó a sentarme junto a ella, en un muro bajito, a la sombra de su casa.

—Gracias, señora; descansaré un poco.

—Es que me da no sé qué, verle de un lado para otro con este sol, y sin sombrero.

La mujer de señor Sebastián remendaba unos calzones bastante viejos. Usaba unos lentes antiguos con montura de plomo, unos lentes estropeados unidos con un hilo de coser.

—Mi marido se fue a Yaiza, a ver unas tierras que tenemos por allá. A lo mejor trae sandías y si viene usted esta tarde se come unas rodajas.

La mujer de señor Sebastián trabó la aguja en el pantalón y se arregló el nudo del pañuelo. Luego me dijo:

—Estos trapos son de mi hijo. Son los que se pone en las faenas de a bordo. Con el salitre se acartonan y los remiendos se pasan. ¡Ay —suspiró cansada—, cuánto mejor estaría aquí, cerquita de nosotros! El padre se empeñó en que se fuese a la mar, que trabajase en los barcos, porque la mar, dice mi Sebastián, hace a los hombres duros para el trabajo y resignados para la vida. Les tiempla los ánimos.

—Sí, señora.

—¡Y bien sabe la Virgen del Carmen y san Telmo bendito todo lo que les rezo para que me lo guarden de los peligros!

—Hace usted muy bien, señora, y en buenas manos lo pone.

—¡Ay, Señor! ¡Lo que más pido a los santos es que nunca tenga que ir a la Bahía de Ávila para ver a mi hijo!

—Pues ¿qué hay en la Bahía de Ávila? —pregunté.

La mujer de señor Sebastián me miró por encima de sus lentes.

—¿No sabe usted? Es la bahía de los ahogados.

Hizo una pausa y prosiguió en tono más bajo y misterioso.

—Es la bahía de los ahogados, sí, señor. La bahía a donde vienen para que sus familiares los vean. Una vez que fui a ver a mi padre se apareció también el marido de seña Carmen, el padre de Isidro, que tuvo muerte en la mar.

—¿Y los vio usted, señora?

—¡Ay! ¡Que si los vi! ¡Y con mis propios ojos y tan clarito como lo estoy viendo a usted ahora!

—¿Y qué día aparecen?

—Cualquier día por la noche. Cuando uno quiera ir a verlos. Aquella vez vino a buscarme seña Carmen y me dijo si quería acompañarla a la costa para ver a su

marido. Yo aproveché para ver a mi padre y cogimos unas antorchas y nos fuimos a la bahía. Una no tiene que hacer nada sino ponerse en la orilla y esperar a que sea bien cerrada la noche y luego encender la antorcha y sentarse en un risco y aguardar.

—¿Y qué le dice?

—¿Quién?

—El ahogado.

—¡Ay! Los aparecidos no hablan, no, señor. Ellos vienen de muy lejos, de dentro de la mar y, cuando están cerca, se quedan quietos como sostenidos en el aire. Y entonces una les habla bajito, como en un rezo, para que no se vayan muy pronto.

—¿Y no ha vuelto usted a la Bahía de Ávila?

—No, no he querido ir más. Aquella vez me dio un poquitín de miedo, ¡y bien sabe la Virgen del Carmen que no deseo volver!

De repente en el patio se pintó la sombra alargada como un ciprés y en la puerta quedó enmarcada la silueta del ciprés mismo, la silueta de una mujer alta y forrada de negro, la silueta de Mararía. Dejó en el suelo un haz de leña y un manojillo de yerbas. La mujer de señor Sebastián entró en la casa y salió con un cazo de leche y lo entregó a la bruja y ésta se marchó sin decir una palabra.

La mujer de señor Sebastián volvió a tomar asiento en la sombra. Siguió zurciendo los pantalones del hijo del alcalde.

—Esa mujer me asusta, señora. ¿No será una bruja? —pregunté.

—¿María? ¿María una bruja? ¡Ay, Señor! ¡Cómo pasa el tiempo y cuántas cosas entierra! ¡Si usted hubiera conocido a esa mujer cuando joven! ¡Una mujer guapa y hermosa, cristiano! Los hombres se la rifaban y ese fue el mal, porque ella empezó a consentirse y a creerse una reina y a despreciar a todos. Y fue muy desgraciada, la pobre. Se enamoró de un forastero, un árabe o turco, como decimos por acá: un vendedor ambulante que, según se comentaba, tenía mucho dinero. Y estuvo a punto de casarse la María. Pero el muy balandrín de hombre se burló de ella y la dejó plantada el día de la boda. Y con tres meses de embarazo. ¡Ay! A mí nunca me gustó aquel hombre, porque tenía los ojos pequeños y siempre como de burla. Y, además, era moro y los moros todos son baladrones, que por algo los echó de aquí nuestro Santo Patrón.

La mujer de señor Sebastián se quedó meneando la cabeza, diciendo que sí, que sí, como si tuviese un resortillo en el cuello.

—Yo era buena amiga de María —continuó— y la había ayudado a hacerse el traje para la boda. Un traje muy bonito con una tela brillante que le había regalado el moro. Cuando se lo puso aquella noche parecía mismamente una reina. En la habitación, con ella, estábamos algunas amigas y nos quedamos asombradas de aquel traje tan precioso que brillaba con la luz de las velas. María no sabía otra cosa que reír de contenta que estaba, sabiéndose tan guapa y tan envidiada por las mujeres y admirada por los hombres. ¡Ay! ¡Qué cerquita andaba de la felicidad y qué arrimadita a la desgracia! La mesa se puso en el patio y había de todo. Los hombres jóvenes ya se habían emborrachado desde por la tarde y pasaron por la casa de María y se pusieron pesados, cantando cosas majaderas y pidiendo a gritos que se asomara la novia. Pero María no les hizo ni pizca de caso y la tía, una tía vieja que vivía con

ella, se encargó de espantarlos como a las moscas malas y ellos se largaron para las afueras del pueblo, siempre cantando y diciendo palabrotas. Entre las mujeres que estaban en el patio había una que se llamaba Delfina y era muy gorda y le tenía rabia a la María. A cada momento se ponía a chillar que se estaba haciendo tarde y que el novio no había llegado y que a ver si no iba a llegar nunca. María no se preocupaba, porque daba por cierto que el novio no la iba a dejar para vestir santos. Pero a las nueve, don Abel, el cura, se llegó a la casa de María y sacó su reloj y dijo que ya eran las nueve y que desde las ocho estaba esperando en la iglesia, y que si el novio se habría olvidado. Entonces Delfina la gorda echó una carcajada y dijo que estaría bueno que el moro la hubiera dejado plantada, a la María. Cerquita de las diez y media sería cuando oímos a los hombres que volvían con la parranda. Se llegaron hasta la puerta y le cantaron a la novia. Le cantaron que el novio la había dejado y que se había ido para su tierra porque a los moros, moras, y para los cristianos, putas. ¡Así mismito lo cantaban aquella pila de borrachos! ¡Los muy cafres! ¡Ay!, las muchachas estábamos asustadas, pero la María siempre fue muy entera de ánimos, sí, señor. Yo creí que se iba a echar a llorar o que le iba a dar un ataque, que es lo que le hubiera ocurrido a cualquier mujer en igual trance, pero lo que ocurrió fue otra cosa. Como le digo, la María siempre fue muy entera. Se quedó seria mirándose al espejo un rato largo, oyendo cantar a los hombres y luego salió al patio y se sentó en un extremo de la mesa. Delfina, cuando la vio sentarse, me tocó con el codo y empezó a aplaudir y a gritar con mucha mala fe: «¡Qué viva la novia!» Los hombres que estaban en la puerta repitieron el grito de la gorda y todos a empellones se metieron en el patio y se sentaron a la mesa, mismamente como una bandada de cuervos que cayera sobre un maizal. ¡Ay! ¡Menudo rebumbio[8] el que se armó! Los chicos, de los que nadie se ocupaba entonces, andaban a la rebatiña con los pejines, los higos porretos y las támaras[9]. De las mujeres, la primera que se sentó a la mesa fue la Delfina, que tuvo el desparpajo de sentarse junto a María y se puso a repartir el vino a los hombres y no dejaba de brindar por la novia. Marcial, el jorobado, se empinó una botella y luego lanzó un grito de los de él, que nadie sino un loco puede imitar. ¿No ha oído usted gritar al petudo? Pues Dios quiera que no lo oiga, porque es un grito que se mete en los huesos y nunca acaba de salir. Justo, el tocador (que en paz descanse mi primo), tenía la guitarra hecha pedazos y con el mango de la misma, que era lo único que le quedaba, se puso a dar fuertes golpes en la mesa, siguiendo el compás de las canciones de los otros. La tía de María no hacía sino mirar a todos con los ojos brillándole y a mí me pareció que aquello estaba gustándole lo suyo. Luego se dio a beber como Marcial, empinando la botella. ¡Ay, Señor! ¡Qué asco de noche! Créame que sufrí, porque yo nunca imaginé que la gente fuera tan ruín y que no hubiera un poco de compasión para una mujer en desgracia. La María no abrió la boca en toda la noche, ni para comer ni para beber, ni para pronunciar una sola palabra. Estaba quieta, con los ojos fijos al frente, muy pálida, muy guapa y hermosa. Guapa y hermosa como nunca. Y parecía una estatua, sin una lágrima y sin un solo

[8] Desorden

[9] Dátiles en racimo.

movimiento. Y así estuvo el tiempo que duró la burla. Ya de madrugada, los hombres tenían las voces roncas y las lenguas estropajosas de tanto chillar y tanto vino. Justo parecía un demonio de tan colorado que estaba y se le metió en el magín darle un beso a la María. Ya estaba junto a ella cuando se le atravesó Isidro y le dio tan fuerte empellón que lo tiró contra unas barricas. Comenzó la pelea, sacaron las navajas y las mujeres nos pusimos a gritar. Pero no pasó nada gracias a que entre Alfonso y Sebastián sujetaron a Isidro y Justo salió del patio. La María siguió como en otro mundo y cuando fui a despedirme de ella, ni siquiera hizo por mirarme. Aquello me encogió el corazón y me dio miedo y me vine a mi casa, que entonces yo vivía aquí mismo, con mi madre. Después de la pelea de Justo con Isidro, todos se fueron yendo para sus casas. Cuando yo salía empezaba a clarear la mañana. La María continuaba inmóvil. Debajo de la mesa, tendida en el suelo, borracha y roncando estaba la vieja. Yo hice el camino rezando padrenuestros y me parecía que las piernas no me iban a sostener del miedo tan grande que traía. Al pasar junto a la iglesia casi tropiezo con Marcial, que estaba tumbado en la tierra y enroscado como un perro. ¡Ay, Señor! ¡Qué asco de noche!

Capítulo VII

Don Miguel, ahora me refiero al único don Miguel de España, a don Miguel de Unamuno, claro, cuando estuvo por estas islas dijo que Fuerteventura era un esqueleto. De Lanzarote podemos decir otro tanto. Y si señor Manuel Quintero, el patrón, se la figuraba como un barco abandonado sus razones tendría, como yo, cuando la imagino como un mar. Es decir, como dos mares: uno negro de lava en los malpaíses y el otro color de oro de los arenales. Ambos me atraían por igual y rara era la tarde que no me internaba por aquellas llanuras muertas y sangrantes a la hora en que el sol se disponía a desaparecer. Solía llegarme hasta un lugar que era de mi agrado, porque más soledad que allí no podía encontrar en parte alguna. La blanca osamenta de un camello surgía de las arenas y servíame de sofá surrealista para descansar en plena lasitud. Llegábame entonces la sensación de hallarme en un mar fosilizado, flotando sobre una barca fantasma y navegadora por las singlas del infinito. Así una tarde me encontró Marcial el jorobado, con los ojos abiertos y el pensamiento adormecido.

—¿Descansa? —me preguntó.

—¡Hola, Marcial! Siéntese por ahí —le dije.

—Sí. ¡Jee! Me sentaré.

—¿Me estaba buscando?

—No, señor, ¡Jee! Algunas veces vengo a descansar por aquí. ¡Jee! —sonreía continuamente enseñando su dentadura amarilla de asno.

Se tumbó a mi lado y pasó un buen rato trazando rayas en la arena con el dedo. De cuando en cuando se quedaba como alelado mirando hacia Femés. Detrás de la Atalaya se ponía como una cinta roja de sol.

—Yo lo conocí —dijo de pronto el jorobado.

—¿A quién? —pregunté.

—A ese, ¡jee! —señaló la osamenta donde me recostaba—. Era un camello macho y lo mató la María, la bruja. De ella era, ¡jee!, de ella era.

—¿Y por qué lo mató?

—Por eso, porque era macho, ¡jee! Les tiene rabia a todos los machos.

Miró hacia el pueblo. Le temblaban los labios y me pareció que callaba por susto.

—¿De quién tiene miedo, Marcial?

—De ella. Ahora saldrá. Si me ve, puede que venga hacia mí a arañarme por lo del niño.

—¿Qué niño?

—Su hijo. La bruja tuvo un hijo, ¡jee!

—¿Con quién?

—La preñó Manuel Quintero, la primera vez que subió a Femés. La primera vez, ¡jee! La gente creyó que el chico era del árabe. Eso creía la gente, pero yo sé la verdad, ¡jee! me lo contó ella. Fue la misma noche que Isidro y Manuel se dieron de puñaladas en el cementerio. Yo los seguí desde el baile y me gocé la pelea alongándome por la tapia. A Manuel le tiré una piedra cuando salió del camposanto, ¡jee! Era forastero y no me gustó que enamorase a la María. Más tarde lo vi salir del baile otra vez y acompañarla hasta su casa, junto con la tía, la vieja que ya era bruja entonces. Yo me fui detrás sin que lo notaran y vi al patrón entrar con la María. La vieja se quedó en la puerta, sentada y como echando unos rezos. Manuel salió casi al filo de la amanecida y se fue barranco abajo, hacia Playa Blanca. Después no lo vimos más por aquí. Creyó seguramente que había matado a Isidro, ¡jee!, pero no lo mató, ¡jee!, no lo mató... Cuando a María se le empezó a hinchar el vientre ya había pasado lo del árabe... —hizo una pausa intencionada y se miró de reojo—. Bueno, ¡jee! Nació un niño varón.

Marcial cambió de tono la voz. Se puso más grave.

—Era una hermosa criaturita, sí, señor. Yo lo quise mucho y él era una locura por mí. Yo lo cuidé. Lo arrullaba para dormirlo cuando la madre me lo dejaba, que era casi siempre. Cuando cumplió los dos años se iba detrás de mí como un perrito. Muchas veces me lo subía a la pela[10] y le daba un paseo por estos llanos. Yo hacía de caballo y galopaba y todo, ¡jee! Él se reía tanto y era tan feliz conmigo que no me dejaba ni a sol ni a sombra. Cuando tenía que dar un viaje con el camello me lo llevaba en los brazos y a ratitos sobre el lomo del animal. ¡Cómo gozaba la criaturita! ¡Jee! En aquel tiempo la madre me tomó mucho cariño y siempre andaba queriéndome agradar y me decía que yo era como un padre para Jesusito. ¡Cómo un padre para Jesusito, jee! La que no me miraba con buenos ojos era la tía aquella de los rezados, que siempre estaba acurrucada en la puerta del patio y no cesaba de decirle a la María que yo le estaba moliendo demasiado al chico y que éste acabaría jorobado como yo. Gracias a Dios, la vieja murió un buen día, de una especie de patatús, echando espumarajos por la boca, como mueren todas las personas ruínes. La enterré en un rincón del cementerio, en un hoyo muy profundo, para que estuviese lo más cerquita posible del Infierno, ¡jee!

Marcial se quitó el sombrero y lo sacudió contra una costilla de camello. Se pasó la mano por la cabeza y volvió a cubrirse. Luego sacó un pañuelo y se sonó con fuerza. Miró al cielo, después a mí, sonrió y continuó narrando:

—La gente del pueblo no le hablaba a la María. Las mujeres digo yo que por envidia; los hombres por miedo. Empezaron a decir que ella había matado a la vieja para robarle los dineros que ésta tenía guardados. Pero todo aquello eran embustes, porque por más que buscamos entre María y yo, sólo encontramos un rosario de huesos y una cajita con cartas de un hijo que la vieja tenía por tierras de América. Cuando la María se quedó sola decidió irse a buscar trabajo a Yaiza, a Mácher o

[10] Llevar a caballito, es decir, llevar un niño a hombros.

cualquier pueblo. Yo pensé que Jesusito se iría con la madre y estuve algunas noches sin dormir, temiendo lo solo que me iba a quedar sin él. Pero todo se arregló sin tener que separarme, ¡jee! Estábamos por el mes de agosto y la María se fue a Uga y allí encontró trabajo en la vendimia. Como era cerca de aquí, y ella sólo trabajaba por las tardes, no tuvo que irse a vivir a otro pueblo, y yo me encargaba de cuidar al niño mientras ella estaba en Uga. ¡Jee! Jesusito era mi amigo. Todas las tardes me lo llevaba a pasear y a enseñarle cosas. Unas veces subíamos a la Atalaya y allí lo pasábamos felices, viendo el vuelo de los guirres o cogiendo saltamontes. Otras veces aprovechábamos el camión de Pedro, un camión que se había comprado cuando desembarcó para siempre. En él íbamos a la costa para ver el mar, y buscábamos lapas y caracoles y contemplábamos los charcos. Jesusito se bañaba en la playa, en la orillita siempre, en la orillita, que buen cuidado tenía yo de halar de él cuando venía una ola que le llegaba a los muslos. Después del baño se tumbaba sobre la arena, y el sol y el aire lo dejaban sequito y salado y con una color doradita en la piel, que daba gusto mirarlo. De regreso entrábamos en el pueblo ya con las sombras de la noche y el muy pícaro me hacía que lo montara sobre la peta y le diera una vuelta a la iglesia y a galope. Me lo llevaba luego a la cama, que yo se la hice de unos cajones, y allí quedaba estirado, rendido de tanto jugar todo el día, ¡jee! Le calentaba un tazón de leche, que tenía que ser de la «Jirita». La «Jirita» era una cabra que yo había comprado para él y me costó unos cuantos duros. Yo tenía unos ahorrillos entonces y los di con gusto, porque la «Jirita» era una cabra muy hermosa, con manchas negras y blancas, como la noche y la luna, y porque era para Jesusito. Luego de tomarse el tazón de leche se dormía como un bendito, con sus manecitas entre las mías y llamándome «tío Marcial», ¡jee!, «tío Marcial».

Hizo una pausa el petudo para volver a sonarse.

—Cuando llegaba la madre —prosiguió— y veía a su hijo tan sano y tranquilo, me sonreía agradecida. Y yo me marchaba entonces, feliz, a dormir en el cementerio, que desde un tiempo atrás había tomado por casa.

—¿Dormia usted en el cementerio? —le pregunté.

—Sí, señor. No hay sitio mejor, créame. Aquello es lo mío porque yo soy el sepulturero, ¡jee!

Siguió contándome:

—A lo que iba. La felicidad no dura mucho, no, señor. Siempre hay algo, coño, perdón, siempre hay algo que la enturbia.

»Una vez Jesusito se puso enfermo y estuvo hasta seis días con una tos tan fuerte y tan fea, que no parecía sino que se le iba a romper la cajita del pecho. Por las tardes le entraba la fiebre y se quedaba triste y apenas con fuerzas para cogerme los dedos. La madre no fue a trabajar en esos días y se pasaba las horas junto a la cuna, con los ojos llorosos, muda y con gesto tan duro en el rostro, que yo no me atrevía á mirarla. Aquella noche me quedé en la cuadra, junto al camello, este camello —Marcial tocó los huesos—, y desde allí oía la tos de Jesusito que me metía el corazón en un puño. Malas noches fueron y yo las pasé rezando salvemarías, porque otra oración nunca aprendí con tino. Por fin, un día tomé el camino de Sóo y fui a consultar con una vieja curandera que se daba buena maña para curar los males y me

vendió unas hierbas y me dijo que las hirviera y que el niño se tomara dos tazas del agua aquella que resultara y que ya se pondría bueno. Y así fue. El niño se nos puso bueno y tres días después salió al patio y lo monté a la pela y tuve que darle una galopada. ¡Jee! Pero...

»Ya le dije, antes mismo, que la tranquilidad no es cosa que dure mucho aquí dentro —Marcial señaló su pecho—, no, señor. Cierta vez me encontraba trabajando en el cementerio cuando llegó Jesusito a buscarme. Se sentó cerca de mí y se estuvo quietecito mirando cómo yo hacía un hoyo para seña Agustina, una buena señora (que en el cielo esté), que iban a enterrar aquella misma tarde. Por el cielo cruzaron unos cuervos y quiso la mala suerte que la sombra de aquellos pájaros pasara sobre el cuerpo de Jesusito. Yo soy supertre... ¿Cómo se dice?

—Supersticioso —dije despacio.

—Eso. Bueno, pues yo soy... eso ¡jee!, y no pude reprimir el susto, porque la sombra del cuervo es de mal agüero y anuncia alguna desgracia a la persona sombreada. Así le ocurrió a mi madre el día antes de traerme al mundo y al siguiente ya estaba bajo la tierra. Y fuerte tuvo que calar la sombra del pájaro, cuando hasta yo salí con la silueta quebrada. Aquel día lo pasé muy preocupado. Recordando aquellos malditos pájaros y su sombra me dio por volverme timorato y no quise subir a la pela a Jesusito, porque pensaba que se me podría caer y recibir un mal golpe. Por la tarde, después del entierro de seña Agustina, me lo llevé al patio de la casa y allí lo pasamos sentados, contándole historias que yo mismo inventaba y que a él le gustaban mucho. Y procuraba distraerlo y hacerlo reír, porque su risa me hacía muy feliz y tenía el presentimiento de que lo iba a perder, y me acusaba un dolor muy grande pensar que aquel rostro tan hermoso de niño pudiera quedarse serio para siempre, con esa seriedad de los hombres cuando se mueren, cuando se les echa la tierra encima. Como dicen por ahí, mi procesión iba por dentro. Estaba asustado de verdad y a cada rato se me venía clarito el recuerdo de la mala sombra que le pasó al niño, justo por la cabeza. Por la noche me llegué al cementerio, recogí la manta que tenía escondida en un rincón y me fui a casa de María, a dormir en la cuadra, para estar más cerquita del niño, por si el mal le llegaba en forma de fiebre, o de ataque, o sabe Dios. Pasé la noche con los ojos bien abiertos, al acecho de sombras y quejas. Y cuando salió la luna y vi el pueblo tan blanco, silencioso y frío, pensé que aquella luz sería mala cosa para el cuerpo de Jesusito, y sin hacer ruido fui escurriéndome por el patio y me acerqué a la ventana de la habitación y me alongué todo lo que pude para mirar, para buscar al pequeño y saber si respiraba. La María estaba acostada boca arriba, con un muslo destapado, un muslo blanco, redondo y hermoso como yo no había visto nunca. Tenía abrazado a Jesusito como para protegerlo de la luna, de los malos aires y las malas sombras, y tan serenos eran sus rostros mientras dormían que me empezó a entrar un gran consuelo en el pecho. Así que me volvía a la cuadra y pasé el resto de la noche recostado en el camello, en este...

Marcial acariciaba los huesos.

Capítulo VIII

Señor Alfonso, el cartero, solía tumbarse junto a la tapia de su casa, sobre la cómoda pelusa de los cerrillos en sombra, a pasar la modorra de la tarde masticando la hierba anisada del hinojo. Señor Alfonso, el cartero, acostumbraba a echarse boca arriba, con las manos cruzadas tras la nuca y engurruñando los ojos para mejor contemplar el cielo de Femés. El cielo de Femes, a la hora quince, se atiborra de escamas doradas flotadoras, pequeñísimas y resplandecientes.

Señor Alfonso, el cartero, por lo que quiso contarme, también tuvo su juventud y algo que ver con la María.

—... Recién llegadito de Cuba, y en lo mejor de la vida, harto de machetear la caña y de correr tras los centenes. Por única fortuna me traje un diente de oro. Y para desgracia un pulmón desinflado. Pero no sabe usted lo feliz que me sentía a mi regreso, cuando pisé de nuevo el camino de Femés. Era un domingo por la mañana y ya de lejos venía oyendo las campanas de la iglesia. Cosa fuerte era esta para mí, porque me hacía recordar que en mi niñez fui campanero, junto con Marcialillo el petudo, de quien me acordaba con pena y suponíalo ya muerto, pues siempre se había dicho de él que no viviría mucho y que se iba a ver en apuros cuando le llegara la edad del desarrollo. La alegría de volver a mi tierra, después de doce años, puede suponerla usted. De pronto parecía que se me oprimía el corazón al recordar lo pobre que regresaba. Sólo me traje un hatillo con un poco de ropa sucia, unos viejos pantalones y una camisa de esas que allá en Cuba llamábamos guayaberas. ¡Ya ve usted! ¡Y trabajando durante años, de sol a sol, y pasando fatigas de las grandes! Total para nada. Para volver enfermo y fracasado. La pena era mucha y me la eché a la manga con unos lagrimones que me salieron al divisar el pueblo. Procuré olvidar mis calamidades y seguí el camino, buscando de nuevo aquella alegría que me brindaba el campanario de la iglesia y la vista del monte Tinazor. Y así llegué hasta mi casa, haciendo cábalas sobre la sorpresa que le iba a dar a mis padres. Al llegar a la puerta me detuve un momento para desatar el pañuelo y sacar unos purillos habanos que le traía a mi viejo y una medalla de oro para mi madre. Con los regalos en la mano me decidí a atravesar el umbral. La puerta del patio estaba entornada y al empujarla chirriaron los goznes. Entre las losas la hierba estaba seca y muy crecida. La puerta que daba al interior de la casa tenía las tablas rotas y junto al horno, agrietado y lleno de ortigas, había un orinal corroído por el óxido del tiempo. Así, de sopetón, me llegó un susto que no esperaba. Aquel abandono significaba mucho y procuré entenderlo a mi manera. La única manera de entenderlo. No sé por qué estúpida esperanza avancé unos pasos y junto al umbral llamé a mi madre...

Señor Alfonso, el cartero, al contarme esto hizo una pausa muy prolongada y allá cuando se le apagó la pipa la sacudió contra la tapia y prosiguió con su historia:

—Me llegué hasta el camposanto sin tropezarme con nadie. Las mujeres estaban en misa y los hombres metidos como siempre en la venta. El cementerio (mire usted qué cosa tan rara) me dio alegría de verlo. Con sus muros tan blancos y sus pequeñas cruces torcidas y lleno de flores silvestres de magarzas y con aquel olor tan fuerte de los hinojos y el tomillo moruno. Y luego el cielo tan azul y luminoso. Corría una brisa suave y fresca a la sombra de las tapias y allí me eché, cerquita de unos cardos en flor, y me quedé dormido, no sé si de cansancio, si de tristeza, si de tan solo que me vi de pronto. Mucho tuvo que durarme el sueño, porque al abrir los ojos ya el sol tocaba la cumbre de la Atalaya y las cruces alargaban sus sombras por la tierra. Muy cerca de mí, una mujer se entretenía en formar un ramo con humildes flores de las que allí crecían. Era joven, con grandes ojos negros. Se cubría la cabeza con un gran sombrero de paja y sobre los hombros le caía larga y oscura la cabellera. Se dio cuenta de que la estaba mirando y se acercó sonriente y me dijo:

—¡Hola, Alfonso!

—Alfonso, sí. Y tú ¿quién eres? —le pregunté.

—¿No te acuerdas de mí? ¡Pues fíjate bien, hombre!

Ya que me daba su permiso me puse a contemplarla a mi gusto. Tenía el talle espigado, las piernas altas, abultado el pecho y el rostro más bello que vi en mi vida.

—¿Me conoces ya?

—Sí —le dije—, tú eres María.

Entonces me sonrió de nuevo y me dijo que a mí me había reconocido en seguida y que regresaba hecho un buen mozo.

—...y traerás mucho dinero, después de tantos años en América.

—Te equivocas, mujer. No tuve suerte.

—¿Y cuándo has llegado? —preguntó.

—Esta misma mañana. Estuve en mi casa y luego he venido hasta aquí...

—¿A ver a tus padres?

Sentí una gran opresión en mi pecho al oír sus palabras. Un dolor en la garganta. Bajé la mirada hacia la tierra.

—Sí, he venido a ver a mis padres, pero no sé dónde están. Ni siquiera sabía que estuvieran muertos.

—¿No lo sabías? —preguntó con extrañeza en los ojos.

—No.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Encontré la casa muy abandonada y lo pensé.

—¡Pobre Alfonso! —dijo con sincera tristeza.

Y cogiéndome de la mano me llevó a un rincón del camposanto y señaló una pequeña cruz hecha con tablas de cajón en las que resaltaban las letras a fuego de una marca de sidra.

—Ahí está tu madre —dijo—. Y aquella otra cruz pintada de verde es la de tu

padre. Hace ya cinco años que murió. Ella no recuerdo bien cuándo. A los dos años de tú marcharte, creo.

Entonces María tuvo un gesto que me conmovió el alma. Se agachó junto a la tumba de mi madre y ató a la cruz un ramo de amapolas y espigas de centeno.

—Eran para la iglesia, ¿sabes? Ya cogeré otras.

Y sin despedirse salió del recinto y se fue caminillo abajo hacia el pueblo. Yo pasé el resto de la tarde en el cementerio, entretenido en grabar en las cruces los nombres de mis padres. En una puse Alfonso y en otra Eulalia. Luego, con la noche avecinándose, regresé a mi casa y con el corazón deshecho traspasé la puerta. Una banda de murciélagos asustados se fugó sobre las tapias y otra vez me llegó aquel sabor amargo de mis penas y como un escozor en los ojos. Ya en el interior, encendí un pedazo de vela que hallé por casualidad y me quedé contemplando la cama grande de hierro y unos escapularios de la Virgen del Carmen que estaban colgados en la cabecera. Sobre una repisa muy tosca vi un barquito de madera sin terminar y un camello. Y fueron aquellos juguetes tan pobres, tan humildemente tallados, los que me hicieron recordar las manos de mi padre, las manos encallecidas, tan duras y, sin embargo, tan blandas y milagrosas para mantener las ilusiones de un niño. ¡Ya ve usted! Después de soportar como un hombre tan rudos golpes, no pude reprimirme ante aquellos objetos insignificantes y me tumbé en la cama y di rienda suelta a mi llanto.

Señor Alfonso, el cartero, tenía buena memoria para sus padres, porque, a pesar de los años transcurridos, aún se le vidrian los ojos con el recuerdo. Tomó un puñado de cerrillos[11] y sacudió las moscas. Hizo tiempo para que le viniera la voz y continuó:

—Los primeros días que siguieron a mi llegada los empleí en arreglar un poco la vivienda. Con la ayuda de Marcial, a quien por suerte encontré vivo con gran sorpresa mía, limpié el patio de hierbas malas y tapé los desconches de los muros y aseguré las puertas. Fueron varios días de trajín y al final caí en la cama, enfermo con tiritonas y unas fiebres que me daban por las tardes. Marcial se portó como un buen amigo y se las ingeniaba para traerme un poco de agua, leche y algún que otro alimento. Le gustaba mucho oírme contar cosas de Cuba y estaba empeñado en que yo había traído dinero, que lo tenía metido en algún escondite. Y hasta por asegurar estoy que en más de una ocasión me revolvió la casa, aprovechando que yo, con mucha frecuencia, me quedaba dormido. Un día se me agravó la enfermedad y tuve un vómito de sangre. Marcial, que entraba en aquel momento, se asustó tanto al verme que fue corriendo a buscar a la tía de María, que tenía fama de sanadora. La vieja llegó al poco y me echó unos rezos y me dio a tomar un cocimiento de hierbas

[11] Planta perenne de la familia de las Gramíneas, cuya raíz, rastrera, usada en medicina, echa cañitas de más de seis decímetros de alto, con hojas planas, lineares y lanceoladas, ligeramente vellosas por encima, y flores en espiga alargada, floja y comprimida.

que me hizo mucho bien, pues no volví a tener vómitos de aquellos. Las fiebres me desaparecieron a los cuatro días. La vieja, a quien en el pueblo llamaban la Cuerva, era una mujer antipática y que yo nunca miré con buenos ojos, porque las trazas que tenía eran todas de bruja. Durante el tiempo que permanecí en cama se aficionó a visitarme y se ponía cuca y zalamera, a llamarme «niño Alfonsito», a hacerme todos los cuidados y a sonsacarme cosas de mi vida por América. La muy zorra. Ella creía también, como Marcial, que yo había vuelto con dinero, y siempre andaba tras la manera de averiguarlo, haciéndome preguntas y escarbando como las gallinas en mis respuestas. Y como ya me diera rabia de oírla con la misma cantinela y con tanta majadería, diome la ocurrencia de engañarla, para ver si así se le iba de una vez aquella fastidiosa curiosidad y me dejaba tranquilo. Le dije entonces que a pesar de haber corrido con poca suerte por allá, logré hacerme con algunos ahorros y que pensaba comprar unas tierras. Mientras le decía estas mentiras, yo no dejaba de mirarla y pude observar como una luz que le llegaba al rostro y que las arrugas se le estiraban y apretaba los labios y los ojos se le hacían más pequeños y las manos empezaron a temblarle ligeramente, como si por dentro sintiera una gran alegría, como si la noticia que yo le daba tuviera que ver con ella y como si fuera una gran noticia. Aquel día su visita duró más que otras veces y me habló de mis padres, de lo mucho que siempre se acordaban de mí, de cómo vivieron y murieron. Luego, bastante tarde ya, me dijo que se alegraba mucho de que me encontrara mejor y se ofreció para traerme toda la leche que yo quisiera, y pejines y fruta seca.

—No temas, Alfonso —me dijo—, que no te lo voy a cobrar. Tu madre era una buena amiga mía y esto lo hago en su recuerdo. Y a Dios y a san Marcial y a la Virgen del Carmen les pido siempre que te cures, hijo, y llegues a cultivar tus tierras.

La muy zorra.

A la mañana siguiente, a poco de salir el sol, me vi gratamente sorprendido con la visita de María.

—Buenos días, Alfonso —me saludó.

—Hola, mujer.

—Mi tía me manda con esta poca de leche.

—Gracias. Puedes dejarla por ahí —le dije—. Hoy pienso levantarme un ratito.

—Entonces es que te encuentras mejor.

—Mejor me siento, de verdad.

—Vaya. Pues me alegro mucho. Pero no debes levantarte todavía. Tienes un aspecto muy débil.

Y salió al patio y con unas piedras y una poca de leña, hizo un fogón y puso el cazo encima. Yo la veía hacer y aprovechando que estaba distraída abanando[12] el fuego con su sombrero me puse a contemplarla a mis anchas. Era una mujer muy hermosa la María, se lo juro a usted. Aquel pelo tan negro que entonces le caía por la espalda, me incitaba unos locos deseos de tenerla a mi lado. De vez en cuando ella se volvía sonriendo hacia mí y yo le notaba en la cara como si le subiera un poco la color.

[12] Avivar la lumbre con el soplillo.

—María —llamé.

—Dime.

—Ven aquí, mujer.

Siempre sonriendo se acercó y me pasó la mano por la frente a modo de caricia.

—¿Qué me quieres?

—Que estés conmigo —dije—, que no te vayas.

Le cogí las manos entre las mías y ella se sentó en el borde de la cama.

—Antes de irme a Cuba éramos como novios. ¿Recuerdas?

—Sí que me acuerdo. Eran cosas de niños.

—¿Y ahora? —le pregunté.

—Tú sabrás, Alfonso —me dijo.

La atraje hacia mí y se dejó besar.

Le digo a usted que si en la vida hay algo que merezca la pena, como para recordarlo con gozo, es esa época de joven, cuando uno se siente enamorado. A partir de aquel beso que le di a la María, el mundo, que hasta entonces me pareció grande y me asustaba, se fue haciendo pequeño y para mí solo. Fuera de las cuatro paredes de mi casa, no existía nada que pudiera interesarme. Cuba era algo así como un mal sueño que ya iba echando al olvido. Femés era algo que estaba más allá de la puerta y que a mí me interesaba bien poco. Los amigos que venían a verme alguna que otra vez, eran extraños fantasmas inoportunos que se colaban por las rendijas y se pasaban la tarde hablando de cosas que no existían en mi vida. Hasta el cielo, que ya ve usted que es grande, se redujo a las medidas del patio y con esto me conformaba y me sentía dichoso como ya nunca más he vuelto a sentirme. La María me visitaba a diario, pero a mí cuando más ilusión me hacía recibirla, era cuando se presentaba al caer de la tarde, una vez que el sol se había ocultado tras de la Atalaya y el cielo quedaba resplandeciendo, amarillo y blanco, como hueso limpio. María se vestía a esas horas con un traje de color rosa muy sencillo y liviano y que tenía unos botones redondos de cristal que, no sé por qué causa, siempre los tengo en la memoria. Me traía la cena y luego me ayudaba a levantarme un poco y me llevaba hasta el patio, y allí nos sentábamos, a ver caer la noche y a charlar de nuestras cosas, a veces hasta bien tarde. Cierto día, el diablo se metió en mi casa con la apariencia inofensiva de Marcial. Ya por entonces encontrábame yo muy mejorado y pasaba el tiempo sentado junto a la puerta, entretenido en hacer jiñeras[13] para cazar pájaros. Marcial se me presentó con una botella en la mano, una botella de vino que sabe Dios a quién se la hurtaría. El petudo me juró seriamente que se la habían regalado en Uga, a cambio de un trabajillo que hizo por allá. El vinito de Uga, ya sabe usted, no es para despreciar y la botella quedó vacía en menos de lo que canta un gallo. Yo recuerdo que me bebí tres sorbos, y bien cortos, porque el jorobado en cuestiones de toma y daca la botella no es de los que se dejan dormir. Puede usted creerme, que sólo me tomé tres buches y al poco el vino se me subió a la cabeza y fue cuando me di cuenta de lo débil que me hallaba todavía. Marcial, que ya en Uga había libado de lo lindo,

[13] Un tipo de jaula que se usaba para meter un pájaro dentro,con trampas a los lados para atraer a otros pájaros.

se mostraba contento y hablador, y mientras me echaba una mano en la construcción de jiñeras se le fue desatando la lengua de una manera descarada y llegó al tema de María.

—No te podrás quejar, Alfonso —mé dijo—. Aquí la tienes casi todo el día y parte de la noche.

—¿Y qué?

—Nada. Pero si yo la tuviera así...

—¿Cómo?

—Como tú la tienes, a todas horas.

—¡Cuidado con lo que dices, Marcial! —le advertí.

—Yo no lo digo, Alfonso, yo no lo digo. Lo dicen todos en el pueblo.

—¿Qué es lo que dicen? —le pregunté.

—Eso, eso, ¡Que quién fuera Alfonso!

—¿Y tú, Marcial? ¿Qué dices tú?

—Que es una hembra, la María. Y que tú eres un atontado.

—¿Por qué, Marcial?

—Porque eres eso, un atontado. Te pasas las horas junto a ella y no le haces nada. No haces sino tomarle las manos.

—¿Tú qué sabes?

Marcial me señaló el tejado de la casa.

—Yo me subo por detrás todas las noches, y me pongo ahí encima, agachado, para verte enamorar.

Yo hice como si fuera a levantarme tranquilamente, y con todas las fuerzas y rabia que a duras penas estuve conteniendo desde poco antes, le propiné tal puñetazo al petudo que, por jurar, juraría que el hombre dio tres vueltas sin tocar el suelo. Se quedó en tierra hecho un ovillo, jirimiqueando[14], echando sangre por la nariz y mirándome con susto.

—¡Vete, Marcial! —le grité.

Se levantó y caminando hacia atrás, lentamente, se fue alejando de mí. Luego se agachó y cogió una piedra con ánimos de tirármela.

—¡Vete, Marcial! —repetí de nuevo—. ¡Te partiré la cabeza si no te marchas!

—¡Marica! ¡Desgraciado! —chilló.

Y salió corriendo hacia la iglesia.

Pasé el resto de la tarde como no quiera usted saber. Anduve de un lado a otro por el patio, luchando con los demonios que Marcial me dejara en el cuerpo. La cabeza me giraba como un tornado y tanta era mi rabia, que a punto estuve de ir en busca del petudo para arrancarle la lengua de cuajo. ¡Caray! ¡Que es fuerte para un hombre eso de que le llamen marica! Allá, en Cuba, mi historia fue otra y bien distinta. El que quisiera oírla podía escucharla en Camagüey, de boca de Dulcita Pastrana o de Asunción la Chona, dos mulatas que tuve a mis antojos y en las que mi hombría quedó sin duda. ¡Marica yo! Pues, como le iba contando, pasé la tarde hecho un basilisco y por fin me tumbé en la cama y dime a cavilar sobre el papel que estaba

[14] Llorar con haciendo ruido, tipo niño chico que quiere que se le haga caso.

haciendo entre los hombres de este pueblo. Ya más sereno, le fui dando vueltas al asunto y pensé que quizás, en el fondo, Marcial tenía razón y que, a lo mejor, hasta la María pensaba también que yo era un atontado. El diablo empezó a subirme la fiebre y a dibujarme en el aire aquellos cuerpos de las mulatas, morenos y tan danzones... Bien anochecido ya, llegó María.

—Alfonso... —llamó por lo bajo.

—Entra —le dije.

—¿Estás en la cama?

—Sí.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, mujer.

—Encenderé la vela.

—No enciendas —atajé—, prefiero estar a oscuras. Ven a sentarte aquí.

—Te noto la voz muy ronca.

—No es nada.

—Tienes calentura —me dijo cuando le cogí las manos.

—Sí, un poco.

—Alfonso... me das miedo.

—No seas tonta. ¿Por qué te doy miedo?

—No sé. Estás tan...

—No seas tonta, María, no seas tonta.

—Alfonso, me haces daño...

La tenía en mis brazos. La había doblado sobre la cama.

De pronto me asustaron unos gritos:

—¡Qué hacéis, pícaros! ¡Qué estás haciendo tan a oscuras!

La Cuerva, la tía de María, chillaba hasta desgañitarse. Se abalanzó sobre la sobrina y la emprendió a golpes con ella. María pudo zafarse de aquellas garras sarmentosas, atravesó la cama y corrió hacia la puerta entre sollozos, asustada.

—¡Ya te arreglaré yo! ¡Ya te arreglaré cuando llegué a casa!

Luego se rió la vieja. Tenía una risa desagradable, chillona y sostenida que me ponía los pelos de punta.

Se dirigió a mí amenazadora.

—¿Y tú, Alfonsito, qué dices tú?

Yo estaba incorporado en la cama, semidesnudo. Me castañeteaban los dientes.

—No tengo nada que decir.

—Sí que tienes, picarón. —La vieja me mostró su puño cerrado—. ¡Sí que tienes! ¡Mira que si la preñas, a mi sobrina! ¡Tendrás que casarte, Alfonso, tendrás que casarte!

—En eso he pensado —dije con buena fe.

La vieja dulcificó el rostro.

—Así hacen los hombres, Alfonsito. Te casas y en paz.

La vieja, de pie junto a la cama, parecía un pajarraco de rapiña. Me daba asco.

—Primero buscaré trabajo —dije—. Luego ya veremos. No quiero seguir viviendo de limosnas.

—No te preocupes, hombre, no te preocupes. Mira, Alfonsito, tú puedes comprarte unas tierras y trabajarlas, y ya darán para ir tirando.

La estaba viendo venir. Olía dinero.

—No tengo un céntimo —confesé—. Soy pobre como una rata.

—No te creo. Algo traerías de Cuba.

—Se lo juro. Se lo puedo jurar. No tengo nada, pero trabajaré y...

La vieja cambió bruscamente. Volvió a chillar y enseñarme el puño cerrado.

—¡No te vas a reír de mí! ¡No te vas a reír de mí, desgraciado! ¡Cuidadito con arrimarte de nuevo a mi sobrina! Tú lo que eres es un gandul, y un desgraciado, y un tuberculoso. ¡Tuberculoso! ¡Tuberculoso!

Parecía que se le iban a saltar los ojos. Me escupió el rostro. Se fue hasta la puerta y se volvió para chillarme.

—¡Ahí te pudras!

Me quedé tranquilo. A la sobrina nada le había hecho. Luego me dio por pensar en que la vieja fue muy oportuna y que bien pudo ser una trampa tendida por ella y Marcial y quizá también la María. Y por sí o por no, para salvar el orgullo, que eso sí me traje de Cuba, juré no ocuparme más de mujeres y vivir con Dios y a solas, que es como mejor sabe la vida. ¿No le parece, amigo?

Capítulo IX

En Femés, las noches tranquilas son muchas. En Femés, no siendo sábado, se puede dormir a pierna suelta. Perdón: no siendo sábado y mientras no salga la luna. La luna tiene la culpa de las malas noches en Femés, porque las sombras son misteriosas para los perros y éstos se encuentran con un miedo a quien ladrar. Cuando hay luna, el primero que ladra es un perro de la llanura. Debe ser cachorro a juzgar por su ladrido agudo, desesperado y nervioso. Ladra a la palmera que hay en el camino. La palmera le envía una sombra delgada como un estilete, una sombra negra y larga que atraviesa el llano y termina justamente entre las patas del perro. En Femés, el llanto del cachorro se oye muy lejos y de relance. Los canes del pueblo tienen el oído muy fino y levantan las orejas. Luego cualquier cosa. Basta que el viento tire una teja, que una lechuza se pose en el campanario o que una nube cruce sobre la Atalaya. Los perros de Femés ladran como demonios, a las sombras y a sus miedos. Pero a veces los perros se escandalizan por otras causas. Así cuando, a medianoche, descubren a Mararía y a Marcial que salen de Femés, los perros denuncian su paso. Y unos ladran a la sombra que sigue a la bruja y otros a la sombra arqueada como un perro negro que va lamiendo los talones del petudo.

Una noche diome por seguir a Marcial y a la vieja en una de sus escapadas. El jorobado llevaba en las manos dos palos cortos y sentí curiosidad por saber a dónde se dirigían, a tan altas horas, con sus estrafalarias figuras. Aunque era noche de luna, el cielo se oscurecía a ratos con nubes espesas que pasaban rápidas sobre la isla, como un tropel de caballos fantasmales, negros y silenciosos. De vez en vez se abría un espacio grande en el cielo y una mancha de luz se deslizaba ladera abajo. Ladera abajo, buscando el centro de la barrancada, caminaban aprisa Mararía y Marcial. Yo los seguí a distancia, por un senderillo que cruzaba serpenteando entre chumberas. Enfrente y muy adentro de la oscuridad, brillaban los destellos de un faro. El faro de la isla de Lobos. Los grillos parecían timples pequeñitos tocados con rabia y sin tregua. De Femés sólo se divisaba, allá arriba, la casa de Isidro sostenida al borde mismo del barranco. Era apenas ya una mota blanca difícil de ver. Una hora llevaría caminando desde que salí del pueblo, cuando el terreno se hizo llano y el aire me brindó el perfume salado y fresco, inconfundible, de la mar. Ya cerca de la costa escuché el sonido de las olas rompiendo en las orillas. Tuve que dar un rodeo a una gran roca y luego penetré en el espacio abierto de una playa de arena clara y brillante. Sobre el mar oscuro, a poca distancia, oscilaba una luz roja sobre la proa de una goleta. Marcial y la bruja se habían detenido sobre la arena. Veía sus siluetas delante de mí. Pensé que al fin había descubierto el misterio de aquellas salidas nocturnas. Pensé que bajaban a la costa por algún asunto de contrabando, pero no fue así. Mararía y Marcial contemplaron la embarcación durante un largo rato y

después se dirigieron hacia la izquierda de la playa y desaparecieron tras unas rocas altas y redondas. Sentí entonces mayor curiosidad por saber qué tramaban aquellos dos seres solitarios y siguiéndoles los pasos crucé el grupo de grandes piedras. Entonces se presentó ante mis ojos un extraordinario espectáculo. Me encontré en una ensenada de unos trescientos metros, en forma de media luna, sobre la arena brillaban unas antorchas sostenidas por figuras enlutadas que, de rodillas, miraban con éxtasis hacia la oscura superficie del mar. Estaba en la bahía de los ahogados, el lugar donde los muertos aparecían para hablar con sus familiares. No pude menos que estremecerme al contemplar la escena. Las figuras estaban desperdigadas por toda la playa. La mayor parte eran mujeres y permanecían solas, inmóviles, sosteniendo las antorchas bien altas para guiar el alma de sus ahogados. El silencio impresionaba. Con el reflejo de las luces pude observar algunos rostros tensos, las miradas fijas. Me coloqué detrás de Marcial y Mararía. Me senté a descansar y a distraerme en la contemplación de aquella extraña ceremonia. Sólo percibía el ruido adormecedor del mar, pero pasado cierto tiempo hube de aguzar el oído. ¿Era verdaderamente el mar lo que estaba oyendo? ¿No se oían también unas voces lejanísimas, como lamentos? Sobre el agua se fue posando una especie de niebla tan fina como gasa. Por un momento se formó un tenue remolino con el humo de las antorchas. Marcial comenzó a bisbisear una extraña letanía:

—Sillo, sillo, sillo...

Una mujer suspiró, se levantó y se fue entre sollozos. Mararía y el jorobado hicieron otro tanto. Yo me quedé sentado donde estaba. Me agradaba el fresco que venía del mar y aquel murmullo del fondo, un murmullo de piedras y arenas en el cual podía escuchar voces extrañas y lejanísimas, cantando, gritando lastimosamente.

Cuando más absorto me hallaba, sentí el peso de una mano que se apoyaba en mi hombro. Señor Manuel Quintero, el patrón, se sentó junto a mí. Tenía los ojos vidriados, como si estuviese conteniendo un llanto. Miraba hacia el frente, hacia la gasa de niebla que flotaba en la bahía.

—Daría la vida por tenerlo ahora —susurró.

—¿El qué? —pregunté.

—Un hijo. Mi hijo.

Apretó las mandíbulas, tomó una piedra y la lanzó con fuerzas al mar.

—¡Maldita sea tu estampa! —gritó.

Capítulo X

Isidro, el cacicón, tiene el vino. Isidro tiene pescado salpreso[15] y fruta seca. Isidro tiene tierras y deja que otros las trabajen. Isidro tiene garbanzos y lentejas. Isidro lo da todo, lo fía todo y cobra a la larga. Isidro, según dicen en Femés, tiene una fortuna. Isidro sonríe. Marcial asegura que los dineros de Isidro están escondidos en un pozo. Marcial dice que si no es así, para qué iba a entullar[16] el pozo de su casa. Isidro sonríe. Después de todo tiene gracia el petudo.

—La verdad es que el pozo está lleno de escombros —me dice Isidro, mientras se hurga los dientes con un pico de tunera—, pero con onzas de oro pude haberlo llenado, sí, señor.

—Tonto que fuiste, jee. Tonto que fuiste —se burla Marcial.

—¡Tú te callas, idiota! ¡Ya te estás largando de aquí, antes de que te arree un leñazo!

—¡Perdona, hombre, perdona!

Marcial empina el codo para apurar su vaso, se limpia con la manga y se levanta murmurando.

—A lo mejor el tonto es uno, jee...

Sale de la venta y va hacia la iglesia. Se sienta a la sombra y apoya la joroba en la pared. De lejos hace guiños y sonríe.

Isidro vuelve a escanciar vino en los vasos.

—Como le decía, amigo, con onzas de oro.

Y se queda ensimismado mirando por la ventana.

Marcial se entretiene en trazar rayas en la tierra con los dedos.

—¿Usted ha estado en Uga? —me preguntaba Isidro de pronto.

—Sí —le digo.

—Pues todas aquellas fincas serían mías ahora. Todas las viñas crecidas en aquellos malpaíses y, además, las salinas de don Lázaro. ¡Mire si podía ser rico! Y por si es poco también sería el dueño de La Cantarrana, que es la finca más bonita de la isla, y con una casona de dos pisos que parece un palacio.

—Una fortuna —confirmó.

—Como Isidro que me llamo. Todo podía ser mío si no se mete por medio la María. Aquellas tierras eran de don Lázaro, un isleño panzudo y ricachón, que en la paz de Dios esté, porque siempre fue buena persona. Mi madre lo nombraba mucho y se refería a él como pariente lejano, a quien guardaba mucha estimación. Recuerdo que cuando yo era pequeño, mi madre me llevó a La Cantarrana, y mientras ella

[15] Salado para ser conservado.

[16] Llenar, tapar, cubrir con cualquier material.

hacía la visita, yo me puse a jugar en un estanque muy grande que allí había y pasé el tiempo echando palos al agua y figurándome que eran barcos, como los que mandaba mi padre, que, según decían, fue patrón. Un día, ya mozo y de regreso de Gran Canaria donde cumplí mi servicio militar, mi madre me llamó a capítulo y le dio por endilgarme un responso a cuenta de la vida que yo estaba haciendo en el pueblo, bebiendo en demasía y sin saber lo que era un sacho[17].

—Isidro —me dijo—, ya eres un hombre y bueno será que sientes cabeza. Ya estoy vieja y los tiempos se están poniendo cada vez peor.

—Sí, madre —le di razón.

—Tú eres joven y estás sano y fuerte. Aquí, en el pueblo, no estás haciendo nada.

—¿Y qué quiere usted que haga, madre?

—Que busques trabajo y me ayudes un poco. La venta apenas nos da para comer y si las cosas siguen como van, tendremos que quitarla.

—Bueno, madre, usted manda.

—He pensado que puedes marcharte para Uga y allí te presentas a don Lázaro y le dices que vas de parte mía, que eres mi hijo, y a ver si te encuentra algo para que empieces a ganarte el pan.

No sé por qué, en aquel momento se me puso un nudo en la garganta y sentí que iba a llorar. Hice un esfuerzo y logré sobreponerme.

—Como usted diga, madre —obedecí—. Desde mañana mismo.

Tres días hube de retrasar mi salida del pueblo, porque a mi madre le dio por remendarme unas camisas y unos calzones, ya que, según me dijo, no era cosa de que me presentara ante don Lázaro con todos los descuidos de un pordiosero. La mañana de mi marcha estuve algo pesaroso y no terminaba de decidirme. Eché una partidita a las cartas con Sebastián y con Marcial y me zampé unos vasillos de vino. Luego mi madre me llamó a su cuarto y me hizo entrega de diez duros de plata que tenía guardados en una media.

—Anda, hijo, vete ya y a ver como te portas —me dijo.

Yo le di un beso. Y allí la dejé llorando, ¡qué cosas tienen las madres!, como si me fuera a embarcar para La Habana. Salí camino adelante, haciendo tintinear las monedas en mi bolsillo y silbando la tonadilla del sorondongo. Al llegar al cruce de la carretera me tomé un pequeño descanso y allí me dio por pensar y entristecerme un poco. Pensé en mi madre y en las razones que tuvo para que me marchara del pueblo. En verdad que ya estaba vieja y cansada y el pequeño negocio de la venta no daba para mucho. Pero aparte de eso, había también otro motivo que ella no nombró, pero que entonces me vino a las mientes. El motivo principal era María. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de ello. Desde tiempo atrás venía yo encaprichado de la moza y tan comido por los celos que a cada dos por tres me fajaba en una pelea por su culpa. Mi madre no cesaba de llamarme la atención y me advertía que el día menos pensado aquella mujer me iba a traer una gran desgracia. ¡Y razón que tenía mi madre! Desgracias no me habían faltado y ya una vez estuve a pique de irme para

[17] Azada. Herramienta usada para la labranza.

el otro barrio, de resultas de un corte que me dio Manuel Quintero, de noche y en el cementerio. Pero uno es uno y cuando es testarudo y se le mete algo entre ceja y ceja no hay fuerza que le haga desistir de sus manías y de sus malos sueños. Porque sabrá usted, amigo, que aquella mujer que me sorbía los sesos siempre fue un mal sueño para mí, ya que había sido desamorable conmigo más que con ningún otro. Pensando en la moza y tratando de echar agua al fuego que me corría por las venas, seguí mi camino hacia Uga, a cumplir con los deseos de mi madre y a ver si con el tiempo y el trabajo se me calmaba aquella pasión de juventud y se morían de una vez los malditos alacranes que anidaban en mi pecho.

»La casa de don Lázaro —prosiguió contándome Isidro después de una breve pausa para beber un poco —estaba detrás del pueblo, un poco en las afueras, metida ya en las negruras de los malpaíses. Se llegaba a ella por un camino orillado de árboles, que al final se abría como una plaza donde estaba el edificio grande, de dos plantas, con la fachada azul y tejado rojo y grandes ventanas. Encima de la puerta se abría un agujero redondo, como un gigantesco ojo de buey, con cristales de colores. Me encontraba contemplando todo aquello cuando apareció una mujer en la puerta. Una muchacha que andaría entonces por los veintitantos años. Delgada como un tallo de trigo. Se sorprendió al verme.

—¿Desea usted algo? —me preguntó.

—Quiero hablar con don Lázaro.

—Pues pase usted, que voy a avisarlo.

Era buena casa aquella. Recuerdo muy bien el olor a higos pasados que había siempre en el interior. Yo permanecí en pie en una gran estancia llena de muebles de gran calidad, de buenas maderas, caoba y cedro, y mesas con tapas de mármol. Recuerdo también que me impresionó aquel día un retrato con marco dorado, una gran fotografía de un soldado con ros[18], sable y bigotes enormes. Don Lázaro no me hizo esperar mucho tiempo. Yo guardaba su imagen en el recuerdo, la imagen de un hombre grueso, corpulento, pelirrubio, con ojos azules y cachetes colorados y brillantes. No había cambiado mucho a pesar de los años.

—¿Qué me quieres, muchacho? —preguntó al verme.

—Vengo a presentarme a usted. Soy el hijo de Carmen.

Don Lázaro me miró con atención. Me indicó una mecedora y él se sentó en un sofá grande.

—¿Entonces, tú eres el hijo de Carmen, de Femés?

—Sí, señor —le dije respetuoso.

—Bueno, hombre, bueno. ¿Y cómo está tu madre?

—Pues está bien, gracias, pero se encuentra algo cansada y le van faltando las fuerzas para la brega diaria —expliqué.

—¿Y tú? ¿No la ayudas? —me preguntó.

—Para eso he venido. En Femés no se encuentra trabajo y mi madre se ha acordado de usted, por si me puede conseguir algo en su finca, algo donde yo pueda ganarme un jornal.

[18] Prenda del uniforme militar, a manera de sombrero, de fieltro y más alto por delante que por detrás.

Don Lázaro permaneció silencioso un buen tiempo, y a mí me pareció que pensaba en algo grato, pero luego se tornó triste y se me quedó mirando.

—Bueno, hombre, bueno —me dijo al fin—. Tendrás trabajo en La Cantarrana.

El tiempo pasado en casa de don Lázaro lo recuerdo como el mejor de mi vida. Al principio el trabajo me pareció algo duro, ya que el doblar la espina sobre la tierra fue para mí un estreno. Pronto hube de acostumbrarme y tan buen trabajador fui, que don Lázaro me llamó un día, a los tres meses de contratarme, y me dijo que estaba muy satisfecho conmigo y quería, en honor a la amistad que tenía con mi madre, ofrecerme algo mejor que el trabajo directo de la tierra.

—¿Sabes leer y escribir? —me preguntó.

—Sí, señor —dije—, las dos cosas.

—¿Y de cuentas?

—También.

Sonrió y me puso una mano sobre el hombro.

—Bueno, hombre, bueno —dijo—. Eso está bien. Y así comenzó mi paraíso. Me nombró capataz de La Cantarrana.

Isidro se levantó para arreglarse el cinto. Se acercó a la ventana y miró hacia el monte Tinazor.

—Hoy vamos a tener buen tiempo —dijo.

Alcanzó otra botella y la puso sobre la mesa.

—¿Prefiere usted un poco de ron?

—No, gracias —repliqué—. El vino está muy bueno.

Isidro volvió a sentarse.

—Se vuelve uno un pesado contando estas cosas.

—No crea. A mí me entretienen mucho sus palabras. Me gusta que me cuenten trozos de vida.

—Trozos de vida, eso.

Isidro tomó su vaso, lo chocó con el mío y brindó:

—¡A la salud!

Siguió contándome.

—Empecé a ganarlo bien. Aparte del sueldo que me había asignado, don Lázaro me regalaba de vez en cuando algún dinero para que lo enviara a mi madre y éste era un gesto que bien sabe Dios cuánto le agradecía. A mi madre le mandaba todo lo que ganaba, porque, a decir verdad, a mí no me hacía falta, ya que me aficioné a permanecer en la finca y no tenía en qué gastarlo. En La Cantarrana yo era el amo después de don Lázaro. Bueno, después de don Lázaro y su sobrina. La sobrina era aquella muchacha que me recibió el primer día que llegué a la casa. Ya le dije a usted que parecía una cañita de trigo, de tan flaca. Era muy voluntariosa y a cada poco le daba por tomar las riendas de la finca y mostrarse dura con los peones, y entonces se

la veía en todos sitios, chillando como histérica, con el rostro arrebolado y señalando defectos que no existían y repartiendo órdenes estúpidas, y dando prisas a la gente. Los peones se reían de la señorita Lucía, porque bizqueaba al ponerse furiosa. Como era la dueña después de don Lázaro, no quedaba más remedio que cumplir sus órdenes, aunque las más de las veces, éstas no tenían ni pies ni cabeza, y más retrasaban el trabajo que lo adelantaban. Cuando la señorita Lucía tenía estos arranques, yo me retiraba del mando prudentemente y me iba a descansar a la sombra de una higuera o me inventaba algún quehacer en lugares retirados. La señorita Lucía, en el decir de la gente, estaba loca y su tío parecía ignorarlo. A la señorita Lucía, a pesar de todo, no se la quería mal y más bien daba un poquillo de compasión. A mí la señorita no me importunaba. Muy al contrario, siempre andaba buscando la manera de agradarme. Rara vez, debido a su terquedad, nos vimos enfrascados en discusiones y éstas eran debidas a pequeños asuntos sin importancia. Al final siempre me daba la razón a mí y el santo quedaba en paz. Los sábados me ayudaba en el pago de los jornales. El pago se efectuaba en mi habitación, que más que habitación mía era cuarto de aperos. Allí se guardaban todos los trastos de labranza y viejos muebles en desuso. El único hueco era la puerta y ésta era la razón de que el cuarto tuviera tanta oscuridad. De las paredes pendían cestos, hoces, tostadores y horquetas. También telarañas. Muchas telarañas. Yo dormía en un catre de viento y al lado tenía una pequeña mesa de pino que los sábados ponía junto a la puerta y me servía de mostrador para pagar a los peones. La señorita Lucía tomaba asiento a mi lado y los peones se disponían en dos filas, y así, de dos en dos, se acercaban a nosotros para cobrar la paga de la semana. Yo le agradecía la ayuda a la señorita, porque de esta manera terminaba bien pronto mi trabajo, y luego me quedaba la tarde libre para holgazanear a mi gusto. Cierta vez, la señorita Lucía se quedó charlando conmigo y hablamos de cosas de la finca y de pronto, recorriendo con su mirada las sucias paredes del cuarto, me preguntó:

—Isidro, ¿se encuentra usted bien aquí?

Yo creí que se refería a la hacienda y a mi empleo, y le dije que sí, que me encontraba muy bien, que me agradaba el puesto, el trabajo, la consideración que don Lázaro y ella me tenían, y que estaba muy agradecido por todo.

—Ya sé que no puede usted quejarse —me dijo—, pero me refiero solamente al cuarto, a este cuarto tan triste.

Señaló las paredes y el techo.

—En verdad —dije yo— aquí no hago más que dormir. El día lo paso afuera, al aire libre.

—Pero es usted el capataz y no está bien que duerma con los ratones.

—¡Bah! —exclamé para quitarle importancia—. Duermo bien, se lo aseguro.

Entonces ella tuvo una idea.

—Haré que desalojen el semillero y allí tendrá usted su habitación.

Yo le di las gracias, pero en verdad me daba igual un sitio que otro.

El semillero era un cuarto bastante amplio que estaba situado en la esquina de la casa, y como ventaja que yo pudiera apreciar, sólo tenía la ventana que a falta ya de cristales estaba cubierta con papeles. Allí se guardaban las semillas y estaba

colmado de mazorcas de maíz que colgaba de palos cruzados de pared a pared. Había también dos grandes bidones de petróleo, una escalera de mano y sacos de cal y de azufre. Creí que aquel deseo de la señorita por trasladarme de un cuarto a otro por el estilo era uno más de sus caprichos pasajeros, que pararía en el olvido y que todo había sido hablar por hablar. Pero dos días después, al regresar de mi trabajo en las viñas, tropecé con ella cerca de la casa.

—Venga conmigo, Isidro —ordenó—. Tengo que enseñarle algo.

Yo la seguí hasta el semillero. Caminaba muy erguida, con las manos metidas en los bolsillos de un delantal que siempre llevaba puesto, los brazos muy arqueados y la cabeza levantada. Al llegar a la puerta del cuarto la abrió de un puntapié.

—Aquí tiene su habitación desde ahora —dijo autoritaria. Dio media vuelta y se marchó.

Del cuarto semillero habían desalojado las mazorcas. Tampoco estaban allí los bidones ni los sacos de cal y azufre. Solamente quedaba la escalera de mano y la mitad de las telarañas. Habían puesto una cama grande y vieja de hierro, con colchón de paja y sábanas limpias y una manta de color café. Un aguamanil y una mesa de noche. La ventana tenía ahora papeles nuevos. A mí todo aquello me traía sin cuidado, pero no se me escapaba que era una atención que debía agradecer.

A las pocas noches de esto me encontraba yo recostado junto al muro del aljibe. Quería tomar un poco de aire fresco después de la cena. El aljibe tenía alrededor cuatro alcornoques ya viejos y muy frondosos. Había adquirido la costumbre de fumar un pitillo antes de irme a la cama y el sitio aquel me hacía recordar que una vez, siendo yo un niño, había arrancado un pedazo de la corteza de aquellos árboles, al que luego clavé un palo con un trozo de papel y fui corriendo a echarlo al estanque. Fue el mejor juguete que tuve en mi vida y aún lo recuerdo, como si lo estuviese viendo, cortando las aguas tranquilas, viento en popa, como aquella goleta que en mis sueños se me aparecía al mando de mi padre. El aljibe y los alcornoques eran un buen lugar para mis descansos. Acabé el pitillo y me retiré con intención de dormir. El cuarto estaba caluroso y rasgué un papel de la ventana para que me entrara el airé. Me tumbé en la cama y la encontré tan blanda como si de plumas fuera, y así me fui dejando abandonar al sueño, oyendo una rana vieja que todas las noches cantaba en el estanque y que yo me imagino que le sirvió a don Lázaro para ponerle el nombre a su finca. Vino a despertarme una voz que repetía mi nombre. Abrí los ojos y me extrañó la claridad que llenaba al cuarto. Al fondo de la habitación, en el techo, se abría un boquete del tamaño de la tapa de una barrica y por allí se asomaba la señorita Lucía sosteniendo una vela en la mano.

—Isidro, ¿está usted ahí?

—Aquí estoy, señorita —contesté—. ¿Ocurre algo?

—¡Chist! No hable usted tan alto —me dijo—. Acerqúese. Póngase aquí debajo. ¿Ve usted este agujero? Las maderas están podridas y se han roto. Habrá que poner unas tablas nuevas.

—Sí, señorita.

—¡Es un agujero horrible! —exclamó ella—. Siempre pienso que me caigo por aquí. ¡Quiero que lo arregle usted ahora!

—¿Ahora? —pregunté extrañado.

—¡Ahora mismo, sí! ¡Este agujero me pone nerviosa!

—Tendré que buscar unas tablas apropiadas —le dije.

—¿Y a qué espera? Por ahí debe haber alguna.

Efectivamente, junto a la pared, muy a la vista, había un par de tablas que venían para el caso como anillo al dedo. Las tomé bajo el brazo y sin preocuparme de las botas, descalzo como estaba, me dirigí hacia la puerta.

—¡Isidro! —llamó—. ¿A dónde va usted?

—A subir a su habitación —dije.

—No hace falta que salga, hombre. Ahí hay una escalera de mano.

—Es verdad, señorita.

—Apóyela aquí, en la pared, y suba —explicó.

Así lo hice y cuando llegué a la altura de su rostro ella esbozó una sonrisa y se puso en pie.

—Ande, entre —me dijo.

Me tendió la mano para ayudarme a salir del agujero. Vestía un camisón muy fino, y a través de la tela se veía la sombra de todo su cuerpo joven y delgado. Yo desvié la mirada prudentemente. El dormitorio de la señorita Lucía era bastante amplio y estaba bien amueblado. La cama grande de caoba llenaba todo un rincón bajo una ventana cubierta con cortinas de gasa. Había un espejo dorado muy grande también que brillaba con la luz de las dos velas que tenía a los ladeos. Junto al agujero del piso se encontraba un armario que daba la sensación de haber sido corrido.

—Necesito unos clavos —dije mirando el agujero.

—¿Clavos?

—Sí. Y un martillo.

—¡No, ahora no podemos hacer ruido! —exclamó ella—. Mi tío duerme en esa habitación de al lado. Basta con poner las tablas ahí encima, cubriéndolo.

Nos quedamos callados de repente, contemplándonos. La señorita se echó a reír, se fue hacia el espejo y comenzó a alisarse el pelo tontamente. Yo estaba muy confuso y por un momento me enfrasqué en la contemplación de aquel cuerpo que no paraba de moverse y que tan claro veía bajo el camisón. Por pensar me dio en la serpiente del demonio, y yo que en cuestión de mujeres nunca fui manco, sentí de pronto el susto de perder mi puesto en La Cantarrana, donde ya vivía mismamente como un rey. Decirle puedo, que no fue mucho el trabajo que me costó apartarme de Satanás en aquel momento. Quizá consideré que las piernas de la señorita Lucía eran demasiado flacas y no fue tanto el desconsuelo como para desencadenar un terremoto en mi cabeza. Así pensando, comencé a deslizarme de nuevo por la escalera, con afán de escabullirme cuanto más pronto mejor. Pero la señorita Lucía corrió hacia mí, con la cara encendida en un sofoco y los ojos espantados y me agarró por un hombro, y me clavó las uñas.

—¡Isidro, espere! ¡No se vaya usted!...

—¿Qué me quiere, señorita? —dije sereno.

Me soltó. Se mordió los labios con fuerza. Movía el pecho como un fuelle. Al fin

exclamó fuera de sí:

—¡Váyase! ¡Váyase!

Corrió por la habitación y se apoyó junto a la ventana. No supe bien si lloraba o reía, pero entre los sonidos que brotaban de su boca le oí claramente la palabra patán.

Me dio lástima pensar que en verdad aquella mujer estaba loca. Coloqué las tablas cubriendo el agujero como una tapa y descendí a mi cuarto y me tumbé en la cama donde permanecí con el pensamiento puesto en don Lázaro y en la desdicha que sentiría de saber que su sobrina... En esto pensaba cuando me venció el sueño, cosa que por aquel entonces me ocurría fácilmente. Pero aquella noche estaba de Dios que no podría dormir como era mi costumbre, de un tirón y a pierna suelta. Algo vino a despertarme y me incorporé con sobresalto al ver a la señorita Lucía en pie junto a mi cama, con el fino camisón que le resbalaba por los hombros, con una bujía en la mano, mirándome con ojos llenos de complicidad y una temblorosa sonrisa.

—¡Señorita Lucía! ¡Por Dios, piense que...!

Se llevó un dedo a los labios:

—¡Chist!... —me ordenó.

Capítulo XI

—Pensando estuve en lo ocurrido y en las consecuencias que podrían sobrevenirme el día que don Lázaro —¡vaya usted a saber por qué casualidad!— se enterase de que su sobrina y yo manteníamos tan deshonestas relaciones. Casi por temblar me dio, pensando que no sólo perdería mi trabajo, sino que hasta en la cárcel daría con mis huesos, dado que la señorita no estaba en sus cabales y yo había caído en tamaño abuso. Pero, ¡ay!, que cuando tiembla el cuerpo es señal de que también tiembla el alma, y las ondas del tembleque hacen que el diablo aguce las orejas. Y tan es así, que aquella mañana fue el propio Satanás quien se llegó a mi lado y me habló al oído, y tan del revés me puso la cabeza que aquello que fue causa de mi susto quedó convertido, por arte de birlibirloque, en el mejor regalo que caerme pudo del cielo. Ya sabrá usted que para sacar los escrúpulos del alma, el diablo comienza por decirle a uno que es un idiota y que malditas las luces que uno tiene, y por ahí sigue. Cuando el diablo terminó sus consejas, se me encendieron de golpe y porrazo las velas de la ambición. De la locura de la señorita Lucía pensé que podría servirme para llegar a dueño y señor de La Cantarrana. Al viejo, que yo supiera, no le quedaba en el mundo otro pariente que su sobrina, que andando el tiempo llegaría a ser la heredera. La idea de llegar a un casamiento con la señorita Lucía fue cociéndose en mi magín, y de verdad le digo que la cosa no me pareció del todo descabellada. A partir de la noche que ya le conté, rara fue la mañana que no encontraba en la almohada algún cabello largo y rubio. Por entonces me pasaba el día cantando en el trabajo, porque aquellas frecuentes visitas nocturnas venían como a pedir de boca para mis ambiciosos planes. El diablo, digo yo, también voltearía alegremente en los quintos infiernos al ver que sus asuntos iban saliendo tan de perilla. A los pocos días ya habíamos acordado un noviazgo entre nosotros. Un noviazgo de cimientos muy fuertes por su parte, porque, valgan verdades, y la vanidad a un lado, la señorita estaba por mí que se bebía los vientos. A la tardecita y en las horas de descanso, solíamos sentarnos bajo los alcornoques del aljibe y allá pasábamos buen tiempo, ella enamorando y yo fingiendo que enamoraba. Digo fingiendo porque la señorita Lucía nunca llegó a gustarme como mujer; que la pobre era muy escasa de carnes y de buen ver sólo tenía el pelo, y quizá los ojos cuando no estaba rabiosa, que era bien pocas de las veces. Pero La Cantarrana era mucha hacienda y a corto precio me la brindaba el diablo.

Isidro esbozó una sonrisa y movió la cabeza de un lado a otro.

—En verdad que uno era un canalla —dijo.

Bebió un buen trago y se limpió con el dorso de la mano.

—Como le decía, aquella, mujer no me gustaba nada. Así pasó el tiempo y un día, mejor dicho, una noche, mientras descansábamos en la cama de su habitación —ahora era yo quien subía—, la señorita me endilgó la noticia de encontrarse embarazada. Yo sentí como un vuelco en el corazón de tanta alegría, porque aquello coronaba mis proyectos y ya podía sentirme como un árbol cuyas raíces se agarraban con fuerza y profundamente en las tierras negras y rojas de La Cantarrana.

—Isidro, ¿estás contento? —me preguntó.

—¡Claro que sí, Lucía! Estoy muy contento —le dije.

—A lo mejor tú no querías... A lo mejor tú no querías tener un hijo.

—¿Por qué no iba a querer? Siempre lo he deseado —le juré.

Y bien sabe Dios que juraba la verdad. Para demostrarle mi alegría le di un abrazo y como nunca le llené la cara de besos.

—Isidro.

—Dime.

—Habrá que decirle algo a mi tío.

—¿Del embarazo? —pregunté.

—No. Que somos novios.

—Bueno.

Por primera vez sentí como si me pasara un nubarrón por el pensamiento.

—Oye, Lucía —le dije—, ¿y si se opone?

—¿Si se opone a qué?

—Pues a eso, a que seamos novios y a que nos casemos.

—No importa.

—¿Y si se enfada y me echa de aquí?

—¡No seas tonto, Isidro! Si te echa yo me iré también. Iré adonde tú vayas.

En serio le digo a usted que yo no había pensado tal cosa. Allá por mis adentros comencé a ponerme nervioso al pensar que el negocio pudiera virárseme y entonces iba a salir de La Cantarrana con las manos vacías y con aquel manojo de huesos de la señorita echado a mis espaldas para el resto de mi vida. ¡Dios!, nunca fui tan ruín de pensamiento como aquella noche. Los planes que me forjé por si esto ocurriese no son para decir, pero bástele a usted saber que pensé hasta en la Montaña del Fuego y como ingeniármelas para llevar allí a la señorita y una vez arriba darle un empellón y desriscarla, y así zafármela para siempre. Esto pensando, le rascaba la cabeza con un mimo que ya quisieran otras.

—Isidro...

—Dime.

—Mañana le diré a mi tío lo nuestro.

—Me parece bien —le dije—. No hay que dejar que pase más tiempo.

Al día siguiente ya puede usted suponer el estado de mis nervios. Con los peones de la finca apenas crucé unas palabras y esas pocas fueron para reprocharles en su trabajo. En cuanto hallaba una ocasión, huía de la gente y me dirigía a algún rincón apartado donde rumiar a solas con mis pensamientos. De largo se me hizo el

día como las esperanzas de un pobre, y allá a la tardecita, cuando ya me encontraba cansado de masticar tallos de hinojos y de tirar piedras al estanque, llegóme un recado de don Lázaro para que fuese a dar con él. Estaba el viejo en su lugar preferido, frente a la fachada principal de la casa, echado en una tumbona, tomando el fresco a la sombra de un tamarindo.

—Acércate, Isidro, que tengo que hablarte —me dijo.

—Mande usted, don Lázaro.

—Lucía me ha dicho que sois novios.

Yo traté de sonreír y bajé los ojos como avergonzado y sumiso, y me puse a darle vueltas al sombrero que tenía en las manos.

—Así es, señor —le dije. El viejo no me quitaba el ojo de encima.

—¿Y qué piensas hacer? —me preguntó.

—Lo que usted mande, don Lázaro.

—Muchacho —me dijo—, yo no mando en estas cosas. En estas cosas manda el corazón.

—Pues si es así...

—Sabes, Isidro, que yo te aprecio. Eres un hombre honrado y trabajador. No tengo nada en contra de vuestro noviazgo.

—Muchas gracias, don Lázaro. Yo...

—¡Bueno, hombre! —exclamó dándome unas palmaditas en el hombro y sonriéndome.

Me retiré más alegre que unas pascuas. Había salvado el mayor obstáculo y, como por ensalmo, se me fueron los negros presentimientos que tuve durante el día. Al llegar a la puerta de mi cuarto, la señorita Lucía se abalanzó sobre mí y me echó los brazos al cuello y me besó con tanta furia que a punto estuve de morir de asfixia.

—¿Tú ves —me dijo—, tú ves qué fácil ha sido? ¡Ay, Isidro, que Dios está en el cielo y ha oído los padrenuestros que le he rezado en estos días!

De fe no andaba yo muy sobrado y mis razones tenía para no ver en aquel asunto otra mano que la del diablo.

—¿Y de casarnos? —me preguntó.

—Cuando tú quieras, Lucía.

—¡Por mí, mañana mismo!

—Habrá que esperar un poco —la contuve.

—No mucho, Isidro. Ya sabes como estoy.

—Pues el mes que viene.

Estábamos en la época de la vendimia y de los pueblos más cercanos acudía la gente a La Cantarrana en busca de trabajo. La mayoría eran mujeres y se presentaban tres o cuatro juntas. La finca daba gusto verla por ese tiempo con tanta actividad. Por toda aquella cañada de los malpaíses se veían grupos diseminados de trabajadores, hombres y mujeres recogiendo las uvas. Otros formaban como un reguero de hormigas por los senderillos de aquel vasto campo, con grandes cestas rebosantes de racimos brillando al sol. Era costumbre cantar y durante todo el día llevaba uno en los oídos aquellas tonadas largas, tan propias de estas tierras, que siempre es lo mismo y como de corazón alborozado. Hasta don Lázaro cambió por entonces su

rincón predilecto y se puso en un sombrajo que había junto a los lagares y desde cuyo sitio podía verse la gran extensión de los viñedos. Una mañana estaba yo sentado en un muro de piedras junto al camino, vigilando el trabajo y vi acercarse una mujer con el rostro embozado en un pañuelo negro y un gran sombrero de paja.

—Hola, Isidro —me dijo al llegar.

La conocí por los ojos.

—¡María! ¿Qué te trae por aquí? —le pregunté.

—Ya ves, Isidro; buscando trabajo.

—¿Y esa ropa negra?

—Por mi tía. Murió hace una semana.

—Vaya, no lo sabía. ¿Y el niño?

—Bien. Allá lo dejé con Marcial.

Con la brisa de la mañana el traje se le ceñía a las piernas.

—¿Y mi madre? —pregunté.

—En la venta, como siempre.

Permanecimos mirándonos a los ojos.

—Bueno, mujer —dije al fin—, trabajo hay de sobra.

—Gracias, Isidro. Y que Dios te lo pague.

Se fue camino abajo, hacia las viñas.

Durante todo aquel día la estuve viendo pasar por el camino, con una gran cesta llena de racimos en la cabeza y con aquel andar suyo tan majestuoso. Yo permanecí sentado en el muro, anotando en un cuadernillo los cestos que pasaban hacia el lagar. Cada vez que María cruzaba por mi lado le daba un golpecito suave en las nalgas con una varita de almendro. Ella volvía hacia mí sus ojos y me parecía verla sonreír tras el embozo. Aquella misma noche comenzó mi desventura. La pasión que durante tanto tiempo sentí por la María y que ya tenía a medio olvidar, resurgió de nuevo en mi pecho, como esas flores que abren de pronto. Ni que decir tengo que la noche la pasé solo en mi cama, porque del cuerpo pegajoso y delgado como un calasimbre[19] de la señorita Lucía ya estaba yo más que harto y no deseaba distraer aquellas otras imágenes que ahora me llenaban la cabeza. A las siete de la tarde se daba por terminada la faena del día y la gente se marchaba a sus pueblos. Algunos, los de Tias y Yaiza, se sentaban en la carretera a esperar el camión de Pedro, que unas veces los recogía y otras no, según del talante que lo trincaban. La María era la única de Femés y, apenas terminaba el trabajo, se iba campo adelante hasta tomar el sendero que subía por el Lomo Pelado, para perderse luego en la llanura de panascos, por donde el camino se hacía más corto. El sendero del Lomo Pelado apenas lo transitaba nadie, porque de antiguo le venía fama de lindero de brujas y apariciones. Visto desde la pequeña altura de la loma, parece una serpiente muy larga y amarilla que se pierde sobre el llano de arenas rojas hacia Femés. Recién desciende del lomo, hace una pequeña curva y pasa rozando casi por la Piedra Negra. La Piedra Negra dicen que la echó el volcán de Timanfaya, ¡figúrese con qué fuerzas! Es una roca muy oscura, redonda y tan grande como una casa. En las noches

[19] Hilo metálico muy fino.

de luna con cuernos, la piedra se parte en dos, y según cuentan, de su interior sale un perro de gran tamaño, muy blanco y con muchas lanas y haciendo ruidos como de cencerros. Eso dicen algunos, que otros aseguran que la roca se parte en tres y cada pedazo es un gato negro de uñas afiladas que salta sobre el caminante y le raja las venas. El ruido dicen que es como de niños que chillan. Tras la Piedra Negra me planté yo una tarde a esperar a la María. Una grieta de luz quedaba en el horizonte cuando la vi descender por el lomo. Aprisa y canturreando se acercaba la buena moza cuando le salí al paso. Dio un respingo y se quedó paralizada con las manos en el pecho.

—¡Ay, Isidro, qué mala sombra eres!

Se santiguó y pareció aliviarse del susto.

—¡Es que tienes cada cosa! ¡Precisamente en la Piedra Negra! —me reprochó.

Yo me reí con ganas.

—Perdona, mujer —le dije—. No creí que fueses tan miedosa.

—Es que así, tan de repente...

Suspiró hondo para serenarse.

—Bueno, María, tú no creerás las cosas que dicen de la Piedra Negra. Anda, siéntate un rato a charlar conmigo —la invité.

—No, Isidro, que llevo prisa.

—Mujer, un ratito —insistí yo.

—Es que el niño...

—Al niño no le va a pasar nada.

Nos sentamos con la espalda apoyada en la roca. María se bajó el embozo. Contemplé aquellos labios que tanto me atraían. Al sonreír se le marcaban unos hoyuelos en las mejillas rosadas y saludables. Yo no sabía cómo tenderle la trampa.

—Ahora —le dije— con la muerte de tu tía estarás muy sola.

Ella metió la mano en la arena aún tibia.

—Tengo a mi hijo.

—Es verdad.

Me quedé algo mustio de pensar que aquel cuerpo, aquellos labios habían sido de otro.

—Ya debe de estar grandecito.

Esto pareció animarla.

—Sí, ya está grandecito —repitió.

—¿Cómo te las arreglas para criarlo?

—Ya ves, trabajo cuando puedo.

—Pasaréis hambre.

Se encogió de hombros y volvió a meter la mano en la arena.

—A veces.

—Mira, yo lo gano bien —le dije—, y no me hace falta nada. Estoy pensando que podría darte algún dinero y...

—No, Isidro. ¡Por nada del mundo!

—Mujer, no te ofendas.

Vi en sus ojos como si fuera a llorar.

—No es dinero lo que yo necesito —rechazó.

—Te lo ofrezco de corazón. Es para el niño.

—No, Isidro, no insistas. No es dinero lo que le hace falta al niño.

Comenzaron a brotarle las lágrimas. Yo me di cuenta del dolor que llevaba por dentro aquella mujer y se lo respeté con mi silencio. Ella atóse de nuevo el pañuelo y se puso en pie.

—Me voy, Isidro, le daré recuerdos a tu madre.

Y se fundió con las sombras del llano, hacia Femés, aprisa y sin cantar.

Ya le dije a usted que mi plan era tenderle una trampa a la María. Una trampa por ver si de una vez caía en mis brazos y saciaba aquel apetito que, de años, me traía a mal dormir. Sin embargo, esa noche, ya de regreso a La Cantarrana, vino a apoderarse de mí un ánimo triste y dulce a la vez como nunca había sentido. Pensé que me había puesto enfermo de repente porque noté una flojera en la sangre. Por si fuese cosa de tontín o fatiga, sentéme a la vera del sendero y allí, solo y bajo las estrellas, me dio por repasar mi encuentro con la María. Aquel dolor que adiviné en sus ojos vino a clavárseme en el pecho y su voz murmuraba aún en mis oídos como una letanía: «No es dinero lo que yo necesito». Comprendí que era verdad, que más que dinero le faltaba un hombre que la quisiera de veras, un hombre capaz de proteger su hermosura; alguien con quien desahogar las razones de aquel llanto que vi asomar a sus ojos; un hombre para defenderla de aquella soledad que la amenazaba y para toda la vida. Y cosa de Dios tuvo que ser. Cosa de Dios le digo, porque al llegar a La Cantarrana y tenderme en el jergón, por soñar me dio con la María, y quedé con la sangre en calma, y era como si un enjambre de abejas estuviesen fabricando un panal en mi pecho.

—La Piedra Negra es un lugar que nunca he podido olvidar —prosiguió contándome Isidro—. A su sombra le debo ratos felices y también el mayor susto que tuve en mi juventud. Verá usted cómo ocurrió la cosa. Después de aquella tarde que le acabo de contar, adquirí la costumbre de verme con la María en el mismo sitio y a la misma hora durante algún tiempo. La moza fue tomando confianza con aquellas palabras que yo aseguraba que me salían del corazón y poco a poco se le fue quitando la prisa que tenía siempre por llegar a su casa, gracias a lo cual yo pude gozar a diario unas horas de amor a la sombra de la Piedra Negra con aquella mujer que nunca supe si era ángel o diablo. Pero sí puedo asegurarle a usted que fue el sueño de mis años mozos y parte de los otros. De promesas le hice las que pude, y si no le hablé muy claro sobre La Cantarrana, fue por no descubrir el juego que con la misma me traía y en el que tantas esperanzas había puesto ya. A cambio le prometí el oro y el moro y hasta llegué a decirle que podríamos embarcar para América y formar un hogar tranquilo tan lejos de las malas lenguas de por aquí. A Jesusito lo pondríamos en un colegio para que se hiciera un hombre de bien y yo sería para él un padre como no hallaría otro. La María, oyéndome decir, se quedaba alelada y con los ojos llovidos por las lágrimas. Tanta fe puso en mis dichos y tanto gozaba con

ellos, que las más de las tardes cuando yo me acercaba al lugar de la cita, ya la María me estaba esperando, oculta su silueta en la sombra de la roca, sentada en la arena, con el pañuelo desanudado y aquella sonrisa que tenía, tan extraña, dulce, desesperanzada y como llena de entrega y resignación. Goce encontré mucho por entonces, pues ya puede usted suponer lo que significaba para mí tener en los brazos a la moza de mis sueños carnales, pero, a decir verdad, la felicidad no era completa, porque cuanto más me extasiaba mirando aquellos ojos negros y como rendidos, más descubría en ellos una especie de brillo o lucecita irónica y siniestra que me daba miedo y venía a enfriar todo aquel ardor que yo buscaba con mis palabras y demás zalamerías. Ocurríame esto, digo yo, por andar por el amor como en falsete, ya que por un lado se me iba la cabeza tras La Cantarrana y por el otro el corazón con la María. Y así no hay hombre que duerma tranquilo y sin ver sustos y demonios, porque si corazón y sesos no andan juntos, poca será la paz que llene el alma. Dicha, sin embargo, encontré alguna como le dije, aunque la cosa duró apenas unos quince días. Ocurrió que don Lázaro, por aquel tiempo, comenzó a mejorar de sus achaques. Los achaques del viejo eran debidos a la presión, que siempre la tenía muy alta, y a cada poco le daban unas tremendas sofoquinas de las que escapaba con suerte y gracias a que don Oliverio, el médico, vivía cerquita de La Cantarrana y en dos saltos se llegaba allá y le sacaba la sangre. De estos achaques del viejo me gocé el penúltimo, que le dio a los pocos meses de mi llegada a la finca. Quiso la casualidad que, a eso de las seis de la tarde, pasara yo por delante de la puerta principal. Don Lázaro se encontraba tumbado sobre las losas del zaguán, haciendo esfuerzos por incorporarse, con los ojos muy abiertos, encarnado como una granada y respirando fuerte como un toro. Yo me llevé un susto de los gordos en verle de aquella manera. A mis gritos acudieron dos peones y la señorita Lucía y entre todos lo llevamos a la cama. Miguelito, el hijo de un camellero, salió a escape en busca de don Oliverio, y éste no tardó sino minutos en llegar. Don Oliverio entró a grandes zancadas en la habitación, tiró su enorme maletín sobre la cama y levantando el puño, amenazó a don Lázaro en silencio. Luego nos echó a todos a empujones y cerró la puerta de una patada, quedándose dentro con el viejo y la sobrina. Algunos hombres y mujeres se habían reunido frente a la casa y miraban hacia la ventana del dormitorio de don Lázaro.

—Otro achuchón del viejo —decía uno.

—En uno de estos se queda —comentaba otro.

—Menos mal que don Oliverio es un médico que entiende.

—Con don Oliverio o sin don Oliverio, cualquier día...

—Es que don Lázaro come como un buey.

Estaba yo oyendo estos comentarios cuando vi a la señorita Lucía en la puerta.

—¡Isidro! —llamó.

Me acerqué y me entregó un vaso muy grande.

—Vete a la bodega y trae vino de la barrica vieja. ¿Sabes la que te digo?

—Del vino de la casa —dije.

—¡Date prisa! —me apuró.

Cuando regresé a la bodega no vi a la señorita en la puerta y decidí subir a la

habitación. Pedí permiso para entrar y oí con asombro la voz fortalecida de don Lázaro:

—Pasa, Isidro.

El viejo estaba semisentado, con las espaldas sostenidas por almohadas. Lo encontré algo pálido pero con la respiración normal. El médico estaba metiendo sus cosas en el maletín. Yo hice intención de entregar el vaso a don Lázaro, pero él me señaló la alta figura del médico.

—Esa medicina es para el doctor —dijo.

Don Oliverio se bebió el vaso como si de agua fresquita se tratara. Don Lázaro me miraba sonriente.

—Te asustaste al verme, ¿verdad?

—Pues sí, señor —dije.

—No hay que asustarse, muchacho. Gracias a Dios, don Oliverio tiene las piernas más largas que la blanca.

Don Oliverio se le quedó mirando seriamente.

—Tengo que advertirle para su intranquilidad, que ya estoy demasiado viejo y la próxima vez... —levantó un dedo el médico— la próxima vez llegará primero ella.

Así, de pronto, yo no sabía de quien hablaban, pero caí en la cuenta, con aquello de blanca y piernas largas. Mas, en verdad, la cosa no era para preocuparse, pues nunca pensé que la muerte tuviese piernas más largas que las de don Oliverio.

Durante el tiempo que permanecí en La Cantarrana no le repitió el mal a don Lázaro. Un buen día se le metió en la cabeza al viejo celebrar una fiesta con motivo de su salud y de que por entonces cumplía los setenta años de edad. El festejo tuvo efecto un sábado y ya desde el miércoles anterior la señorita Lucía traía en jaque a todo el personal. Aquel año, según decía el propio don Lázaro, la cosa tenía que ser sonada. Encargaron para ello setenta petardos de los gordos. Se los encargaron a Felipe Vera, de Yaiza, que para componer fuegos de artificio se las pintaba solo. En la plazoleta se levantaron varios arcos con ramas de palma y de ellos colgaron racimos de uvas atados con lazos de colores. Bajo el tamarindo se construyó un trono para que se sentara don Lázaro, y la sobrina se dio buen arte en adornarlo con geranios y campánulas blancas de estramonio. Con tres bocoyes grandes y unas tablas se hizo el mostrador para la cantina, donde se colocaron cuatro tinajas de esmalte llenitas de una sangría que yo mismo hice con vino, agua y trozos de frutas pasadas. Esto para las mujeres, porque los hombres tenían entrada libre en la bodega para que bebieran ese día a la salud del amo. La fiesta comenzó con bastante animación. Acudió gente de los alrededores a más de los peones de la finca y sus familiares. En el centro de la plazoleta se hizo un gran fuego y a la luz del mismo se bailaban las isas en cadena. La señorita Lucía iba de un lado para otro con una botella de anís y unos dulces, invitando a las mujeres. Una de las veces pasó por mi lado y se acercó a decirme que su tío tenía reservada una sorpresa. Don Lázaro, en su sillón floreado, comía y bebía haciéndose acompañar por don Oliverio. Ambos estaban de buen humor y yo pensé que sus razones tenían; el uno por encontrarse con salud a los setenta y el otro por haber atinado en conservarle la vida. Durante largo rato me entretuve en contemplar las sombras de los bailadores, que se proyectaban en la fachada principal del edificio

y recuerdo muy bien que me parecían negros gigantescos salidos de una pesadilla. Esto estaba yo mirando en el momento que oí uno de los desgarradores ajijides de Marcial, a quien acerté a ver entre los músicos, con el rostro congestionado por el vino y las manos en la boca a manera de bocina. Sentado entre sus piernas estaba Jesusito, niño de la María, que observaba toda aquella animación con ojitos asustados. Supuse entonces que no andaría muy lejos la moza de Femés y la busqué con ansias. Al poco la descubrí junto a un árbol, apartada, como una sombra inmóvil, alta, oscura y acechadora. Tentado estuve de ir a dar con ella, pero en aquel instante terminaba la isa y los músicos atacaron un pasodoble. La sobrina de don Lázaro me había cogido del brazo y cuando vine a darme cuenta ya estábamos rompiendo a bailar. Fuimos los primeros y dimos unas vueltas nosotros solos, cosa que no me agradó ni pizca, no tanto por el ridículo que me parecía estar haciendo con aquel esqueleto de mujer, como por ciertos brillos que llegué a percibir en los ojos de María, que más que ojos parecían brasas cuando acertamos a pasar frente a ella. Otras parejas irrumpieron en la pista improvisada y al poco se animó el baile y recuerdo que tocaban y cantaban aquello de «allá por tierra de moros...». Entre las piezas que se tocaron esa noche, ésta fue la más animada y la repitieron muchas veces. En uno de los descansos, don Lázaro se subió sobre las mesas donde estaban los músicos. Llevaba un vaso de vino en la diestra y pidió que guardaran silencio porque tenía que decir unas palabras. La gente se acercó para escucharle y el viejo comenzó un discursito que le salió bastante torcido, por cierto, y debido, pensé yo, a la cantidad de vino que ese día llenaba su panza. Le aseguro a usted, como Isidro que me llamo, que sentí vergüenza y lástima por mi patrón, siempre tan respetable y en aquel momento un monigote allá encima de las mesas, queriendo estarse quieto y dando trompicones con los pies, mismamente como si ensayara el tajaraste. El vaso que sostenía en la mano se le derramaba a cada dos por tres sobre el chaleco y los pantalones, formándole grandes manchas violáceas. Tenía el rostro encendido como una sandía. Trataba de gritar para que le oyeran.

—¡Coño, cómo la agarró el viejo! —dijo uno de los peones.

De toda aquella retahila de palabras que don Lázaro se empeñaba en decir nadie sacaba nada en claro, pues lo único que se le entendió era que ya se encontraba viejo y que ya viejo sentía una alegría... Trataba de virar la cosa y siempre le salía lo mismo. Don Oliverio quiso subirse a las mesas con ánimo de hacer callar al viejo y que la gente parase de reír. Al fin don Lázaro acertó a decir que las puertas de la bodega estarían abiertas toda la noche porque era su deseo que los que habían bebido a su salud siguieran haciéndolo ahora a la salud de su sobrina y del capataz de La Cantarrana que, con su venia, iban a contraer matrimonio. Al escuchar aquello subióme un cosquilleo por el cuerpo, especie de escalofrío que me erizó la espalda. Apenas tuve tiempo para que el asunto me entrara claro en la cabeza. La señorita Lucía se abalanzó hacia mí y estrechándome entre sus brazos comenzó a besarme delante de todo el mundo, suspirando fuerte y dando gritos de loca. La gente chillaba:

—¡Vivan los novios!

Varios hombres se acercaron a palmearme, me levantaron en vilo como si yo

fuera el ganador de alguna luchada y me dieron una vuelta por la plazoleta. Yo deseaba acercarme a don Lázaro para decirle alguna palabra de agradecimiento, pero aquella jarea de mastuerzos nortearon hacia la bodega y allí me vi al poco, aceptando uno tras otro los vasos de repiso que me ofrecían.

Por tres veces hice intención de ganar la puerta y las tres veces me halaron de la ropa y me retuvieron en mi sitio, sobre la barrica mayor, donde me habían colocado como a lomo de caballo.

—¡Aquí se quedan los hombres —gritaban—, y afuera las mujeres!

La estancia estaba abarrotada de empinadores de fama, empinadores de buen olfato y mejor paladar que fueron abandonando el repiso con que don Lázaro había querido engatusarlos y ahora echaban el ojo y la manguera a las barricas del fondo donde descubrieron los ricos caldos de malvasía. No me agradó mucho que descubrieran los vinos de calidad, ya que me quedaba poco tiempo para ser el amo de La Cantarrana, y si aquellos trasegadores continuaban hasta el amanecer, mermada iba a encontrar mi hacienda en lo mejor que tenía.

Isidro sonrió con cierta amargura. Levantó su vaso y lo miró al trasluz.

—Este vino es de allá —me dijo—, de La Cantarrana. Yo lo hubiese mejorado. ¡Ah! —suspiró—. ¡Las cosas de la vida, amigo!

Luego me hizo brindar por la señorita Lucía y por don Lázaro.

—Los dos están en la gloria —añadió.

Tomó de nuevo el hilo de su narración.

—Ya sabe usted qué buen borrador de memoria es el vino. Después de tantas libaciones diome por no pensar en otras cosas y seguir la corriente de los amigos que no paraban de cantar y alzar el codo. Las tantas de la madrugada serían cuando me vi fuera de la bodega. A traspiés me llegué hasta el aljibe para remojarme un poco la frente y allí me salió Marcial el petudo, enseñándome la dentadura como un perro y con la mirada viva de siempre.

—¡Esta noche has tenido para darte un ratazón! —le dije.

Se llevó a la boca los pulgares en forma de cruz y los besó.

—Ni probarlo, Isidro.

—¿Y a qué esperas? La bodega está abierta para todos.

Marcial sonrió y sus dientes volvieron a surgir en la noche. Parecía un animal agazapado junto al pozo.

—María me ha enviado a buscarte. Te espera junto a la Piedra Negra, como siempre. Eso me ha dicho que te dijera.

Yo me había olvidado de María, me había olvidado de todo. La fiesta no había terminado para las mujeres y los viejos, pues del otro lado de la casa se oían guitarras y malagueñas. Ansié de repente los labios de la María. El jorobado me agarró el brazo con fuerzas, como si fuese un gendarme y quisiera llevarme detenido.

—¡Vamos allá! —me gritó—. ¡Ya hace tiempo que te está esperando!

Nos dimos buen arte para escurrirnos de La Cantarrana sin ser descubiertos. Marcial tiraba de mi brazo cada vez más aprisa. Me hacía correr. Yo iba con los ojos cerrados dejándome arrastrar a través de la noche, con la camisa desabrochada, refrescándome con el aire embalsamado de, poleos, cantando con todas las fuerzas de mis pulmomes. No pensaba en nada. No me acordaba de nada. De buenas a primeras me encontré junto a la roca de la cita. Marcial me dejó frente a una sombra que al pronto confundí con un tallo de palmera. Los carbones encendidos que tenía ante mí me hicieron reconocer a la María. No se había quitado el embozo esta vez y me miraba fijamente, ansiosamente.

—Hola, Isidro —dijo muy serena.

El niño se despegó de su lado y corrió hacia el petudo que un poco retirado se había puesto de cuclillas y observaba. Me pasé la mano por la frente para limpiarme el sudor. Un sudor frío, recuerdo bien.

—Hola, María —acerté a decir.

—¡Acércate, hombre!

Di un paso.

—¿Por qué tiemblas? ¿Tanto has bebido que me temes?

Yo me esforzaba por adivinar el gesto de su boca tras el pañuelo negro.

—¿Qué me quieres? —indagué.

—Otras veces no preguntas.

Di otro paso. El niño empezó a llorar.

—El niño... —indiqué.

—El niño —siguió ella— será testigo de que no eres hombre para reírte de su madre.

La vi saltar hacia mí como una centella. Sentí un golpe en el hombro y me flaquearon las fuerzas porque pensé en la muerte. Caí de bruces y mordí la tierra. Los vi alejarse bien aprisa los tres llanura adelante. Marcial llevaba a Jesusito montado a la pela. Se alejaron en silencio. Yo sentía un dolor fuerte en el hombro donde por suerte para mí había recibido la puñalada. La tierra se humedecía con un líquido tibio y pegajoso. Pensé que estaba perdiendo el malvasía.

A lo lejos, por el lado de La Cantarrana, sonó el estampido de un mortero y luego otro y otro... Conté hasta veintitantos de los años de don Lázaro y me quedé dormido.

Capítulo XII

A don Ermín lo conocí en Velitas. Velitas es un pobre caserío, un lugarejo lindante con Uga, sin otra nota importante que sus viñas y el viejo caserón que llaman de Los Yerberos. Éste es un viejo edificio de piedras rojas que en un tiempo hizo las veces de hospital de caridad, según reza en el frontis, y que fue construido gracias al generoso donativo de una doña de mucho dinero y pocas luces a quien aún nombran doña Felipa, allá en el cementerio de la colina negra. A Velitas me fui por culpa de un riñón. Por culpa de un riñón y los consejos de Marcial que creía a pie juntillas en los remedios de don Ermín Ló, único galeno en varias millas a la redonda. Ermín Ló rezaba en letras blancas sobre fondo azul, en la muestra de latón esmaltado que lucía junto a la puerta, en la casa de Los Yerberos. Así al médico de Velitas lo llamaban don Ermín, aunque su nombre correcto fuera: Fermín López. Tiempo hubo en que figuró en la placa con todas sus letras. Su deterioro es debido al tiempo, a la mala calidad del esmalte y también, claro, a algún que otro hijo de vecino aficionado a lanzamientos líticos. Me lo dijo el propio don Ermín, por disculpar su muestra, en la primera visita que le hice.

No sé lo que me recuerda la cabeza de don Ermín; una cabeza grande y roja coronada de blancas vedijas[20], con frente de mucha comba, con ojos claros, redondos y siempre fijos, labios estrechos y mentón avanzado. El cuerpo sí, el cuerpo me recuerda una rana gigantesca, porque don Ermín tiene como aplastado el pecho, los brazos cortos, las manos grandes, soplado el vientre, ancho el muslo y escurrida la pantorra. Una rana parece ahora, pero cuando joven era otra su figura, aunque siempre perniabierto, según dicen los que por entonces lo trataron.

La tarde de mi primera visita hallé a don Ermín en el huerto de su casa. Dormía como un bendito a la sombra de un hermoso y viejo granado. Las ramas del árbol crecían en desordenada libertad y algunas entraban por las ventanas del edificio a través de los cristales rotos, sucios, empolvados por las arenas rojas de Velitas. Hasta el viejo galeno me llevó un reguero de hormigas gordas y de color de miel que penetraban en el huerto en busca seguramente de los frescos licores que le proporcionaban los frutos del granado. Los insectos, en su constante ir y venir, habían formado un estrecho sendero entre las diminutas hierbas, un caminillo calvo que empezaba en la portada y llegaba justo a las botas de don Ermín. Luego, la oscura cinta de hormigas ascendía por la pierna derecha del médico, se desviaba un poco para no escalar el movedizo vientre, y subía hasta el hombro y parte del cuello

[20] Mata de pelo enredada y ensortijada.

y como una delgada serpiente se deslizaba hacia el tronco del árbol, ascendiendo con rapidez hasta las ramas más altas. Don Ermín, con sus manos enormes cruzadas sobre el estómago y la cabeza apoyada en el granado, roncaba a pierna suelta, emitiendo al final de cada respiración un feliz gorgoriteo. En verdad que su aspecto era el de un gigantesco sapo panza arriba, rojo y humanizado por la fantasía de La Fontaine, por ejemplo.

Suerte que las molestias que me ocasionaba el riñon no eran muy agudas en aquel momento. Al menos no tan intolerables como para interrumpir una siesta bajo el frescor de un árbol, máxime si quien la duerme es un viejo y cansado habitante de la isla de Lanzarote. Así que, sentado en un pequeño muro, esperé pacientemente a que don Ermín, por su cuenta y riesgo, volviese al mundo de los desvelados. Ocurrió esto a través de un solo ojo. Don Ermín entreabrió su ojo izquierdo mientras que el derecho seguía sumido en la antesala del sueño. Me observaba atentamente pero sin muestras de asombro. Yo, en cambio, debí poner cara de sorprendido, pues la verdad que fue sorpresa para mí descubrir aquella esferita azulosa, plena de luz y energía, engarzada en la cara fofa de un anciano. Pensé también en una estrella que había contemplado muchas veces sobre el cielo de la isla, brillante en la inmensidad de los crepúsculos.

Nos observamos un buen rato en silencio.

—Perdón —dije—, necesito ver al médico.

—Yo soy el médico. Ayúdeme a levantarme, por favor.

Me extendió su diestra mientras con la mano recogía un grueso bastón.

—Todavía no he logrado explicarme este error de la Naturaleza. Estas piernas no pertenecen a mi cuerpo. Nunca pertenecieron. ¡Diablo! —exclamó—. ¡Siempre están acalambradas!

Una vez en pie la emprendió a bastonazos con sus extremidades. Luego apoyó su mano en mi hombro y suspiró hondo.

—Subamos a mi consulta —dijo.

El viejo caserón de los yerberos estaba completamente en ruinas. En el interior, la escalera se encontraba carcomida y sus peldaños crujían de manera alarmante. Don Ermín acompañaba los ruidos de la madera con tenues quejiditos de reumático. Desembocamos en una estancia amplia, de paredes encaladas y techo lleno de desconches. Contra la pared del fondo se adosaba una gran estantería con puertas de cristal. En el interior, en completo desorden, muchas cajas y frascos de muestras. Los estantes más altos contenían libros de Patología, Bacteriología, Cirugía, etc., que conservaban en la piel de sus lomos las invariables iniciales de oro; F. L. A., de Fermín López Aguirre. La habitación daba a la parte posterior de la casa. Al abrir los postigos, la luz penetró ávida en la estancia, resbaló sobre las tablas del piso, chocó en las paredes y quedó intensa, blanca y fija en uno de los ángulos.

—Ahora la consulta está abierta —dijo don Ermín al tiempo de sentarse junto al alféizar. A su alcance tenía una mesa redonda de caoba de un solo pie. Debió ser una buena mesa, pero las manchas y el uso deslucían su calidad. Sobre ella un quinqué de porcelana y un libro con tapas de hule negro que yo tomé por una biblia, pero que, en realidad, era un estudio médico-legal sobre la locura, de Tardieu. Desde la

ventana podía divisarse una inmensa llanura roja y negra de malpaíses. Uga lucía su caserío no muy lejos, y al fondo una cadena de colinas con cráteres oscuros.

Don Ermín me invitó a sentarme frente a él.

—Y bien, amigo, háble me de su riñón.

No esperaba yo una alusión tan rápida y directa sobre mi mal y hube de poner cara de asombro pensando que me hallaba ante un médico extraordinario, adivinador o brujo, pues yo no había hablado nada que pudiera sugerirle un diagnóstico.

—No se extrañe que conozca su padecimiento —me dijo—. Marcial que ha contado sus molestias y sé también que ha sido él quien lo ha enviado a mí. El pobre hombre se gana un durillo por cada enfermo que me trae. Hace años que me propuso este negocio.

Don Ermín me miró a los ojos, buscando quizá algún gesto de reproche por mi parte. Hizo una pausa y añadió ya sin tensión:

—Yo no cobro a nadie. No cobro nada.

En aquel momento llamaron por don Ermín. Dos mujeres se situaron debajo de la ventana. Una de ellas tenía el aspecto de ser muy joven, una niña casi.

—¡Don Ermín! —gritaron.

El médico se alongó un poco para verlas.

—¿Qué ocurre, Tina? ¿Ya reventó el hígado de tu marido?

—No, don Ermín. ¡El diablo se lleve a ese ñanga[21]! ¡Es la niña, que se le ha hinchado la cara! ¡Mire cómo está la pobre!

La mujer descubrió el rostro de su hija. Era una muchachita de unos quince años, bastante espigada. La mejilla derecha aparecía hinchada. Sus ojos miraban tristemente. Don Ermín la observó unos segundos.

—No te preocupes, mujer, es un flemón. Tienes muelas picadas, ¿verdad?

La joven asintió con la cabeza.

—Pues no te preocupes, mujer. Esta noche le pones un fomento y ahora entra por la cocina y dile a María que suba a buscar una inyección para que se la ponga.

—¡Qué Dios se lo pague, don Ermín!

—Eso. ¡Que Dios me lo pague! —dijo don Ermín al tiempo que se volvía hacia mí entre irónico y entristecido—. ¡Que Dios me lo pague! ¿Sabe qué le digo? Esta gente contribuye para que yo me vaya a los infiernos. Allá arriba, en el cielo, San Pedro ya estará preparado para no dejarme pasar. ¡Es mucho lo que Dios me debe!

Sonrió y cambió de tono.

—Perdóneme usted. Esto último que he dicho le habrá sonado mal si es usted religioso. Ha sido una broma. La verdad es que en esta soledad en que vivo he perdido la ilusión. Sólo creo en el principio y en el fin de las cosas. He visto nacer hermosas criaturas y a los pocos días he tenido que enterrarlas. He visto crecer la hierba y luego ha desaparecido.

—Pero usted ha llegado a detener el sufrimiento —argüí.

—Sí, ¿por cuánto tiempo? Hay algo que siempre vuelve, algo verdaderamente

[21] Desmedrado, flaco, enclenque.

duradero. Una mano que acaricia la tierra cada segundo.

Sacó su mano roja al sol.

—Este viento cálido que pasa por aquí.

Por encima de aquella mano regordeta y encendida de don Ermín, contemplé de nuevo la piel de la isla, seca y apergaminada, junto a los viejos cráteres. Muerta, inmóvil tampoco la isla sería eterna. El viento se encargaría de llevarla a su fin.

—Es difícil —prosiguió el médico—, es difícil probar la inexistencia...

De pronto se volvió hacia mí y sonriendo me dio una palmadita en la rodilla.

—Aquí uno desvaría con frecuencia. Es la soledad, ¿sabe?, la soledad y algunas pequeñas cicatrices que le quedan a uno de la vida. Bueno, digo yo que las heridas, a veces, se las busca uno. Aquí vine yo a buscar las mías. Yo soy vasco. Mis padres eran ricos y aún lo soy yo con la heredad que me dejaron. Allá en Guipúzcoa, mi tierra, hay buenos prados, hermosas montañas verdes y jugosas manzanas. Hay agua fresca y abundante, pero todo es una bella trampa. Allí se nace y se muere y siempre se irá uno de esta vida con el desconsuelo de algo. Quizá sea el desconsuelo del tiempo. Por eso mi tierra da buenos marinos. Los vascos se echan al mar porque necesitan palpar el tiempo y el tiempo se palpa en el mar o... aquí, en estos horizontes siempre abiertos y vacíos, en estas llanuras muertas y presentes cada mañana. Un mar, al fin y al cabo, un mar de lavas y arenas. Y...

Interrumpióse de repente don Ermín mirando al interior de la estancia.

—¿Qué quieres, María? —preguntó a una sombra alta y silenciosa que esperaba inmóvil en el fondo de la habitación—. Ah, me olvidaba de las inyecciones de esa muchachita.

Se levantó y estuvo rebuscando entre las muestras médicas de la estantería.

Tal un negro ciprés, ahumada tea o cuervo en vertical, la vieja permaneció allí plantada un buen rato. Estaba descalza y sus pies secos y arenosos, delgados y fuertes, parecían agarrarse al piso. También sus manos quedaban descubiertas y eran como garras de milano, garras amarillosas, largas y surcadas de arrugas. Pero en la parte alta de aquel árbol requemado, algo surgía incandescente aún; algo como una brasa encendida surgía de aquellos ojos negros, árabes, jóvenes y hermosos. ¿Fuego? —me preguntaba yo mismo—. ¿Qué clase de fuego? ¿Acaso la ira? Contemplando aquellas ascuas fijas y resplandecientes pensé en un rostro terso y blanco y unos labios carnosos y sensuales de leves rosas, dulces y tibios como las uvas de volcán. Años atrás, desde luego, años atrás, cuando por las cañadas de aquel cuerpo joven cruzaban los alisios erizando el fino triguillo de la piel, formando las dunas arenosas del torso. Años atrás, desde luego. Antes que el mismo viento pasara huracanado sobre la arcilla y dejara el paisaje convertido en un erial desamparado y rugoso, antes que los ojos se convirtiesen en pavesas de rabia, cuando el fuego surgía de la montaña y encendía la isla toda y los hombres salían de sus casas y atravesaban la noche pretendiendo carbonizarse en la extraordinaria ardentía. Entonces sí, entonces el fuego. Mas, ahora, ¿qué origen tenía la centella? Por un momento me sentí prisionero de la luz. Después recordé las arenas de Femés, los surcos del tiempo, la mano que acaricia la tierra cada segundo.

Cuatro días después, mi riñón quedó completamente sano, pero yo seguí visitando a don Ermín porque habíamos quedado como buenos amigos y tenía el hombre amena la charla, filósofo el cacumen y amplio el cultivo de sus conocimientos. Pero no era éste el motivo que me empujaba diariamente hacia el caserío de Velitas. Cuando el sol caía sobre la tierra con su fiereza menguada ya al atardecer, gustaba de hollar los campos baldíos y cruzar los grandes charcones de luz rojos y dorados que se formaban sobre los almagres y los caliches. Por entonces, sentíame con igual ilusión que un arqueólogo, puesto que allá, en el viejo caserón de los yerberos, en los ojos de una sombra oculta en el tiempo, había descubierto un hilo de la historia que me interesaba desenterrar. Don Ermín, terminada su siesta, me recibía con los brazos abiertos, porque sus años en soledad eran demasiados para rehusar unos ratitos de comunicación cuando se hacen buenas migas. Por confesar tengo aún mi malicia ya que, valgan verdades, interés y sonrisas hube de disimular a menudo, pero los vinos del médico y la esperanza de sus memorias hacían que a diario mi sombra se presentara en su huerto hasta hacerse costumbre. Si el lector me lo pidiese, yo que no he pisado la península ibérica, podría guiarle a través del norte de España sin temor de olvidar una calle, una tasca, una ventana, un pesquero de truchas y alguna que otra visita a los camposantos por encontrar el nombre de tres o cuatro mujeres. También podría hablar de Baroja, pues don Ermín me contó de un día en Irún, mientras don Pío pellizcaba un trocito de pan y ambos hablaban sobre las virtudes curativas de ciertas hierbas. Una tarde, cuando menos lo esperaba, don Ermín llegó al tema de su viaje a la isla. Tan de sorpresa me pilló, que por no delatar mi curiosidad hube de echarme un trago de vino sin tener malditas las ganas. A Dios pedí porque no se levantara viento, que no se moviesen las ramas del granado rascando las ventanas, que no viniese ningún enfermo, que no ladrasen los perros, ni hubiese cosa alguna que distrajera a don Ermín en sus palabras ni a mi oído. Tal era la avidez que sentía yo por el tema, que por mis brazos corrió un leve erizado cuando le oí decir:

—En verdad que yo no sabía lo que me esperaba en esta isla, pero cien veces que se repitiera mi vida no le cambiaría ni el negro de una uña.

—Habrá sido usted feliz, seguramente —dije.

—He vivido intensamente en la desgracia, que también es vivir. Algo así como vivir una eternidad.

Se puso a escudriñarme los ojos.

—¿No es extraño lo que digo?

—Sí —dije sin alterarme.

—Todo tiene su explicación. Al principio, me refiero a mi juventud, el mundo se me presentaba lleno de esperanzas y deseos, y ocurre que por manes del demonio, todo se pierde en el hondón de un misterioso destino; se pierde para siempre. Lo que resta de vida, a veces es mucho, a veces es la eternidad. Entonces es bueno sentarse a la vera del camino y estar, sencillamente. La felicidad o la desgracia pasan bajo mi ventana. Las llevan otras personas, con el saquito de sus esperanzas a cuestas.

—Es usted un espectador —le dije.

—Pero de un espectáculo singular. Yo no soy un santo. Nunca tuve materia de redentorista. En verdad soy un malvado, un ser ahito de ruindad que a los setenta y más años se sostiene por ver el fin de una condena. Me divierte observar el óxido que día tras día va destruyendo el hierro, el fruto que se pudre, la flor que se aja, la piel que se arruga, el viento que deshace la piedra hasta convertirla en polvo, los cuerpos que se encorvan, la tierra que se vuelve yerma, el sol blanqueando los huesos de lo que fue un magnífico ejemplar y, allá al final del desierto, el horizonte vacío años tras años por donde nadie ha de venir a salvarnos porque sería ridículo. Ésta es mi condena y aún me queda por ver cómo se apagan unos ojos, como se enfría del todo un volcán.

Don Ermín hizo una pausa que a mí se me antojó tal un pozo profundo y por un instante temí que la historia no aflorase de nuevo.

—Pero usted, doctor, también tuvo sus deseos y esperanzas, según acaba de decirme. Alguna vez la flor estuvo abierta y el hueso afianzó a un hermoso animal. También ese tiempo debe contar en una vida.

—Sí, es cierto. También yo traje mi hatillo de ilusiones cuando llegué a esta isla. Entonces...

Don Ermín recostó la cabeza hacia atrás y de entre las ramas altas del granado fue escogiendo retazos de su vida, piltrafas malditas, según él, que nunca terminaban de pudrirse en su memoria y le molestaban de continuo como un sexo fantasma o inacabado.

Capítulo XIII

Esta placa que luce ya desgastada en mi puerta, anunció mi nombre en Arrecife hace muchos años. La había encargado en Valencia a la viuda e hijos de Roselló, que era marca acreditada en estas cosas. Me dieron a escoger letras negras sobre fondo blanco o letras blancas sobre fondo azul. Escogí esta última y añadí que el texto lo quería sencillo: Fermín López - Médico. A mí me parecía suficiente. El día que la recibí me apresuré a colocarla en la fachada de una casa que alquilé al término de la calle principal. Era una casa terrera pero con mucho fondo, con cinco habitaciones, una cocina grande y un patio con aljibe. En el frente tenía una puerta y dos ventanas pintadas de verde. La muestra contrastaba sobre la pared blanca de cal. La verdad que mi vocación profesional siempre fue escasa, pero aquellos primeros días sentí algunas miajas de orgullo y cada tres horas le pasaba el paño al esmalte, pero al fin de la segunda semana consideré estúpida dicha faena, ya que lo único que acudía al reclamo era la tierra del desierto, la arena que el viento traía del interior de la isla y que cruzaba las calles y danzaba en locos remolinos hacia el mar.

Una tarde calmosa —siguió don Ermín—, rojiza ya de sol en agonía, aprovechaba la última luz para saborear a Stendhal, cuando se acercaron tres mujeres, vestidas de negro y cubiertas con amplios sombreros de paja, y se detuvieron a contemplar la placa.

—¿Qué dice ahí? —preguntó la más vieja.

—No sé —contestó otra—. Eso debe ser para indicar dónde se ponen las cartas. Al comienzo de la calle hay otra cosa de éstas. Le dicen el correo.

No me supo bien el comentario y lamenté mi error al no decidirme por letras negras sobre fondo blanco. Ahora me parecía una placa más seria. Menos mal que la más joven de las mujeres no pertenecía del todo al gremio de los analfabetos. Movió los labios en silencio, tratando de descifrar las grandes letras blancas, y al fin dijo:

—Es un médico. Ahí dice médico.

La más vieja torció con gracia la cintura y dio un paso hacia la ventana.

—¿Es usted el médico? —me preguntó.

—Para servirle.

—Dios no lo quiera nunca. Es usted muy joven.

Y entre risas siguieron su camino.

Profesionalmente era yo muy joven por entonces. Tanto, que aún no se había presentado mi primer caso, pero como hombre yo me consideraba maduro puesto que por ese tiempo cumplía los treinta. Consideré, sin embargo, las palabras de aquella buena mujer y, como corto disfraz para la bisoñez de mi rostro, pensé en dejarme una perilla que a las dos semanas ya me salía como el trigo.

Por las tardes acostumbraba pasear por las playas cercanas, por las orillas del

charco de San Ginés o por el puerto, donde me entretenía contemplando el cabecear de los viejos veleros y el trajín de la gente pescadora. Nubes de gaviotas sobrevolaban la bahía, chirriando y haciendo graciosos giros. Más de una vez repasé las sendas de Valéry:

Olas, romped gozosas el tranquilo
techo donde los foques picotean.

Yo sabía que el noventa por ciento de mis glóbulos pertenecían a sangre de marino. No en vano fueron hombres de mar mis abuelos, mis bisabuelos y toda una ascendencia que se pierde en las tinieblas de los tiempos, y casi doy por sentado que llega hasta Noé. Y era curioso el caso, y a gala se tenía, que los marinos de mi familia hubieran muerto en tierra, con tiempo suficiente para narrar sus peripecias a los nietos y dormir la más larga de las siestas, calentitos y en paz en los tranquilos cementerios de las Vascongadas. Pero la tradición se rompió con mi abuelo que, al mando de un hermoso «clipper» inglés, buscó fondo para siempre frente a las costas de Terranova. La rudeza del golpe en mi abuela es de suponer. Cerró sus oídos y el corazón a todas las historias de la mar y encaminó a su hijo hacia el sacerdocio, que era profesión segura y bien vista. Mi padre asistió los primeros años al seminario, pero con el tiempo notó que aquello no le iba. El negro de las sotanas le ponía tan triste como el luto continuo de su madre, y un buen día, de la noche a la mañana, optó por la medicina. Así comenzó una nueva tradición familiar, de la cual yo soy el segundo eslabón y, ya puedo darlo por seguro, el último.

Desde algunas generaciones atrás, nuestra fortuna fue siempre muy saneada. Mi madre aportó también lo suyo y por si esto fuese poco, yo casé con María Begoña Vázquez, hija de un acaudalado industrial de Irún. Su dinero, puedo jurarlo, no me hizo mella, pero sí un encanto especial que tenía su persona. Era una joven culta y delicada. Poseía un gran sentido moral y religioso y de no ocurrir cierto desgraciado percance en mi vida, hubiera sido la compañera ideal que yo había vislumbrado en mis sueños.

Casado y recién terminada mi carrera, cierto día el mundo pareció girar ciento ochenta grados y ante mis ojos surgió de improviso una visión que siempre había deseado desde mi infancia. Los negros y tétricos nubarrones de un crudo invierno del norte, fueron descorridos por mi fantasía y ante mis asombrados ojos emergieron los claros horizontes del Sur. La culpa de este cambio la tuvo un almanaque existente en mi casa, cuyas láminas a color representaban copias de Gauguin. Bueno, la culpa toda no fue del calendario. Al cabo de dos años de matrimonio y sin descendencia, mi esposa, cuyo carácter se daba con facilidad a la melancolía, tomó la costumbre de encerrarse en sus habitaciones, dos pequeños aposentos empapelados en blanco y oro, y pasar el tiempo haciendo bellas poesías que más tarde fueron publicadas con cierta resonancia en una editorial francesa. Tal pequeño desvío por su parte fue incrementando en mí el afán de encontrar un lugar donde los días, amontonados unos tras otros, adquiriesen, si no la justificación, la sensación al menos de mi existencia.

Entre Tahiti y Canarias la diferencia que yo hacía era tan leve como la que existe entre el azul de Prusia y el azul de ultramar. Así que, marqué una moneda, la lancé al aire y me salió cruz, con lo cual quedó sellado mi destino. Aquel mismo día hablé de ello con mi familia y acostumbrados como estaban a dejarme hacer mis caprichos, no hallaron ningún argumento para oponer a mi viaje. Mi padre, hasta me animó en la idea:

—Quizás encuentres un buen campo para ejercer la profesión. La medicina tropical está tomando mucha importancia.

Al viejo le pasaba lo que a mí. Como no habíamos sido marinos ignorábamos la geografía práctica y por vagas asociaciones ubicábamos a las Canarias, climatológicamente, unos grados más al Sur.

Mi esposa prefirió quedarse y esperar a que yo me estableciera y le diese a conocer algunos pormenores de estas islas, para luego decidir si valía o no la pena de compartir la existencia a mi lado, en sitios que a su parecer tenían trazas de salvajes.

No tengo que confesar ninguna decepción. Mis ideas sobre negros, cocoteros, y recibimientos con cantos y flores me fueron disipados en la travesía, gracias al capitán del barco, don Francisco Jordán, natural de Fuerteventura, buen conocedor del archipiélago y de los vericuetos del espíritu humano. Él señaló la isla de Lanzarote como lugar idóneo para mi anclaje, cambiando cuidadosamente en su charla la copra por las támaras, la orquídea por el tuno, la desnudez por el embozo y el ukelele por el timple. Así, al desembarcar, ya sabía yo que mi pie no se hundiría en verdes alfombras de helechos y no fue sorpresa pisar sobre la piel ocre, dura y rapada de este animal muerto que es la isla, de este camello que permanece ahogado en el Atlántico.

De aquel bagaje sentimental que yo pensaba enterrar en el trópico y que don Francisco fue tirando por la borda, no quedó en mí huella de desconsuelo, pues al poco tiempo de mi arribo, la isla se me entregaba de forma tan gloriosa, que el acto de poseerla en tiempo y espacio, con su desnudez y laxitud, colmaba mi espíritu de tales luces y encandilamientos que pocas veces más apareció en mis pensamientos la muchacha con mangos de Gauguin, la cual fue hundiéndose en el olvido con un olor pegajoso, dulzón y enfermizo de sombras fermentadas y decrépitas. ¡Qué muertes tan desiguales! ¡Qué cadáveres tan distintos! Muchos años después, cuando la isla es también un resto, una blanca osamenta, limpia y sin hedor, calcinada por la luz y la sal, aún podemos ver en su muerte los «trabajos puros por una eterna causa». Sobre su cadáver han crecido el silencio y la paz, el amor, la abstinencia y la resignación. Una muerte que hace posible la vida.

Ya desde los primeros meses, aquel vacío en mi vida que me inclinara a dejar atrás los verdes y grises cantábricos, fue llenándose aquí de asombro y sosiego ante la plenitud de una existencia que, por aquel entonces, bien podía llamar paradisíaca. Mi reclama empezaba a surtir efecto, y la «buena mano» que tuve con mis primeros pacientes ocasionóme algunas alegrías profesionales. Mi bisturí ya contaba en su haber con algunas sajaduras, y el caso que me procuró la fama fue la cura de una señorita perteneciente a una de las mejores familias isleñas, histérica y solterona, y a quien en uno de sus ataques hube de hincar brutalmente los pulgares sobre los

ovarios, más que por curarla, por ver si abandonaba de una vez sus chirridos de pardela[22], con los que traía a mal dormir a todos los vecinos. Surtió efecto la cosa y de ahí en adelante y en pago por procurarles un buen sueño, las mujeres me saludaban al pasar con una sonrisa y los hombres, siempre que entraba al café, me invitaban con una copa.

Creí llegado el momento de escribir a mi esposa y una tarde me dirigí al bar Universal, que tenía una hermosa ventana con vistas al puerto y era lugar de mi predilección cuando necesitaba meditar serenamente. Pedí una botella de vino y entre sorbo y sorbo fui redactando una epístola, ni melancólica ni desesperada, ajustándome a la verdad, tanto de mi optimismo como de las cualidades de la isla. Hice hincapié en el clima y en el cielo azul y en el hermoso mar, y aventuraba para su poesía un cambio importante, un sentido nuevo, profundo, sano y prometeico, alejado de sus lirismos vanos, cursis y afrancesados que terminarían lentamente con su salud. Añadí algunas líneas invitándola a venir a mi lado y terminé con unas palabras de consuelo para mis padres. A la par que terminaba la carta apuré la botella y entre los recuerdos y la fortaleza del vino subiéronme a la cabeza unos retazos de soledad, así, de pronto, y con los ojos aguados y un tanto aturdido, me hallé en el espigón del puerto y allí estuve por distraerme, junto a un viejo y silencioso pescador.

Aquel anochecer quedó en mi memoria por circunstancias especiales. Primero fue aquella estúpida impresión de desamparo que invadió mi sangre conforme la isla oscurecía. Luego aquella sensación de un mundo pobre y sin estímulos, un mundo que se hundía lentamente en las sombras de la noche inmensa, vacía y sin destino. Las débiles luces que se encendían en el interior de las casas formaron un triste remedo del gran susto que significaba la cúpula celestial ampliamente estrellada y misteriosa. Lejos lloraba un niño. También otro, lejos, dentro de mí. Entonces, como digo, llevaba en la isla muy poco tiempo. Aún no había aprendido a luchar con las sombras, a vivir en ellas, a amarlas. Era débil ante la oscuridad, y recuerdo que durante la noche me veía invadido por temores ancestrales. Así me llegó al alma el aullido de un perro. Bueno, un perro creía yo que aullaba lastimosamente, lejos, hacia las montañas. Del mar se creció de pronto un airón frío y racheado, y una ola que rompió furiosa contra el malecón vino a desgranar su frío en mi espalda. Me levanté con la sensación de estar enfermo y con la cabeza aturdida por el alcohol tuve la lucidez suficiente para dirigirme hacia el bar en busca de un café caliente. Entonces oí otra vez el grito agudo de aquel animal que ahora me pareció más cercano. Pensé en un perro y traté de imaginármelo en una carrera desesperada a través del vacío nocturno, buscando la salvación inalcanzable, tocado quizá por el destello incomprensible de una mala estrella. Sentí que se me erizaban los vellos de mis brazos. Los dientes comenzáronme a castañetear y un subido calor que notaba en mi frente indicaban mi estado febril. Cuando enfilé la calle principal, mis vértebras fueron recorridas por una corriente tan gélida que creí quedar paralizado. Tal fue el susto de ver al extremo de la calzada, junto a la puerta de mi casa, unos ojos

[22] Ave acuática, palmípeda, parecida a la gaviota, pero más pequeña.

luminosos, grandes y amarillentos que parecían esperarme. De aquella bestia o lo que fuera surgió el agudo y espantoso aullido que rompía la noche. Una sombra corrió hacia mí gritando mi nombre, y ya más cerca comprendí que los ojos no pertenecían a bestia alguna y sí al camión de Pedro que por aquel tiempo estuvo nuevo y poseía sus buenos faros de carburo. El propio Pedro se adelantó a recibirme:

—¡Doctor, le traemos una enferma! —casi chilló excitado—. Está ahí, en el camión —señaló—. La hemos traído desde Femés.

Junto al vehículo esperaban algunas personas.

—¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla! —repetía una mujer.

—Habrá que desatarla —dijo alguien.

—¡Qué no vuelva a quitarse el pañuelo de la boca!

Ya en la puerta de mi casa ordené que se callasen.

—¿Qué le ocurre? —pregunté luego.

Alguien me dijo por lo bajo, con misterio.

—Es María, señor, y está loca.

Ordené que la pasaran al interior. Yo entré primero para encender el quinqué grande y disponer un poco la habitación destinada a sala de curas. Afuera la gente gritaba advertencias:

—Tú Marcial, ¡cógela por las piernas! ¡Sujétale fuerte las rodillas!

—¡Ay, por Dios! —gimió de nuevo una mujer—. ¡Cuidado, no vuelva a zafarse las manos, que se quita el pañuelo!

—¡Cállese, señora, y ayude! —advirtió la voz fuerte de quien parecía dirigir la operación.

La entraron por los pies. Marcial se encorvaba como un gancho y respiraba afanosamente con la boca abierta, aunque era obvio que no hacía esfuerzo alguno. Pedro y otro hombre la sostenían por la cintura y atrás entró un hombre fuerte y rubio que la agarraba por los hombros y aguantaba de veras el peso. La entraron como una tabla, tiesa, envuelta en tanto paño negro que daba grima. La pusieron sobre la mesa-camilla que yo había arreglado para reconocimientos y respiraron aliviados al abandonar aquel bulto. Seña Frasca, una vecina gorda y laboriosa como las hormigas, preguntó si podía ayudarme en algo.

—Pues sí —le dije—, esta vez voy a molestarla a usted demasiado.

—¡Por Dios, don Fermín! —exclamó—. ¡Mientras sea para bien de esa criatura!

—¿Hay algún familiar de la enferma? —pregunté.

Marcial miró rápidamente a su alrededor y luego negó con la cabeza.

—Ella es sola —dijo.

Los hice esperar fuera y seña Frasca se encargó de ir desenvolviendo aquel tétrico paquete oscuro que contenía las furias de una tormenta mental. Al descubrir el rostro, seña Frasca dio un respingo.

—¡Dios del cielo! —gritó haciendo la señal de la cruz.

Los ojos de María parecían a punto de escapar de las órbitas, dilatados, inmóviles y enrojecidos. Grandes eran los ojos, pero tan llenos de ira y desesperación que consideré peligroso aflojar cualquiera de las ataduras del cuerpo. Tras la mordaza que le habían puesto oíase un sonido bronco y continuado de agotamientos

y rebeldías. Le dije a seña Frasca que procurara descubrir un brazo de la enferma y yo le inyecté una fuerte dosis de un calmante que juzgué suficiente para tenerla dormida algún tiempo. Esperé luego unos minutos y al fin aquellos ojos fueron perdiendo su terror y los párpados se cerraron lentamente, con gran alivio por mi parte y un nuevo suspiro de mi vecina.

—¡Jesús, qué cosas hace el diablo cuando se mete en nosotros!

Con ayuda de los hombres, la trasladamos a mi habitación y la dejamos en mi cama, que era grande, de hierro y bastante cómoda. Seña Frasca se ocupó luego de desatarla del todo y cambiarle la ropa por un camisón que trajo de su casa.

—Dormida es un ángel —me dijo—. ¡Es una muchacha muy bella! ¿Cree usted que sanará, don Fermín?

El mocetón rubio que parecía capitanear a los otros se acercó a mí para decirme:

—Bueno, doctor, usted sabrá lo que se hace.

—Por ahora esperar —contesté—. Tendrán que dejarla aquí unos días a ver si le pasa el trastorno. Hay que vigilarla.

—Yo puedo quedarme a hacerle compañía —propuso el jorobado.

Pedro, el dueño del camión, se me ofreció también:

—Si algo necesita...

Los otros se despidieron alegando que tenían que regresar a Femés.

—Y muchas gracias, doctor.

Pasaron la noche en vela. Digo pasaron refiriéndome a seña Frasca y a Marcial, que sentada ella por los pies de la cama y acuclillado él en un rincón, no pegaron un ojo, como se dice. Yo logré sostenerme un par de horas sobre la silla, pero hacía tales esfuerzos por espabilarme como jinete que llevara tres días sobre un alazán. Como entre sueños y pesadillas de fiebre, oí que el jorobado contaba con pelos y señales la historia y captura de aquella loca. En mi mente abotargada y calenturienta aún por el alcohol, se formó una horrible amalgama de piedras y estrellas, carreras interminables de enormes mastines, viejas brujas blasfemantes, miles de seres deformes que cruzaban el desierto con hachones encendidos y grandes paños negros transportados por un viento desgarrador y sibilante como la agonía de un animal. A ratos el cielo de mis visiones resplandecía y tomaba la forma de un rostro angélico, que era realmente el de aquella joven adormecida, a quien de seguro miraba yo de vez en cuando. Una inmensa catedral fue arrancada de cuajo por el viento y, volteando sobre una desértica llanura, entre aulagas y remolinos de arena, hacía sonar sus campanas alocadas...

La voz en tono suave de seña Frasca me fue sacando del sueño. Removía con una cucharilla en un vaso que contenía cierto mejunje entre dorado y verdoso.

—Tómese esta tisana, don Fermín. Tiene usted fiebre.

—No es nada. Estoy un poco resfriado —dije.

Por la ventana penetró un resplandor lechoso que precedía a la próxima alborada. En el rincón del cuarto brillaban los ojos de Marcial, a quien seña Frasca

prometió traerle un poco de café. De la garganta de la enferma surgían, quebrados y profundos, algunos sollozos. Respiraba con cierta agitación. Pensé que pronto iba a despertar. Mi vecina se acercó a la cama y con su delantal, secó cuidadosamente un reguerillo de lágrimas que resbalaban por el rostro de María.

—¡Pobre mujer! Es un dolor muy grande perder un hijo así, de repente y en el mar. ¡Si al menos supiera dónde está, dónde ponerle una cruz, una flor! ¡La pobre criaturita, sabe Dios!, dando vueltas y más vueltas... Se trastorna una con pensarlo.

Al amanecer tuve la sensación de que la noche se cortaba bruscamente en algo más que sus sombras. Fue tran profundo el silencio y el vacío en unos segundos, que seña Frasca, con el rostro demudado, hizo la señal de la cruz y murmuró con susto:

—¡Dios, acaba de pasar un ángel!

El corazón pareció estrujárseme de pronto al no percibir la respiración de la enferma, y, rápido, tomé su radial entre mis dedos y hallé un ritmo y un tono inmejorables. Respiraba ahora tenue y descansadamente. Sonreí con alivio a seña Frasca, que parecía alarmada. Al volver la cabeza me di cuenta que aquellos alfileres luminosos, ojos de ratón o lo que fuesen, que permanecieron vigilantes toda la noche, habían desaparecido. Aquella sombra ovillada del rincón se había esfumado y pensé que el pobre Marcial había salido a la luz de la mañana para desentumecer las rodillas, pero fue lo cierto que tardamos algún tiempo en volver a verlo. María estuvo llamándolo largamente antes de abrir sus ojos.

Días después mi paciente parecía normalizada. Digo parecía, porque ante la mirada de un profano, aquellos giros de sus ojos y algunos extraños ademanes que hacía con sus dedos, eran bien poco para tratarla de loca. Pero yo que la vigilaba atentamente sabía que en cualquier momento era posible que surgiera un nuevo ataque, cuyas consecuencias no podía, en aquel entonces, prever. No las tenía yo todas conmigo y menos cuando, por nada, escuchaba aquella risa suya que siempre terminaba ahogada en sollozos.

Mi vecina le había tomado gran cariño a la enferma y la tenía en su casa. Una noche, al hacerle mi visita para inyectarle un poco de calmante y unos tónicos, oí la voz de seña Frasca:

—¡Sanarás, mi niña, sanarás! ¡Que la luna es buena y Dios bendito y el agua fresca y don Fermín!

La risa de María era feliz. Las voces salían del patio y hasta allí me adentré. María yacía boca arriba sobre unas tablas sostenidas por burras. Su cuerpo, completamente desnudo y blanco, brillaba con la luz de la luna. Seña Frasca lo repasaba una y otra vez con un paño empapado en agua del pozo.

—¡Sanarás, camellita, sanarás para gozar tomillares! —exclamaba la buena señora.

María, con su mente excitada, parecía retozar por las estrellas y seña Frasca pensaría, como tantos, que un médico es un ser inmerso en la divinidad, algo así como un espíritu o un ángel sanador, que siempre ha de surgir del cadáver de su

propia carne. Por ello, mi presencia no causó escándalo.

Como iba contando, quedé en la puerta del patio, algo intimidado por la contemplación de escena tan fascinadora. Seña Frasca sacó un cubo del aljibe y fue rociando el cuerpo de María con estrellas, me pareció a mí. Y cosa extraña, de repente aquella desnudez, hermosa y brillante, penetró en mis ojos de profesional trocada en una blanca y peligrosa larva de Belcebú, engendradora de misteriosos males. Y fue en ese instante cuando tomé una determinación:

—He decidido hacer algo —dije a seña Frasca.

Habíamos pasado a la cocina y la mujer secaba sus manos en el delantal.

—He pensado enviarla a Las Palmas.

Permaneció un rato mirándome como si no entendiera bien.

—Entonces... —aventuró con un hilo de voz—, eso quiere decir que...

—Quiere decir que María no está curada y su enfermedad necesita un tratamiento especial. Quiero decir que yo no tengo los medios ni la ciencia para curarla. En mis manos vacías, esta muchacha corre el peligro de empeorar y entonces...

A seña Frasca se le rayaron los ojos.

—¡Me había acostumbrado tanto a su compañía! Es una pobre y desvalida criatura. Está sola en el mundo y encima...

Apretujó el delantal entre sus manos.

—¡Vamos, vamos, seña Frasca! —traté de consolarla—. ¡No se ponga usted así! María sanará y quedará tan bien como usted o como yo, se lo aseguro. Además, se me ha ocurrido una idea. Pienso que usted podría acompañarla.

—¿Yo? —preguntó al tiempo que secaba unas lágrimas con el dorso de su mano.

—¿Quién mejor? —dije para animarla.

—Yo pagaré los gastos —continué—. Tengo dinero y se me presenta la ocasión de hacer una buena obra.

Hice una pausa para que seña Frasca pusiera en orden sus pensamientos y añadí:

—En Las Palmas hay un gran médico que es especialista en estos casos y tiene una buena clínica. Su hijo es también médico y estudió conmigo. Estoy seguro de que tratarán bien a María.

—¡Es usted un santo, don Fermín!

No se le ocurrió otra cosa a la buena mujer.

Al día siguiente me puse a escribir la carta de recomendación para el doctor Vegueta. «Doctor Félix Sánchez de Vegueta: estimado amigo y colega», había escrito, cuando sentí la presencia de Marcial en la puerta de mi consulta. Traía el hombre sombrero nuevo con pelusa de ratón y camisa limpia, con el cuello abrochado y sin corbata. Estaba en la puerta, como digo, mirándolo todo con sus ojillos inquietos, alongándose hacia la otra habitación y dándole trabajo a su nariz como un buen perdiguero, en busca del rastro de María.

—Pase, Marcial —invité—. Lo que busca ya no está en mi casa.

El pobre hombre dio un paso tímidamente, engurruñó sus ojillos, se quitó el

sombrero y lo mantuvo entre sus manos. Me dio la sensación de que se había descubierto ante una tumba.

—No se alarme —continué—, María está bien. Es decir, no bien del todo. Mañana embarcará para Las Palmas, a que la vea un médico.

Soportamos un buen rato mirándonos en silencio. A Marcial le costó pronunciar.

—¿Ssse... se la puede ver?

Al entrar en casa de seña Frasca tenía yo curiosidad y temor por la reacción de la enferma. Pero no ocurrió nada. María estaba sentada en una banqueta muy baja y se entretenía en cortar papeles de diversos colores en trocitos diminutos. Al ver a Marcial sonrió por nada, con aquella risa suya infantil que terminaba con dos o tres sollozos. Luego volvió a su serenidad, a sus tijeras, y a sus papeles que, cortados en trocitos diminutos, llovíanle como un confeti multicolor sobre el halda.

Capítulo XIV

Cabe aquí una narración de Marcial, porque justamente cuando yo terminaba de escribir lo relatado por el médico, me llegó la voz del jorobado que trataba, pero no lograba, hilvanar un romance del mar y de perros perdidos. Era tarde agosteña, con el sol metido en el agua y alargando en un último esfuerzo sus tentáculos de cefalópodo, sus largos rejos de luz que hurgaban en la iglesia de Femés y en los ojos diminutos de Marcial. Sobre el muro del patio de Isidro, la silueta malhadada permanecía inmóvil y abstracta como una chumbera. Barranco bajo, en brazos del aire caliente, flotaban una y otra vez los mismos versos:

A la mar llegóse un perro
que de sed muriendo estaba.
A la mar llegóse un perro
que de sed muriendo estaba.
A la mar llegóse un perro
que de sed muriendo estaba.

—Bueno, Marcial, ¿y qué le pasó al perro? —le pregunté con sorna.

Pero al acercarme con ánimo de charlar me di cuenta de que el pobre hombre lloraba como un condenado. Tenía la vista fija en el estrecho de la bocaina, entre Fuerteventura y Lanzarote, sobre el mar. Respeté su dolorosa letanía y al llegar a las cuatrocientas o más repeticiones de los versos, se cayó del muro y quedó tranquilo y cual muerto sobre la arena de Femés.

Toda tragedia es dolorosa y su recuerdo insoportable. Aquel desdichado ser que ahora se ovillaba en tierra como último gesto para desechar el dolor, había adquirido la forma de una crisálida trágica, la ninfa señalada por un sino nefasto, de la cual acaso habría de surgir alguna vez el gran imago de sabe Dios qué virtud. La verdad es que toda aquella vida de larva o gusano la pasaba Marcial tejiendo y destejiendo el capullo de sus desgracias, sus «mortajitas», como él decía, alrededor del corazón. De aquellas mortajitas, la más densa era la que aquella tarde formaba un gran capullo de pena en cuyo interior yacía su cuerpo informe en el más desesperanzado abandono, sin atisbos, como siempre, de una metamorfosis redentora. Sabía yo de su angustia por el color del cielo, por el viento dorado que cruzaba la bocaina entre las islas, por el tajo de sol que cortaba la ladera de la Atalaya, por el oro derramado y brillante de los panascos sobre las lavas oscuras, por el mar, sobre todo el mar, que lucía verde y lechoso allá abajo, con los destellos siniestros de una pupila acusadora. La misma luz y el mismo viento de África habían tenido la culpa.

Muchos años atrás, Marcial recibió igual tibieza en el rostro, y el cielo como ahora tenía las luces de un ópalo cruzado por venillas de sangre. El mar, dorado y verdoso también, el calor, el mismo calor, el fuego de la tierra que hizo aullar al perro...

—No paraba de llorar, señor, se asfixiaba el pobrecito con el aire tan caliente. Sus pies descalzos apenas se estaban quietos porque la tierra parecía mismamente un brasero. Yo me lo llevé junto a la iglesia y allí nos sentamos, arrimados a la pared para aprovechar una tira de sombra que cada vez se estrechaba más. Le había puesto mi sombrero, jee, y estaba gracioso el chico, jee, con su cara tan seria y sus grandes ojos atentos al camellito verde que yo le hacía con una penca. Su madre había marchado muy temprano hacia Uga, a pisar el mosto, y hasta bien entrada la noche no estaría de regreso. De vez en cuando pasaba alguna mujer por la explanada y todas se acercaban para ver a Jesusito.

—El niño se te va a achicharrar, Marcial. No lo dejes al sol. ¡Dios lo guarde!

Algunas lo besaban, otras le limpiaban la nariz con un pañuelo y luego hacían cualquier carantoña para verlo reír o le daban unos céntimos, «para pastillas», decían. Pero a Jesusito le gustaba invitarme y cuando había reunido tres o cuatro perras gordas me las daba, y yo me acercaba a la venta a echarme un trago a su salud, jee. Todas las mujeres querían llevarse al niño a sus casas, pero yo halaba del crío y gritaba que lo dejaran quieto, que él sólo se hallaba bien conmigo, que yo era su tío Marcial y la madre me lo había dejado en responsabilidad. Y bien sabía yo lo que hacía, porque las mujeres se apenan con facilidad y les dan a los niños ajenos todo lo que pidan, y Jesusito en esto era abusador. A veces me lo devolvían hinchado de agua, con la panza como un odre a reventar. La madre de Isidro lo quería con locura y siempre que lo llevaba a la venta le daba unas cuantas pastillas de canela y el niño se nos ponía malo de la barriga. Además, yo quería hacer un hombre de Jesusito y no un «engolosinado», como los perros del pueblo o como yo, jee. Por eso lo arrancaba con furia de bajo las faldas de las mujeres, de sus brazos, de sus bocas y a menudo lo hurtaba de sus ojos. Porque muchas lo querían bien, pero otras, sabe Dios la envidia que guardaban a María, por su belleza, por la atracción que tenía para los hombres, pero aquella criatura tan preciosa que le vino al mundo y que yo siempre pensé era uno de aquellos ángeles del cuadro grande de la iglesia, y si no, algún hermano gemelo. Sí, señor, gemelo tenía que ser para parecérsele tanto. ¿Usted no ha visto el cuadro grande de la iglesia? Entrando, acá, a esta mano de la derecha. Aún puede usted verlo, aunque por estas fechas está como ennegrecido, tiznado, porque es un cuadro viejo y apenas se ven las figuras. Pero en días cercanos a la fiesta de San Marcial, la sacristana me deja la llave de la iglesia y desde antes de salir el sol ya estoy yo dale que dale, con un trapo y clara de huevo, frotando con cuidadito como me enseñó el cura, para limpiar las cagadas de las moscas en los cuadros de los santos. Porque hay más. Hay un cuadro acá, a la mano izquierda, que es el de Santa Lucía, guapa la señora, con rostro de cera y pelo del color de la miel, como triste y adormecida y sosteniendo un par de ojos en una bandejita. Y hay más, pero son santos reunidos que sólo conoce el señor cura. Está también el de San Marcial, que lo mandó Alfonso cuando estaba en Cuba. El cura dijo una vez que lo

iba a quitar porque aquello no valía dos perras, pero como se trataba de San Marcial y para Alfonso era un recuerdo, podía quedarse allí donde está, en el rincón del fondo, donde no llega la luz. Yo lo limpio igual que los otros y hasta me gusta ver el caballo blanco con las patas levantadas, asustando a la morería. Es un trabajo que me gusta hacer y esperando estoy siempre a que lleguen los días antes de la fiesta para sacar a la luz aquellas figuras, y verlas de nuevo, y hablarles y que me sonrían. Sí, señor, porque yo le hablo y me sonríen agradecidos cuando con las caras lavadas vuelven a este mundo y me ven vivo a pesar de mis desgracias, y nos ven a todos los que andamos por aquí. A Jesusito, digo, al angelito del cuadro grande, le salen unos colores como a las nubes cuando amanece. Yo le paso el trapo con mucho mimo y le voy contando cosas y cuentos que yo me invento, jee. Le lavo bien los oídos y le paso un pañuelo por la naricita. Cuando termino se queda sonriendo, con la mirada puesta en un rayo de luz azul que entra por la vidriera y que tanto parece gustarle.

Aquí —Marcial señalaba su pecho terminado en punta—tengo yo una congoja. Digo yo, que todo el mundo tiene su congoja menos aquellos señores que están en los cuadros de los santos y deben ser felices porque nunca hicieron cosa mala. Cuando limpio el rostro del ángel, pasándole un trapito con suavidad como me dijo el señor cura, a veces mis dedos tocan el borde del rostro y noto la cicatriz que tanto me duele. Uno es un desgraciado y un ignorante, dirá usted, y así mismo me lo dijo la sacristana cuando ocurrió aquello, sosteniendo un garrote en la mano para partirme la cabeza. El señor cura se enteró de lo que yo había hecho y me dijo que era una profanación, y que rezara cuanto supiera si quería salvarme y no dar con mis huesos en los infiernos. Yo estoy arrepentido, señor, muy arrepentido, pero nadie me ha perdonado, ni yo mismo, lo que hice. Había pasado ya más de un año de la muerte del niño y andaba yo sin consuelo de acá para allá, confundiendo las cosas; a veces el balido lejano de las cabras con aquel llanto suyo; otras la luna con sus carnes rosadas o el olor de la leche con sus propias carnecitas. Gimiendo y arrastrando los pies por los caminos pasé un tiempo como un bobo, como el «tonto Marcial», alimentándome de higos chumbos y algún mendrugo de pan que me echaban en el sombrero. Así hasta el día que me dio por entrar en la iglesia para arrastrarme bajo el caballo de San Marcial, que estaba al fondo de un gran nicho, con las crines sueltas al viento, erguido y furioso, con los cascos pintados de plata. La madre de Isidro estaba con la cabeza dirigida a San Marcial, pero tenía los ojos cerrados y un rosario en las manos, y yo la oía hablar muy bajito. Me senté en el banco de atrás y noté como un descanso y un fresquito bueno en el pecho. El sol entró también en la iglesia y se tendió en las losas y allí permaneció pálido y débil como yo hasta cerca de la hora nona. La sacristana apareció por una puertita que había junto al altar, encendió una vela junto a la imagen pequeñita de la Virgen del Carmen y luego le hizo una seña a la madre de Isidro, y ambas salieron y yo me quedé solo con aquel frescor en mi pecho, contemplando cómo tan despacito se iba muriendo el sol dentro de la iglesia. Fue entonces cuando sentí como si alguien estuviera mirándome fijamente. Volví la cara hacia la pared y me encontré con el niño que me sonreía como si aún estuviese en este mundo. Tenía los brazos abiertos como pidiendo que lo tomara en los míos y acerqué un banco para poder alcanzarlo. Sonreía y parecía feliz porque había otros

niños jugando con él, pero uno lo sujetaba por un pie y no quería soltarlo. Todo se había quedado muy oscuro de pronto y yo me fui hasta donde estaba la Virgen del Carmen y le pedí prestada la vela. La llama temblaba en mis manos y los niños movían la cabeza y se reían, digo yo, de verme asustado y nervioso, subido al banco y dándole besos a Jesusito. Pero la idea que me vino fue mala, señor, porque pensé que podría llevarme al niño conmigo, y sacando una navajita de mi pertenencia, comencé a recortar la agraciada figura del angelito. Por uno de sus bracitos iba cuando noté un tremendo tirón en mis calzones que me hizo caer sobre las losas. La sacristana comenzó a darme de puntapiés y arañarme el rostro y darme coscorrones mientras gritaba con gran enfado:

—¡Patán! ¡Bestia sacrilega! ¡Voy a terminar de partir en dos tu maldito cuerpo de pesadilla!

Tomó el palo que servía para correr las cortinas de la iglesia y me alcanzó por dos veces en los ijares. Fueron fuertes los golpes que recibí y corriendo como alma que lleva el diablo, y gritando de dolor, pude perderme tras las tapias del cementerio, donde pasé la noche sin poder moverme, gimiendo como perro apaleado, pensando sólo en que la paliza no me llevara a la fosa. Estaba medio cojitranco aún dos días después, cuando el señor cura envió a buscarme.

—Que el señor cura quiere hablar contigo, Marcial. Que vayas a la iglesia —me dijo el muchacho.

Yo no había salido del cementerio. De vez en vez me asomaba sobre las tapias y observaba a las personas que iban de un lado para otro; de las casas a la venta de Isidro, de la venta a sus casas. Algunas mujeres entraban a la iglesia. Por la mañana los hombres enfilaban el camino del campo. Pero cuando veía que algunas mujeres se encontraban y formaban corro, mi cuerpo temblaba como las hojas de la higuera en días de ventarrón. Sabía yo que hablaban de mí, y si en aquellos momentos me echaban sus garras encima, seguro que me enderazaban el cuerpo o me lo acababan de partir del todo, como la sacristana hubiera logrado si me alcanza con el tercer variscazo.

—Después de mucho rumiar la idea de presentarme al señor cura, logré salir de mi escondite en un momento en que no vi a nadie por la explanada, y con la mano puesta en mi cadera, como una cataplasma, crucé, casi arrastrándome, el descampado ante la mirada de la madre de Isidro que desde la puerta de la venta me descubrió y alzó la mano en plan de amenaza.

Don Abel, el cura, estaba en la sacristía y al pronto no pareció enterarse de mi presencia. Tenía el cuerpo inclinado sobre una mesa, donde había colocado del revés el cuadro de los angelitos. Con sus largos dedos tocaba con suavidad un gran corte en forma de S, a cuya altura, suponía yo, estaba del otro lado, la cara y el hombro de Jesusito. Mis dolores me hicieron gemir y el señor cura se volvió hacia mí y me sonrió haciéndome pasar. En verdad yo no supe qué me dolía más, si los moretones que me hizo la sacristana o aquel corte en forma de S del que no podía apartar la vista. Don Abel tomó un trozo de arpillera que ya tenía recortada en la forma y tamaño de un pañuelo y con una brocha la untó con una especie de engrudo. Luego puso aquel trozo de saco como un parche, cubriendo la cortada del cuadro. Lo

prensó con un libro grande, como el que usaba para leer la misa, y por añadir más peso colocó encima uno de los candelabros de plata. Terminado aquello, sacó un trocito de trapo del bolsillo de la sotana y comenzó a limpiarse el pegue que le había quedado en los dedos.

—Y bien, Marcial —me dijo con su sonrisa bondadosa y mirándose las manos—, trataremos de remendar aquí tu pecado, pero cosa tuya será poner un remiendo en tu conciencia.

Descansó su mano en mi hombro con suavidad, con aquella suavidad que todos conocíamos en él, y me envió bajo las patas del caballo de San Marcial, para que le rezara al santo patrón de Femés todas las oraciones que supiera. Así lo hice, aunque las retahilas que yo me sabía de corrido eran pocas para que el santo me borrara losdolores, bueno, el dolor, porque de los palos de la sacristana sané a los pocos días, pero este dolor de aquí dentro —Marcial señalaba la punta de su pecho—, este de aquí...

Digo yo —continuó—, que de cintura para arriba, Dios me hizo de esta forma para dar cabida a mis penas, porque dentro tengo como una cajita de muerto atravesada. Y así me pesa, desde aquel día que le contaba al principio, el día del calor, cuando me llevé al niño junto a la iglesia y allí nos sentamos, arrimados a la pared para aprovechar la tira de sombra que se iba adelgazando con prisa y se hizo menos ancha que la cinta de mi sombrero. Dicen que las cosas que ocurren están escritas ya desde mucho antes, pero yo, señor, no sé leer y así no me pasó por el magín que la desgracia venía ya hacia nosotros en aquel remolino de tierra que se veía avanzar por el llano de Los Ajaches, siguiendo al camión de Pedro el Geito. Por aquellos tiempos el camión de Pedro estaba recién estrenado y era cosa bonita con la pintura de fábrica, tan roja, y los guardafangos negros y los faros que parecían de oro. Cuando se le quitaba el polvo que recogía por los caminos, todo aquello quedaba tan brillante que había que engurruñar los ojos. Jesusito conocía el ruido del motor desde mucha distancia y se le alertaban las orejitas y gritaba entusiasmado: «¡Tío Pedro! ¡Tío Pedro!», y corría a esperarlo en el centro de la explanada. Todos los chicos salían de sus casas y se juntaban formando un gran alboroto, hasta que el camión aparecía, dando una pasada a todo gas y los muchachos se pegaban como lapas a la pared de la iglesia. Era un juego divertido, jee, y alguna vez me puse yo a torear al camión, más que nada por halar del brazo de Jesusito y ayudarle en el momento de la estampida.

Pedro, cuando tenía intención de quedarse en el pueblo, metía el camión en el patio grande de una casa que ya no existe, pero que estaba por allá del cementerio, donde se ven aquellas piedras amontonadas, junto a la datilera. Algún viaje tenía que dar aquel día del calor, porque paró en la puerta de la venta. Pero se apeó y me hizo señas para que me acercara. Los chicos rodearon el camión y con las manos atrás, observaban todos sus detalles.

—Toma, Marcial —me dijo alargándome un trozo de trapo viejo—, pásale la gamuza, pero ten cuidado que está ardiendo.

Rajé la tela en dos y le di la mitad a Jesusito.

—Ayúdame tú por el otro lado, pero cuidado no le pongas la mano encima que

está ardiendo, jee.

Jesusito se daba buena maña en el trabajo y los guardafangos, al quitarle la tierra recogida en los caminos, surgían negros y brillantes.

—Es el camión de mi tío Pedro —decía Jesusito.

Los chicos, siempre con las manos atrás, observaban en silencio y con envidia. Algunos se acercaban para ver sus caras reflejadas.

Cuando terminamos la faena, Pedro nos invitó en casa de Isidro; a mí con unos vasos de vino y al niño le compró unas pastillas de canela. ¡Qué ajeno estaba yo, señor, de que en aquel momento íbamos a enredarnos ya en la desgracia!, porque al apurar los vasos, Pedro me dijo que lo acompañara a Playa Blanca para descargar allí unas barricas y me daría unas perras. Me dijo también que a Jesusito le gustaría el paseo. Yo brinqué de contento, porque en el camión de Pedro, como corría tanto, siempre tendríamos vientecillo fresco en la cara y al niño se le quitaría la roña que tenía desde por la mañana por culpa del calor. Y así fue, porque de Yaiza para abajo, Pedro bajó la palanca de los gases todo lo que pudo, se repantigó en el asiento, colgó la pierna izquierda en la portezuela y con el volante cogido por una sola mano y la cabeza recostada hacia atrás, comenzó a cantar folias con toda la fuerza de sus pulmones. Yo no tenía miedo. Le aseguro, señor que si me aferraba con fuerza al cuerpo de Jesusito que iba sobre mis rodillas era para evitarle los golpes que yo recibía en los baches, que unas veces eran en la cabeza, contra las varillas del toldo, y otras en el culo contra las maderas del asiento. El camino era recto y en pendiente y como Pedro no hacía por evitar los hoyos, más fuimos por el aire que por tierra. Según Pedro, ya el camión conocía el camino y poco después de la salida de Yaiza le había dicho: «¡Adelante, machango!», como si fuera un caballo. Jesusito, ¡no quiera usted saber la de gritos, risas, palmadas y gestos de contento que hacía! Corríamos más que los moros delante de san Marcial, y a mí me daba envidia de Pedro, de su camión y de su vida.

—¡Eres feliz, Pedro! —grité.

No me oyó bien por los ruidos del motor y las voces del chico. Le grité más fuerte para que se enterara:

—¡¡Digo que eres feliz, Pedro!!

Pero bien merecido se lo tenía y su trabajo le había costado. Desde los catorce años estuvo enrolado en los barcos veleros y allí —según he oído decir a todos— se partía el lomo trabajando. Pero tenía bien ganado el camión, sí señor, porque era buena persona, muy trabajador y siempre preocupado por hacer unos ahorrillos.

A Pedro lo aprecio yo todavía como si fuera un hermano mío, a pesar de que aquel día quise enterrarle un cuchillo en el pecho, según me enteré después por la gente, abajo, en la venta de Playa Blanca. Y si así fue, Dios y Pedro me lo tengan perdonado.

En aquel entonces había dos ventas en Playa Blanca, pero la más importante era la de Trinidad, que tenía un sombrajo de hojas de palmas delante de la puerta y unas mesas muy aparentes para comer, beber o jugar a las cartas. Allí descargamos las barricas, mejor dicho, descargaron las barricas entre Pedro, Trinidad y su marido, porque yo apenas bajé del camión me quedé como distraído mirando al mar y no me

avisaron para que les echara una mano. Cuando llegamos, la arena de la playa estaba tan caliente que Jesusito no podía estar descalzo. Trinidad le regaló un par de lonitas coloradas y el chico se fue hasta la orilla, a echar palos al agua y a buscar conchas y a corretear de un lado para otro. El marido de Trinidad nos invitó con unos vasos de vino y entre vaso y vaso le propuso un negocio a Pedro.

—Aquí no se consume todo lo que se pesca —le dijo—. Con tu camión podrías llevar el pescado a los pueblos y venderlo por ahí. Puedes venir todos los días, por la mañana temprano que es la hora de la llegada de las barcas. ¿Qué te parece?

—Me parece bien. Podemos probar —asintió Pedro.

Yo pregunté si haría falta un ayudante aunque fuera para gritar en los pueblos la llegada del pescado. Pedro se rió y me dio una palma en la peta.

—¡Pues claro, hombre! —dijo. Y continuamos bebiendo. Trinidad estuvo observando el camión.

—Con este calor y la subida hasta Yaiza va a reventar esta cafetera.

Pedro pensaba lo mismo. El regreso iba a ser duro.

El marido de Trinidad nos dijo que nos quedáramos a comer con ellos, que la hora buena para regresar era por la tardecita, con la brisa ya más fresca. Nos harían un buen sancocho de pescado con batatas. Por mi parte acepté de entrada, jee, porque pensé en Jesusito, a quien no le iría mal un trozo de pescado fresco, jee. Pedro tampoco se hizo de rogar. Y así comimos aquel día un sancocho de mero que estaba sabroso y unas batatas de Sóo, dulcitas, unas blancas y otras amarillas como si fueran de huevo. El vino era de Uga, del que nosotros habíamos llevado, y aunque estaba algo caliente, a mí me daba un frescor en la garganta, como si me limpiara toda la tierra que había tragado en el viaje. Comimos dentro, en el comedor de la casa, y ellos se sentaron con nosotros. El niño comió con ganas y aprisa, porque estaba deseoso de volver a la orilla del mar, a seguir con sus conchas y correteos. Trinidad nos hizo café y lo sirvió en unas tacitas azules con asas doradas que, según nos dijo, se las habían regalado el día de su boda y no le quedaban del juego sino aquellas cuatro. Bueno, después le quedaron tres, porque yo le di con el codo a una y se hizo ciscos contra el suelo. Yo lo sentí como si fuera mía y me dio por abarruntar desgracias y ponerme triste, ya para toda la tarde.

Pedro y el marido de Trinidad, siguieron bebiendo después de la comida y hablaban de esto y de aquello sin que yo interviniera en la conversación porque tenía la cabeza pesada y se me cerraban los ojos con la modorra del tiempo y, digo yo, que también sería por la digestión del sancocho y el disgusto de la tacita rota.

Mediada la tarde, llegaron a casa de Trinidad dos pescadores. Uno era Salvador, que tenía un vozarrón como un trueno, y el otro no recuerdo como lo llamaban. Organizaron una partida de envite bajo las hojas de palma y yo me fui hacia el mar en busca de Jesusito.

Tenía el chico todas las de gozar, con su montoncito de conchas, sus vidrios de colores y unos pescaditos verdes que había puesto a secar sobre la arena. Me pidió que le quitara las ropas y lo dejé en cueros, como Dios lo echó al mundo. Eso sí, que aún seguía el calor y tuve que dejarle las lonitas coloradas y le presté también mi sombrero para que el fuego no me lo quemara por arriba ni por abajo. De la venta de

Trinidad me llegaban los gritos de los jugadores que, entre vaso y vaso, lanzaban sus envidos y sus sietes, con tal fuerza, que parecía que se peleaban. Busqué la sombra de un bote y traté de echar una siesta para disipar el mal que me había hecho el vino. Y trabajoso fue para el tiempo el arreglo de mi cabeza, porque al abrir los ojos el sol estaba ya por desaparecer. Fui a dar con la gente que seguía jugando con las cartas, vociferando, bebiendo, entre gritos y carcajadas. Tenían un círculo de botellas vacías en el suelo y sobre unos cajones quedaban los vasos y platos con restos de pescado. Pedro tenía el rostro encendido, los ojos aguados y sudaba. Los otros también estaban borrachos. Salvador se había desabrochado la camisa y no paraba de chillar con aquella voz tan fuerte que tenía y por lo que le llamaban Salvador el Comecuras.

—¡Mándate un tángano, Marcial, que tienes el color cenizo! —gritó Pedro.

Pero al tomar el vaso que me brindaba tuve la desgracia de que se me resbalara de la mano y le eché el vino sobre los pantalones y quedó húmedo como si se hubiera meado. Pedro tumbó la silla al levantarse y me arreó una patada que me lanzó fuera del sombrajo.

—¡Este condenado petudo no hace cosa derecha, coño! —me insultó.

Sobre la arena me dieron ganas de llorar, por mí, desde luego, porque a Pedro le perdonaba yo estas cosas porque sabía que estaba perdiendo en el juego y además porque estaba borracho y ya no era dueño de lo que hacía ni de lo que hablaba. Me acordé de la tacita azul de Trinidad y encima el vaso, que también se rompió al caer. Y otra vez me puso acongojado en pensar que aquello era anuncio de mal agüero. Mientras jugaban, yo me fui hasta el camión y me senté en uno de sus estribos y allí me dio por entintar las cosas. Llamo yo entintar a ponerlas negras. Pensé que la noche sería peligrosa para el regreso y más con Pedro borracho como una cuba. El camino era recto casi hasta Yaiza, pero el camión podría volcar en algún bache grande... Claro que subiendo iríamos despacio, pensé también para consuelo. El miedo, sin embargo, no se me iba, pues imaginaba que algo nos tendría que pasar por culpa de mi mala sombra. A Pedro le gustaba correr y con la borrachera que tenía... por momentos me figuré a Jesusito como muerto, con un corte en la frente, con sangre... A lo mejor no iba a pasar nada. A lo mejor eran cosas mías, a lo mejor, si acaso, el niño se iba a partir los dientes por un frenazo, o se iba a trillar una uñita con la puerta del camión. A lo mejor ni eso, a lo mejor eran cosas que a mí me gustaba entintar.

Rodeado por aquellos presagios me acerqué de nuevo a la venta y le dije a Pedro que ya era hora de marcharse, que la noche se nos venía encima y el camino era malo. Pedro dio por terminada la partida, se levantó y miró hacia la playa, hacia donde estaba jugando Jesusito.

—Voy a darme un baño —dijo.

El mar estaba sereno como un estanque. Pedro corrió en dirección de unas barcas varadas, detrás de las cuales se quitó la ropa y luego le vimos andar sobre la arena en calzoncillos. Fue hacia el niño, lo subió a sus hombros y trotando como un caballo se lo llevó al agua. Se puso a nadar para atrás y Jesusito, montado a horcajadas en su barriga, gritaba de contento manoteando en el agua.

Trinidad, desde la puerta de la venta, parecía divertida con la escena y me dijo

que el niño la estaba gozando de lo lindo y que era un niño muy bonito y que se veía que lo queríamos mucho.

De pronto Salvador apartó la mesa de un golpe y corrió hacia la playa seguido por el otro pescador. Antes de llegar al agua se habían quitado las camisas y se lanzaron de cabeza y comenzaron a bracear con todas sus fuerzas. Entonces me di cuenta que delante de ellos no había sino mar, que no se veía a Pedro ni al niño. Sólo un poquito de espuma y una ola pequeñita que se alejaba de la playa. Trinidad emitió un grito y luego se tapó la boca con el delantal y sus ojos miraban con terror, como los de su marido, hacia el mar. Yo me eché al suelo y me tapé la cara y empecé a arañar la arena. No le puedo decir lo que sentía, no señor. No puedo decírselo. Después perdí el tino en una fatiga larga.

Cuando volví al mundo vi un grupo de hombres que corrían por la venta. Traían a Pedro, del cual sólo alcancé a ver un brazo que colgaba sin vida. Por un momento volví a quedarme sin vista y con ganas de vomitar. Cuando pude levantarme me dirigí a la orilla, donde estaban reunidas varias mujeres que lloraban. Trinidad se acercó a mí y me dijo entre sollozos que el niño... que el niño lo estaban buscando. En el mar —¡tan calmoso, señor!—, dos botes repasaban una y otra vez por el mismo sitio. Algunos hombres nadaban y se zambullían, y otros, desde las barcas, miraban con mirafondos. Una de las mujeres se sonó con fuerza y suspiró, luego apretaba y apretaba el pañuelo entre sus manos.

—¡Ay, qué desgracia tan boba! ¡Con el mar como una balsa!...

Otra dijo que a Pedro se le habría cortado la digestión. El marido de Trinidad se llegó hasta el grupo. Venía de la venta y tenía el rostro desencajado.

—Pedro está vivo. Tuvo que ser un corte de digestión

Dio una patada en la arena y exclamó:

—¡Qué mala suerte, coño!

Yo no lloraba, no señor, yo no tenía mi tino completo y sólo notaba que no podía cerrar la boca y no comprendía bien si estaba soñando una pesadilla o si aquello todo era de verdad. Pensaba que no volvería a ver a Jesusito. Mi cuerpo no paraba de temblar.

Uno de los hombres que estaba en las barcas alzó un brazo en señal de haber descubierto algo. Las mujeres dejaron de llorar y como si una fuerza no empujara a todos, nos metimos en el agua hasta las piernas para ver mejor lo que ocurría. Los pescadores se inclinaban sobre las bordas y uno de ellos, tomó una vara larga, un bichero que le dicen, y lo hundió en el agua.

Yo no sé cómo lo hice, si con rezos como es debido o hablándole como a usted ahora, pero a Dios le pedí que Jesusito no estuviera verde. Porque ya por dos veces había visto sacar ahogados. Uno allá en los pozos de Papagayo, un muchacho de catorce años que cuando lo sacaron tenía un color de miel oscurecida, como las támaras. El otro fue aquí, en Femés, en el aljibe de la casa de Alfonso. Era un perro y estaba verde.

Pero no ocurrió nada de lo que esperábamos, no señor. Del cuerpo de Jesusito no se encontró ni rastro, únicamente que cuando sacaron el bichero del agua, llevaba en el extremo una de las lonitas rojas que le había regalado Trinidad. Aquello hizo

que las mujeres se pusieran a llorar con más fuerzas.

A Dios pude pedirle otra cosa, pude pedirle que no me abandonara y me diese valor y resignación para soportar la tragedia como buen cristiano, pero no lo hice y el maldito diablo aprovechó la ocasión para meterse en mi pecho. En verdad no sé contra quién sentí una rabia tan grande que mis ojos se llenaron de sangre y no veía, y de la boca me salía espuma y apreté los puños y me clavé las uñas. Corrí hacia uno de los botes que estaban varados y, sin detenerme, recogí un cuchillo que allí había visto poco antes. Era un cuchillo grande y oxidado que usaban para escamar y con él comencé a dar cortes al aire, como para sacar la panza de una bestia embrujada que se me venía encima. Luego corrí hasta la casa de Trinidad y allí quise clavar el cuchillo en el pecho de Pedro. Esto último que le digo no es que lo recuerde de entonces, porque bien se ve que yo no tenía conciencia de mis actos. Esto me lo han contado varias veces mis amigos, cuando nos topamos por ahí, entre vaso y vaso. El marido de Trinidad me dijo una vez que yo parecía un escorpión, con el cuchillo en la mano y queriendo encontrar el pecho de Pedro.

—Saltabas de un lado para otro en la habitación, sobre la cama y contra las paredes. Fue difícil sujetarte y gritabas insultos y echabas espumarajos por la boca como un poseído.

A uno de los pescadores le di un tajo en un brazo y siempre que nos encontramos se remanga la camisa y me enseña la cicatriz.

—Aquel día parecías un escorpión —me dice.

No hay dolores que maten, no señor. Los dolores si matan se hacen cortos, digo yo. Los verdaderos son los que llevan años tras años, toda una vida dentro de uno y se van haciendo largos y anchos como la mar, y se vuelven negros y arden como las piedras de los malpaíses.

El diablo salió de mí cuando veníamos de regreso, camino de Femés. Me di cuenta de las cosas y fui aparejándolas en mi cabeza. Era ya de noche y el camión de Pedro venía lleno de gente y le costaba subir las cuestas. Salvador iba al volante y yo me coloqué donde la carga, sentado en un rincón, entre cuatro hombres que miraban entristecidos el camino que dejábamos atrás. Pregunté por Pedro y me dijeron que ya estaba bien, que iba delante pero no se encontraba con ánimo para conducir. Luego seguimos en silencio el resto del viaje, a través de las lavas y la noche, oyendo sólo el runruneo del motor. Había luna y a mí me pareció estar en una habitación oscura con un ventanillo redondo por donde se entraba la luz del día, la luz de Femés de la isla toda, donde ocurrían las cosas, donde vivía la gente... Bueno, yo me entiendo, jee...

Antes de llegar a las primeras casas del pueblo, me puse en pie y le grité a Salvador que amainase la marcha, que yo me quedaba por allí. Y cuando doblaba la última curva, me hice un ovillo y me lancé a tierra y rodé unos metros y quedé sentado en el camino. Nadie dijo nada y yo vi cómo se alejaba el camión y vi la silueta de aquellos hombres con sombrero, quietos y silenciosos, mirándome, mirándome.

Me dirigí a casa de María, pero ella no había llegado aún. No podía tardar mucho y me di prisa en arreglar las cosas. Bueno, arreglar las cosas para darle la noticia, porque pensé que en el pueblo nadie iba a tener valor de decírselo, así, de

pronto. Yo tampoco, yo menos, como usted comprenderá. Pero durante el viaje en el camión recordé que una vez aquella tía suya, la bruja, había salido de un apuro semejante sin necesidad de dar la cara. Y yo me propuse hacer lo mismo. Era sencillo. Busqué por los alrededores unas ramitas secas y las dejé sobre la camita de Jesusito, formando una cruz. Luego me alejé de allí, me fui a la ladera de la montaña y, oculto tras de una tunera, me puse a llorar para darle alivio al pecho. Desde mi escondite podía ver cómo acudía la gente a la venta de Isidro. Junto a la puerta se formaron algunos grupos y hasta mí llegaban, traídos por el viento, los murmullos y suspiros de las mujeres. De repente todas aquellas personas desaparecieron y hombres y mujeres se apresuraron a meterse en sus casas y al poco se apagaron todas las velas y Femés quedó a oscuras y como azul por la luz de la luna solamente. Yo me figuré que alguien había dado el aviso del regreso de María. Y así fue, porque no tardó en aparecer la silueta negra destacándose sobre el muro largo y encalado de la casa de Alfonso. Al llegar a la iglesia torció a la izquierda y en aquel instante vi que la madre de Isidro cruzaba la explanada como para alcanzarla, pero no pudo, porque María llegó a su casa y al momento se rompió el silencio de la noche con un grito tan agudo que me puso la carne de gallina. Los perros todos de Femés y alrededores comenzaron a ladrar furiosamente y luego aullaron largo... Yo metí la cara en tierra y aullé también y me vino la espuma a la boca. El pueblo pasó la noche en continuo alboroto, pero a María no fue posible encontrarla. Contaba la madre de Isidro que ella la había visto, que gritaba y corría como loca y que quiso atajarla pero no pudo, y que se perdió tierras adentro. Sí señor, loca se volvió la pobre y durante más de quince días estuvo por esos campos sin que nadie la viera, pero de otros lugares nos fueron llegando comentarios. En La Geria, por ejemplo, por la noche oían aullidos muy largos que no eran de perros. Abajo, por Papagayo, aparecieron cabras ordeñadas por duendes y allá, por la villa de Teguise, decían de una mujer muy hermosa que se plantaba en mitad de los caminos y silbaba a los hombres y luego se les echaba encima a morderlos y a sacarles los ojos. El diablo, decían que era, pero aquí en Femés sabíamos que se trataba de María, que con la razón quitada andaba de un lado para otro como barco sin gobernalle.

Una tarde se llegó hasta aquí un hombre del pueblo de Mácher, a quien llamaban «el Conejo» porque tenía la cabeza que se le parecía. Traía la mano derecha vendada y el rostro tan lleno de rasguños que pensamos si se habría caído entre las tuneras, pero él nos contó que durante la noche, al filo del amanecer, se había topado con un fantasma en forma de mujer y le mordió la mano y casi se le lleva un dedo. Luego señaló su rostro y dijo: «Miren cómo me puso».

Dos noches después de esto, estando reunidos los hombres en la venta de Isidro, oímos aquel aullido prolongado que no era de perro. Sonaba en lo alto de la Atalaya y al pronto se nos quedó la sangre como helada en las venas.

Capítulo XV

Trasponía el sol las chatas montañas, blancas y negras colinas de Saimor, Cerro de los Palomos y Santa Catalina, volcán. Por la llanura de jabíes[23] y caliches corrían las sombras de los montes como tres dedos negros. Atrás, lejos aún, venía la sombra grande, la sombra de Timanfaya, que ya no es ni sombra de cordillera. Por allí está la Montaña del Fuego, que es el corazón y permanece caliente como si la isla recién acabase de morir.

Sobre las cenizas del Llano de Los Ajaches están las ruinas de San Cristobalón, que fue iglesia o ermita, y de la cual sólo quedan cuatro muros bien desvencijados.

De la figura de don Abel, pocos trazos tenía yo en mi cabeza. Los narradores de esta historia apenas lo habían nombrado. Únicamente recordaba yo la escena que me describió Marcial, cuando su fechoría con el ángel del cuadro. Pensé que sería un hombre lleno de bondad, parsimonioso en los gestos y dulce en sus palabras. Imaginé sus ojos serenos y el rostro sonriente y tan propicio para impartir el perdón entre los pecadores. También, en alguna ocasión, oí de la forma de sus manos, largas y pálidas. Con esto tenía yo un retrato mental de aquella persona que me parecía llena de equidad y delicadezas, que tenía las miras puestas por encima de los pecadillos banales. Al menos así sería por aquellos años, cuando era el cura de Femés. En esto pensaba, camino de la ermita de San Cristobalón, la tarde que me dio por ir a visitarlo.

En medio del llano, y tal como me habían dicho, se alzaba un gran cono de cenizas volcánicas, un cráter fósil rodeado de tierras negras y rojas con manchas claras de feldespatos y calizas. Dos altas palmeras señalaban la cercanía del pozo y, a corta distancia, ya sobre las arenas oscuras del volcán, divisé una pequeña casa encalada con un balconcillo de madera en lo alto. El sendero que yo seguía me llevó a un barranquillo en cuyo fondo unas grandes piedras en círculo formaban la boca del aljibe. Una figura con amplio sombrero de paja trenzada se entretenía en vaciar cubos de agua en una especie de poceta formada con lajas y cal. Estaba de espaldas a mí y se encorvaba para derramar el líquido lentamente. Tenía sobre los hombros a modo de chaqueta, una vieja guerrera de soldado con parches de otra tela en los codos, sin botones, hombreras ni bolsillos. A juzgar por lo que se veía, el vestido parecía aún más viejo y descuidado. Cuando nuevo pudo ser negro, pero ahora, aquella especie de faldón tenía un color entre verdoso, pardo, gris o ceniza que yo nunca he sabido distinguir, porque es el color de los gatos más vulgares. Una tierra rojiza, propia de los contornos, se adhería al ya encartonado tejido. Por un gran roto, a la altura de las canillas, se veía algo así como un hueso delgado, reblandecido.

[23] una especie de manzana silvestre y pequeña.

Le di las buenas tardes pero no me contestó. Ni siquiera se volvió para verme. Continuó un rato echando lentamente el agua en la poceta. Yo me senté a descansar, esperando que me brindase un poco del apreciado líquido. Tres cabras descendían por la ladera del barranquillo y otras cuatro se quedaron en el borde y sus siluetas se recortaban contra el cielo.

Pregunté por don Abel, pregunté también por la ermita de San Cristobalón. La extraña figura, que me pareció de mujer, enderezó el cuerpo y se volvió hacia mí. Me miró con unos ojos grises, luminosos y escrutadores. Se quitó el sombrero y sus cabellos blancos se desordenaron con el aire.

—Un servidor —dijo—, un servidor fue cura de Femés.

Reparé en la sotana cuyo cuello se abría sin forma como un desgarrón, dejando a la vista parte del pecho enjuto, cubierto por una tenue pelusa cana. Me impresionó la nuez muy saliente, y el esternón y las clavículas que en conjunto formaban una gran cruz. En el rostro se habían perdido los rasgos de otros tiempos y era imposible tratar de adivinarlos. Sus ojos grises estaban muy en el fondo de las órbitas y los músculos faciales se escurrían y la piel se pegaba a los pómulos y sobresalían recias las asas de la calavera. Tenía ante mí un viejo envuelto en harapos que me miraba atentamente. Le pedí un poco de agua y lanzó una exclamación:

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí! ¡Cómo se me ha olvidado! —me alcanzó el cubo—. Dar de beber al sediento es una obra de misericordia, ¿verdad? ¡Ah, debemos cumplir! Beba usted, es agua que yo he sacado del pozo y soy yo quien se la ofrece, no se olvide, no lo olvide usted.

Me sorprendió la energía de su voz y un rictus de malicia que hizo encajando los dientes.

El agua tenía un gusto salobre pero estaba fresca.

—¿Ha venido usted solo? —preguntó.

Yo asentí y el viejo cura atisbo los alrededores con desconfianza.

—No hay nada que ver por aquí. Pero si está usted cansado continuaré con mis obras de hoy —lanzó una risotada al cielo—. Daré posada al peregrino, ¿eh? ¿Qué le parece? Pero no lo olvide, no lo olvide usted. —Y de nuevo encajó los dientes con furia.

Poco después trepamos la ladera del barranquillo. Él iba delante, con una mano apoyada en la pierna, cojeando levemente, pero avanzaba con tal decisión que me sorprendió a sus años. En la mano izquierda llevaba el sombrero y movía el brazo como si se esforzara por seguir un ritmo de marcha militar. Así pasamos junto a las dos palmeras y nos metimos en el llano de las arenas oscuras. Don Abel señaló la izquierda:

—Allí está la ermita de San Cristobalón. ¿Me preguntaba usted por ella? Pues allí está. Bueno quedan los muros.

Entre cortinas de polvo que el viento arremolinaba, pude distinguir vagamente la silueta de las ruinas. Seguimos hasta la casa encalada, la casa de don Abel, rodeada por piedras negras y rojas de volcán. En la pared baja tenía dos habitaciones y una escalerilla exterior que comunicaba con un balcón de madera, en lo alto.

—Esta es mi casa —pronunció—. Bueno, la suya. No es más que un chozo, pero

para mí es demasiado, sí, es demasiado. Tanto como un palacio. En verdad ésta es su casa. Usted es mi huésped y yo cumplo ofreciéndosela. Doy posada al peregrino. ¿No es así?

—Es usted muy amable —dije y me senté a la sombra.

Don Abel penetró en la casa y salió al poco con una botella de vino y un vaso. Me entregó ambas cosas.

—Sírvase usted mismo. Sírvase cuanto quiera —insistió—. Es un vino bastante agradable. Al final notará el gusto de la uva. Eso dicen.

—¿Y usted no bebe? —observé.

—Hace muchos años que no lo pruebo. Lo tengo prohibido. Me lo prohibieron, sí, señor —miró al cielo y lanzó de nuevo una risotada maliciosa—. Usted atará cabos cuando piense que ya no soy un sacerdote.

Y recogiendo un poco de la sotana en un puño, lo adelantó ante mis ojos y añadió:

—Esta vieja estameña imprime carácter a mi vida. Porque la lucha sigue, la lucha no ha terminado.

El viento pareció amainar y la atmósfera se volvió más clara. En la lejanía podía divisarse el caserío de Yaiza y la torre de la iglesia.

—Debe sentirse muy solo aquí —dije.

—Aquí estoy conmigo y no crea usted que esto es soledad. Por mi aspecto piensan que soy pobre, pero hace ya mucho tiempo que dejé de serlo. Tampoco soy rico. Y es que mi vida marcha por otros derroteros. La riqueza y la pobreza, el placer y el pecado, son términos que no entiendo. En verdad, en mi juventud me dediqué a aplastarlos como cucarachas y ahora no existen aquí —señaló su cabeza—, no existen.

Tomó asiento a mi lado y permanecimos silenciosos, contemplando la puesta de sol. Yo me serví otro vaso de vino. Don Abel miraba como hipnotizado el disco solar que hermosamente encendido tocaba ya el horizonte. De pronto se puso en pie.

—¡Icaro! —exclamó—. ¡Es Icaro quien cae envuelto en llamas! ¡Fúndase el fuego con el fuego! —se entusiasmó aún más—. ¡Nunca jamás! ¡Oh, luz! ¡Nunca jamás! ¡Diablos, dad cuerda al reloj! Así sea. Así sea.

Oscurecía lentamente.

—Mañana la luz será de nuevo con nosotros. El sol volverá a surgir —dije.

Me agradaba ver al anciano con aquel coraje, como un guerrero de una, para mí, desconocida batalla. No se enfureció por mis palabras. Su rostro adquirió serenidad y me miró con cierta altivez.

—Y yacerá —sentenció—. Así una y otra vez hasta el fin. Y el fin será una caída. Entonces tendremos el gran susto.

Permaneció mirándome con fijeza. Me tomó de la mano.

—Venga conmigo. Le enseñaré las ruinas de San Cristobalón.

Las cuatro paredes que aún quedaban de la ermita, parecían sostenidas por un milagro. Por fuera apenas se veía algún que otro manchón de la cal que revistió en su tiempo. En el frente se conservaba el arco de la puerta y encima el inicio de lo que fue un pequeño campanario. El interior estaba ahumado en su mayor parte, pero a

trechos sobresalía el color rosa fuerte del último enjabelgado. Me extrañó ver allí un jergón y unas viejas mantas, un candelabro con un velón ya mediado y una pila de libros forrados con piel de cabra.

—Aquí vivo yo —dijo don Abel—. Aquí duermo bajo el menor de los techos —señaló el cielo—, y a veces me voy por el camino de Santiago adelante en busca de camorra. Porque a mí me gusta la pelea. Me gusta la guerra en que estoy metido. ¿Y usted, no ha batallado alguna vez?

—No —contesté cortésmente—, no he batallado nunca.

—¡Ah!, ¡un hombre de paz! —exclamó haciendo chasquear sus dedos en el aire—. Usted también es necesario, sí, y el orden público y el Papa, para que mañana salga otra vez el sol.

En el exterior de la ermita la tierra estaba apelmazada formando una plazoleta. Un espeso cerco de tuneras marcaba los límites.

—Esto era la plaza —señaló don Abel—. Y cuando era la fiesta de San Cristobalón las gentes de los pueblos cercanos acudían aquí a divertirse. Venían desde muy temprano y pasaban toda la noche de velillo, entre cantos, bailes y cohetes. Había de todo. Alrededor de la plaza levantaban un verdadero campamento de ventorrillos con palos, sacos y sábanas y asaban conejos y cabritos, y el olor de los adobos rodeaba al santo en la procesión como un incienso pagano de oréganos y tomillos. Algunas mujeres se traían unas cajas grandes como baúles, llenas de turrones, y alzaban la tapa y se sentaban en pequeños bancos y pasaban el tiempo usiando, cuando no las moscas, las manos de los chicos. Ese día, como era costumbre, decía yo unas palabritas de más en el sermón. ¡Tonterías al fin y al cabo!, porque todos los que me escuchaban sabían de sobra dónde tenían su dios y dónde su diablo. Al santo le traían ruedas de promesas y las encendían a su paso, ya de noche, y a mí me gustaba verlas coletear entre pavesas y tracas, como rabos de satanes furiosos, ante aquel indiferente trozo de tea que eran Cristobalón. Luego se organizaba el baile hasta la madrugada, y corría el vino y se desataban las pasiones. En la última fiesta… —Don Abel dejó la palabra en el aire, apoyó una mano en la pared y agachó la cabeza. Permaneció así, con los ojos fijos en una piedra como si tratara de escudriñar en su memoria.

Repentinamente miró hacia el horizonte.

—Pronto entraremos en la noche. La pureza y la muerte son frías. Es mi descanso.

Su figura pareció invadida de una profunda tristeza. Me apenó descubrir su soledad, su vejez, la futileza de los pocos años, acaso meses, que le quedaban por vivir. Regresamos a la casa.

—Me gustaría pasar la noche aquí —dije, parado ante la puerta.

El viejo abandonó por un momento su aspecto taciturno y sus ojos me miraron indagadores. Pareció animarse.

—Puede hacerlo. A veces tengo visitas y pasan unos días conmigo. Puede quedarse todo el tiempo que quiera. Venga, pase aquí dentro. A mí gusta la compañía, sí, a veces siento la necesidad de hablar con alguien. Es mucha mi soledad, lo comprendo, es mucha mi soledad.

Reafirmaba la última frase con un continuo movimiento de cabeza.

El interior de su vivienda era una habitación de paredes encaladas y desprovistas de adornos. Únicamente un gran clavo que podía servir de percha. En un rincón, un catre de tijera, junto al cual una pequeña barrica hacía las veces de mesita de noche. Dos viejas sillas de madera pesada y un aguamanil. Esto era todo.

—Si usted se aviene a esta incomodidad puede pasar aquí la noche. La puerta debe dejarla abierta para que le entre un poco de aire. No tenga usted cuidado, aquí nadie vendrá a molestar su sueño. Por no haber nada, no hay gatos ni ratones. En otros tiempos sí que los hubo. Me refiero a los ratones.

Don Abel dejó caer sus brazos con desaliento.

—Nadie ganó aquella batalla —prosiguió el cura como si hubiera una conexión en su cerebro—, nadie la ganó. Todos fuimos vencidos de repente. Todos. Luego comenzó el dolor y la ciega rebeldía, y de nuevo el dolor y el fracaso y la desesperanza. Los ratones, ¡ah, ellos esperaron un mes y luego se fueron! Yo los vi marchar. Primero dos, después seis, después todos, muchos enflaquecidos, tristes, como una lenta caravana de esqueletos arrastrándose hacia la noche, hacia el frío, adonde aún no han llegado. No, no han llegado todavía y siguen muy empequeñecidos y asustados, sin dirección fija. Algunos han vuelto a pasar por aquí, ciegos ya, y se detienen brevemente y levantan sus hocicos y parecen recordar el olor del queso. Pero en seguida prosiguen su marcha y desaparecen por los grandes orificios de los años. A mí me divierte verlos ahora, cuando ya sin luz en los ojos, sin fuego, sin una chispa de fuego, se disponen a morir. Es mi razón. El tiempo ha ganado la batalla por mí. ¡Pobres diablos!

De pronto dio dos palmadas, como si espantara algún animal.

—¡Hala! ¡Hala! —exclamó.

El sol terminó de ocultarse.

—Usted dirá de mí...

Pero yo no dije nada. Me habían gustado sus palabras sobre los ratones.

En la otra habitación don Abel guardaba una serie de cosas absurdas. Varios candelabros de diversos tamaños, grandes cajas con jabón azul en barras, moldes de quesos, cajones llenos de cirios y herramientas de labranza. Un tonel de vino se desangraba lentamente sobre el piso. En un rincón opuesto, una mesa cubierta de polvo. De las paredes colgaban algunos cacharros de cocina y un cedazo. Todo estaba impregnado de un tizne oscuro.

Don Abel me entregó un cirio grande.

—Tome esto —me dijo—, tendrá luz para toda la noche y para mañana y pasado mañana, si usted quiere quedarse unos días...

Me dirigió una mirada suplicante.

—Acaso a usted le guste leer durante la noche —continuó—. Yo tengo algunos libros allá, en la ermita. Teosofía, Historia Natural, Astronomía... Le puedo prestar algo de Flammarion o de Plinio. ¡Ah, son unos libros viejos, viejísimos! Pero ayudan a pasar el insomnio y la soledad. A veces le alivian a uno el susto, los pequeños sustos, claro, las zozobras. ¿No las tiene usted, no tiene pequeños sustos? En ocasiones, mientras estoy descansando, siento como si lejos, en la costa, se

removieran las aguas. Y eso me afecta. Un ojo cerrado y otro abierto, sí. Así tengo que pasar la noche, porque la bestia de siete cabezas y diez cuernos puede volver y ha de encontrarme de pie, como siempre, como encontró a Miguel arriba en el cielo.

Con mano temblorosa encendió el cirio que yo sostenía y nos adentramos en la habitación donde estaba el catre.

—¡Ya fue mala suerte que cayera aquí, en la Tierra, esa inmundicia luminosa con tantos cuernos! —exclamó.

Coloqué el cirio sobre un cajón y se hicieron visibles las telarañas llenas de polvo colgando del techo. Don Abel arrastró un saco que había debajo de la cama.

—Aquí tengo algo de comer —dijo.

Metió la mano y me ofreció un puñado de higos secos.

—Tome usted lo que quiera. También hay almendras y queso en el fondo.

Se llenó los bolsillos de la sotana.

—Espero que duerma bien. Nadie vendrá a molestarle, no, nadie le molestará aquí. Buenas noches.

Y me dejó solo.

No me acosté. Salí al exterior y me senté junto a la puerta. Aún quedaba vino en la botella y llené el vaso. Me entretuve mirando el paisaje nocturno mientras bebía a pequeños sorbos. No fue noche de luna, pero las estrellas se cuajaban cada vez más y el cielo fue adquiriendo un tono brillante, lácteo y azul. La tierra parecía una inmensa piel de cabra, con manchas cenicientas en los caliches. Por la zona de volcán, la negrura era intensa y semejaba un océano tenebroso y mineral. Entre el oleaje inmóvil petrificado, surgía una luz débil. Por las ruinas de San Cristobalón, don Abel marcaba su fondeadero en la soledad. El viento amainó bastante y sobre el campo se posó un profundo silencio.

Dejé que pasara el tiempo y cuando me pareció suficiente, me encaminé en un lento paseo hacia la ermita. Allí estaba el viejo, echado boca arriba sobre el jergón de paja. Cubría sus pies con la raída chaqueta militar. La sotana había sido abierta desesperadamente a la altura del tórax y el costillar lucía como en las tallas de los cristos más impresionantes. Tenía los ojos abiertos, fija la mirada en la llama del cirio. Sus brazos descansaban a lo largo del cuerpo con laxitud.

Mentí para disculpar mi presencia, le dije que no podía dormir por el calor.

—Es el Sur —dijo sin moverse—. Es algo sofocante, pero tiene la virtud de mantenernos en vigilia. A mi edad y con mis cosas, no me gusta cerrar los ojos. Se pierde mucha vida cuando se cierran los ojos. Luego vienen las sorpresas, las desagradables sorpresas, cuando los abrimos de nuevo. A veces es tarde para reaccionar, para tomar posturas, para disipar nuestras armas.

—Bueno —dije mientras me sentaba en el suelo, apoyando mi espalda en un rincón—, en verdad, rara vez hay que inquietarse.

Don Abel volvió el rostro hacia mí. Durante un rato estuvo observándome con curiosidad. Luego recobró su posición, con la faz hacia el cielo.

—Sí, es cierto —exhaló con desánimo—. El enemigo y nosotros gastamos mucha pólvora. Pólvora solamente. Pero en ocasiones, en la presencia... ¿No cree usted en el gran susto?

—Sí, tengo que creer en el gran susto —dije convencido.

—Verá —prosiguió él más tranquilizado—, la Bestia está aquí, debajo de nosotros, donde parece dormir inocentemente. Si usted presta atención puede oírla roncar. Cuando le parece saca uno de sus numerosos cuernos y avisa a los incrédulos. Para algunos ya esto supone el gran susto. Un antecesor mío en la parroquia de Yaiza, anotó sus características la vez que los cuernos de fuego le salieron casi a sus pies.

Don Abel se incorporó un poco y apoyándose en el codo pronunció con la voz sigilosa:

—Aquí, en esta ermita, surgió también la Bestia ante mis ojos...

Quedó el anciano mirándome con fijeza por ver si me reía. Yo sostuve el taladro de su mirada con perfecta gravedad.

—... y esa vez se llevó todo lo que había engendrado. Su propia máscara, la belleza, el sexo y el fruto de la mujer encinta. La mujer que vino a mí con alas de águila y que yo alimenté durante mil doscientos sesenta días.

Tornó a recostarse y suspiró.

—Se lo llevó todo esa vez —dijo más débilmente—. Se llevó mi lucha. Después todo ha sido pólvora entre nosotros. Pólvora nada más. Es cierto lo que usted dice: ya rara vez tengo que inquietarme. Quizá, tácitamente, hemos llegado a una paz.

Después de una silenciosa pausa declaró:

—Estoy viejo, estoy profundamente viejo y cansado. La espada es inútil en mi mano y él debe saberlo. Durante el día se sube ahí arriba, al cielo, y no hace sino mirarme. Me envía un poco de calor y por compasión, pero aquel brillo destructor, el fuego de sus malditos cuernos desafiantes ya no llega hasta mí. ¡Ah, ya no soy enemigo que tener en cuenta! Es ahora cuando tiemblo.

El viento se levantó nuevamente y una ráfaga se enroscó en las paredes de la ermita y apagó la llama del cirio. El cielo se tornó más fosforescente.

—Mejor así —dijo el cura a media voz.

Permanecimos callados durante un largo tiempo. .Don Abel había cerrado los ojos y yo pensé que dormía. Un mato de aulaga penetró hecho una bola de espino y tumbó el candelabro. La atmósfera se puso turbia por la arena. El viento arreciaba y a diferentes distancias se oían sus gemidos, unos graves y otros agudos, formando extraordinarios conciertos, coros de voces desesperadas.

—¡Callad, callad, desgraciadas parturientas! ¡Él vendrá a prender en las carnes de vuestros hijos! —gritó de súbito don Abel incorporándose.

Extendía una mano temblorosa y parecía poseído por una inquietante pesadilla.

Abrió los ojos y añadió:

—¡Marcados quedarán con su sello en la mano derecha y en la frente!

—Soñaba usted —dije yo para tranquilizarlo.

—No, no soñaba —negó también con la cabeza—, no soñaba. Y ahora estoy seguro de que volveré a verlo y se burlará de mí, y me dará un poco más de calor.

Hundió el rostro en sus manos y así quedó por largo tiempo inmóvil. Yo recosté la cabeza contra la pared y cansado de contemplarlo me fui dejando vencer por el sueño.

Amanecía ya cuando abrí los ojos. Al pronto tuve la sensación de que la ermita tenía un techo raso de color verde, pues tan de limpio estaba el cielo, que parecía colocado sobre las viejas paredes. Luego fue tornándose amarillo y rosa, como las manzanas cuando comienzan a pintar. Sobre el jergón del cura sólo estaba la mugrienta guerrera. A don Abel no lo vi por ninguna parte. Hice un poco de ejercicio con los brazos y las piernas para desentumecerme y me encaminé hacia la casa. Me dolían los huesos de los hombros y la cintura.

Don Abel apareció en la puerta. Señaló el horizonte, hacia el Este, por donde el sol comenzaba a manifestarse.

—¿No tiene usted alguna frase para saludar a la Bestia? —me preguntó—. ¿No recuerda alguna cita?

—«Aurora, la de los rosáceos dedos» —dije recordando la Odisea.

—¡Ah, Homero! —exclamó el anciano—. No, no sirve. Homero no conoció a la Bestia. Los poetas son demasiado puros. Los profetas, en cambio, están en la lucha, saben de quién se trata. ¿Recuerda el Apocalipsis?: «Aparece en el cielo, donde puede ser visto de todos. Su color es rojizo, de sangre, porque es homicida desde el principio». ¡Ah, los profetas, los profetas sí que conocieron a la Bestia!

Sonreía el viejo. Estaba valiente y de buen humor.

Me invitó a un jarro de leche de cabra y nos sentamos a contemplar el inicio del día. Por el alijar solitario se venía la brisa con las campanas de Yaiza y el olor de las alhucemas.

—Hoy es domingo, día del Señor —pronunció—. Nos investiremos de calma y bondad... «ad expugnando diabólicos incursus».

Dejó que sus manos descansaran inertes con las palmas hacia arriba.

Tregua, pensé. «Tácitamente la paz ha llegado», porque el sol arrimó el ascua hasta nosotros, y más que dragón de fuego, semejaba un perro dócil lamiendo su propia luz en las manos del anciano.

—Tiene muchas artes —continuó, sin apartar la vista del sol—. Es dos y cuatro y siete a la vez. Servidor de sí mismo, reparte sus candelas y transporta su fuego. Ya lo dice su nombre: Lucifer.

—¿Una mujer con alas de águila? —le recordé.

—Sí, ella lo trajo aquí. Dos chispas en el fondo de sus ojos. Poca cosa al principio.

—¿Y la belleza?

—También la belleza era su parte. Bellaluz, Luciabel.

Me miró como dudando de mis intenciones. Luego se recostó cómodamente contra la pared de la casa y medio cerró los ojos.

—Siempre me agradó batirme, como ya le dije, en grandes batallas. Luzbel fue más diablo siendo un ángel bello que después, convertido en Satanás. El fuego diabólico nos ayuda a ser temerosos de Dios, pero la belleza es el gran disfraz del pecado. Así las presencias son engañosas.

El cura extendió sus manos al sol, movió los dedos y los contempló largamente.

—Ahí, en esa habitación de arriba —señaló con la cabeza—, se presentó la belleza. Se presentó en su totalidad y con una luz incitadora en los ojos. Por unos instantes creí que se me presentaba el camino para una victoria sublime, pero luego...

Me atreví a preguntarle si la mujer se llamaba María.

—Sí —contestó don Abel—, ése era su nombre. Vino aquí huyendo de los ratones y me pidió asilo. Quería servirme y yo le dije: «Basta con que me ayudes». Así fue nuestro pacto. Al principio ella se mostraba recelosa. Una criatura muy bella, sí, y los hombres la acosaban por todas partes. Una mañana tardó más de la cuenta en levantarse. Me extrañó que no me hubiera preparado el desayuno, como era costumbre, y pensé que se había puesto enferma. Subí ahí arriba, a su cuarto, y llamé: «María, ¿estás ahí?» Nadie me contestó. La puerta permanecía entreabierta y pasé. Sobre la cama estaba tendida como Dios la echó al mundo. En sus ojos sostenía una mirada penetrante, como un desafío. Era simplemente una mujer desnuda, una estúpida artimaña del demonio que ni siquiera tuve en cuenta. Di media vuelta y me fui a la ermita. A partir de entonces la vida se le hizo agradable. Eso me decía siempre. También me contó que aquel día tenía un cuchillo a mano y que su intención era enterrármelo por la espalda si yo, en vez de un sacerdote, hubiese resultado un ratón. Odiaba a los ratones y quería saber... quería hallar un sitio donde vivir segura. Y aquí lo encontró, sí, y la ermita parecía otra, de limpia y graciosamente adornada que estuvo por aquella época. San Cristobalón vivió entre espigas y flores silvestres y hasta las abejas entraban a verlo.

Hizo una pausa don Abel y posó la mirada en las ruinas. Yo quise escarbar un poco más en su relato.

—Iba a decirme usted que en la última fiesta...

—Sí —se apresuró a complacerme—, a la última fiesta vino mucha gente de Yaiza, de Uga, de Femés. De todas partes vinieron hombres, mujeres y niños. Fue un día de gran alborozo alrededor del santo. Cantos, bailes y cohetes. Ya se puede usted figurar. María iba de un lado para otro repartiendo agua a los niños y acompañando a los más ancianos. Don Bartolo me regaló un tabaco habano y se brindó para contribuir en unas mejoras que había que hacer a la ermita. Estuvo muy dado el hombre y yo lo noté un tanto artificial y hasta empalagoso. Pasó el día bebiendo y pagando vasos de vino a sus amigos. A veces se llegaba hasta donde había chicos reunidos y lanzaba unas monedas al aire para que se compraran turrones o golosinas y los muchachos gritaban vivas a don Bartolo. Era un verdadero cacique y un fanfarria. Poseía muchas tierras y algunos cortijos y, según la gente, mucha vista para los negocios. En todas las islas tenía amigos de influencia. No era don Bartolo santo de mi devoción, no. Cuando la bestia fue precipitada en la tierra, sus ángeles también fueron precipitados. Yo tenía esto muy presente. A partir de la medianoche, la fiesta fue languideciendo y los grupos de familias y amigos se dispusieron a retornar a sus pueblos. Serían las dos de la madrugada cuando ya las turroneras y demás feriantes habían recogido sus cosas. De los ventorrillos sólo quedaba el mayor, el que estaba frente a la puerta de la ermita. De su interior salían voces ásperas de beodos que discutían y beodos que cantaban. Me acerqué hasta allí para anunciar que la fiesta

había llegado a su fin. Don Bartolo y sus amigos ocupaban una gran mesa. En un rincón unos hombres de Uga tenían formada una parranda. El ricachón fue el primero en notar mi presencia: «¡Aquí está el cura!» «¡Viva el cura!», gritó. Entonces todos se volvieron hacia mí y levantando sus vasos brindaron por el cura. Me acerqué de buen humor y les dije que la fiesta no podía prolongarse mucho más. «Espero que todo termine en paz», añadí. Don Bartolo se puso morado y se levantó, y haciendo como que sonreía, se me fue acercando. «¡Eso, eso! ¡Ya es hora de irnos a la camita! ¿Habéis oído al cura, muchachos? ¡A retirada tocan! ¡Uno con Dios y otros con el diablo!» Me señaló con el índice picaramente: «¡Y usted, don Abel, ¿con quién se retirará esta noche? ¿Con Dios? ¿O acaso con ese diablo tan bonito?»

Noté que los hombres miraban hacia la ermita. Miré atrás y vi a María que se acercaba. No supe qué responder y apreté los puños. Don Bartolo se engalló y en sus ojos vi aparecer las lucecitas de los ratones, las chispas grandes de un señor ratón. En los ojos de los demás prendieron ascuas semejantes. Hubo un momento de risas mientras en mi cabeza surgían rápidamente las palabras proféticas: «¡Ay de la tierra y del mar!, porque descendió el diablo a vosotras animado de gran furor, por cuanto sabe que le queda poco tiempo». Sólo eso y rápido, porque, sin pensarlo, alcancé con mi puño la cara fofa del gigantesco ratón y fue a dar con su cuerpo contra la mesa. A mis espaldas oí un grito de mujer. Varios bultos se abalanzaron hacia mí y caí al suelo. Me dieron patadas y chillaron enloquecidos. Sentía las dentelladas de los ratones en mis carnes, en mis huesos. El ratón mayor se acercó y mordiendo en mi oído decía: «Usted ni es cura ni nada». «Ya me encargaré yo de solucionar este asunto». «Despídase de su divino ministerio, amigo». Y volviéndose a los demás gritó: «¡No se puede consentir que el cura viva con esa mujer!» «Esto es un escándalo para todos los buenos cristianos». Oí las olas que levantaban sus gritos, oí cómo el mar temblaba y se abría, y repetí para mí: queda poco tiempo. Y temblé.

«¡Aprovechemos nosotros esa perra!», gritó alguien. Y varios ratones saltaron sobre mi cuerpo y corrieron por la plaza. María se refugió en la ermita, pero al poco reapareció en la puerta. Tenía en la mano un cirio encendido y quedó inmóvil, desafiando a los ratones con una mirada satánica. El tiempo pareció cumplirse, pues en aquel instante, la Bestia hizo su aparición y repentinamente y ante el asombro de todos, envolvió con su manto rojo y luminoso la figura de la mujer. En verdad fue sorpresa, porque yo no esperaba que la Bestia surgiese en aquel momento, ni tenía idea de lo que buscaba allí. Claro que si María se hubiese confesado conmigo, si me hubiera dicho que en sus entrañas...

Capítulo XVI

—... só después de dos meses de tratamiento en el sanatorio de Santa Brígida. Volvía recuperada.

Don Ermín se dio unas palmaditas en el muslo derecho, movió el pie de un lado a otro y estiró la pierna para desentumecerla.

—Más bella. Bella —continuó contándome— por la serenidad consciente de su espíritu. Mi amigo y colega que la había tratado me envió una carta. Una epístola técnica, claro, sobre el caso. En unos párrafos me decía que, si bien el choque emocional había sido sobrepasado con el tratamiento, quedaría una huella pendiente durante un largo período. Y era fácil de ver la huella en sus ojos, que los hacía más hermosos y solemnes si cabe, más emocionales, porque presentaban ahora una luz negra, profunda, profundísima, que daba vértigo, y atraía como si en el fondo de aquella noche viva y oscura yaciera el mágico imán de la raíz y la verdad de todo sentimiento. Seña Frasca insistió en que se quedara a vivir con ella y María no halló argumento que oponer. Al cabo de un mes de estar viviendo juntas, se consideraban como madre e hija. Seña Frasca se volvió más locuaz y alegre. La voz le subió dos tonos y sus ojos derramaban lágrimas emocionales siempre que hablaba o reía. «Una hija, porque es como una hija. ¡Quién me lo iba a decir!», exclamaba a diario mientras me servía la cena o limpiaba el consultorio. «Tanto tiempo con mi soledad y ahora... eso ha sido Dios que se ha acordado de mí. ¿No cree usted, doctor?» «Seguro que sí», le decía yo. «Dios siempre se acuerda de los que sufren.» Entonces ella alzaba sus ojos al cielo y exclamaba: «¡Bendito sea por los siglos!» Luego se santiguaba y sonreía con satisfacción. Algo tarde se acordó Dios de seña Frasca, porque, según mi ciencia, el corazón de aquella pobre mujer estaba en un tris de pararse en cualquier momento. Cuarenta años de desamparo es un gran vacío para una vida. Cuarenta años cumplía su viudez. El goce de tener marido le duró bien poco, ya que el óbito de su pareja ocurrió la misma noche de la boda, a las tres horas de salir de la iglesia y en la cama, para desgracia de su virginidad. Con María fue una madre ávida y celosa. Se estremecía ante la hermosura de la muchacha: «Es como de otro mundo», me decía. «Aquí no he visto yo tanta gratitud para los ojos ni en las flores.» Seña Frasca se erigió en guardián permanente de María. Cuando tenía que salir a la calle, daba dos vueltas de llave a la cerradura y la joven quedaba encerrada como canario en su jaula. Como canario digo, porque una vez sola se entretenía cantando y su voz era gozosa, delicada y como sobrenatural. Yo no sé en verdad lo que me ocurrió, pero es lo cierto que aquella voz tenía su poder porque llegó a calar hondo en mis sentimientos y llenó mis sensaciones oníricas más agradables. María iba los domingos a la iglesia y tres semanas bastaron para que la gente de Arrecife se pasmara ante aquel cuerpo que se balanceaba con tanto donaire cuando cruzaba la

plaza. Y durante días y a cualquier hora, siempre había un mozo frente a la casa de seña Frasca, mal disimulando su esperanza de ver abrirse una rendija en los ventanillos y que apareciese un dedo al menos, de aquella mujer. Y no todos eran mozos. «En una ocasión me contó seña Frasca que un viejo demonio estaba empeñado en llevarse a la María y que le había ofrecido el oro y el moro para que se la vendiese. «Figúrese usted, doctor», me decía apretujándose las manos y entre llantos. «¡Como si los ángeles pudieran comprarse o venderse!» El viejo demonio era mayor y bastante grueso. Vestía invariablemente un traje de buen paño azul y cruzándole el vientre lucía una costosa leontina de oro. Pasaba todas las mañanas por nuestra calle y al llegar a la altura de la casa de seña Frasca se arrimaba cuanto podía a la pared y rozaba la puerta con la mano, como un leve consuelo a sus deseos. Yo lo conocía bien. Lo llamaban don Bartolo. Un cacique muy adinerado, a quien yo sangraba cada quince días para aliviarlo del vibo y el azufre que corría por sus venas. La belleza de María adquirió por aquel entonces una categoría legendaria. La gente que llegaba del interior de la isla señalaba la casa al pasar y las miradas se volvían escrutadoras. Fue aquella atmósfera de leyenda la que tuvo la culpa, una pequeña parte de la culpa, de mi desasosiego. El resto se debía a seña Frasca y a la propia María, ya que una con la continua alabanza y la otra con su propia hermosura, fueron tejiéndome un camino de apetencias que no me dejaba dormir. Algunas veces estuve tentado de forzar la pequeña puerta que unía a las dos casas por los patios, abrirla lo suficiente para que pasara mi cuerpo, ya que en espíritu la cruzaba a diario cada tarde, mientras oía, distante, la cadencia de una habanera. Y cada noche, cuando ya metido en la cama, pegaba el oído a la pared por imaginar sus gestos al otro lado, mientras se desvestía. ¡Ah, la juventud, la soledad, el sexo, la imaginación! Ahora, a estas alturas ya, todo se convierte en una estupidez, pero en aquel entonces, la vida era fascinante, cuando giraba sobre sus propios ejes, sobre los ejes verdaderos, cuando la sangre nos hierve a todos por igual, tanto al ciego como al manco, al tonto como al renco. Por cierto, también a los gibosos. Una tarde se me presentó Marcial en casa. Camisa limpia, corbata negra y sombrero. Traía en la diestra un ramito de flores sencillas. Le dije que María vivía en la casa de al lado, con seña Frasca, y que se encontraba muy bien y con toda seguridad que se alegraría mucho al verlo. Marcial demostró su emoción con un extraño sonido gutural y desapareció de mi vista. Ya de noche, seña Frasca se presentó para servirme la cena.

—Ese muchacho, el jorobado, es como un hermano para María —me dijo—. ¡Si viera usted qué alegría ha sentido ella al verlo! ¡No han parado de llorar juntos y besarse! ¡El pobre! Es un ser muy desgraciado. Piensa quedarse esta noche en Arrecife para regresar mañana a Femés. A mí se me ha ocurrido que si a usted no le importa, podría quedarse aquí, en cualquier rincón.

Di mi asenso a la idea y le ofrecí por cama el largo sofá que tenía en la consulta, que si bien resultaba algo duro de muelles, no le iría mal a la columna del corcovado. Había terminado yo de cenar, cuando vi de nuevo a Marcial ante mí. Le invité a que se sentara a charlar un rato. El hombre no quitaba la vista de la botella que estaba sobre la mesa. Le serví un vaso, chasqueó la lengua, se lo bebió de un trago y le salieron lagrimillas en los ojos. «¡Ron de Cuba, coño!», exclamó. De Cuba era, sí. Por

lo visto, Marcial era un especialista y muy amoroso del tal ron. Nos retiramos tarde, una vez terminada la botella, y finalizado el largo relato sobre su vida y alguna que otra descripción sobre las carnes de María. ¡El muy pijotero! Tenía todos los trucos de una celestina. Yo no pude pegar un ojo. El ron y Marcial me excitaron de tal forma que estuve gran parte de la noche con visiones que me estremecían. Visiones entre el sueño y la vigilia, fantasmagóricas, ilusorias, irreales, todas menos una, la última, cuando me distrajo el ruido de los viejos muelles del sofá donde se quedaba el petudo y poco después lo vi pasar sigiloso en dirección del patio. Pensé que el hombre se levantaba para vaciar un poquito del ron que le estaría quemando en la vejiga, pero al pasar tiempo y ver que no regresaba, me dirigí al patio por si le hubiera ocurrido algo. En el patio sólo estaba la luna blanqueando los muros y el aljibe. Hube de restregar mis pies descalzos en la hierba rociada, una y otra vez para saber que andaba despierto, para apartar el alcohol que me quedaba en la cabeza, para asegurarme bien de que los ángeles no tienen chepa y que a Marcial no le habían crecido alas para sobrevolar los muros. Entonces me acerqué a la pequeña puerta que daba al patio contiguo y ésta se abrió silenciosamente apenas con una leve presión de mis dedos. La casa de seña Frasca era igual que la que yo habitaba y en un tiempo ambas constituyeron la morada de una sola familia. Penetré con cautela hasta el pasillo central y vi que de la habitación grande salía un tenue resplandor. Llegué de puntillas hasta la puerta y a punto estuve de desandar el camino y volverme, por creer que mejor me haría su duda que la confirmación de una escena que rondaba en mi cabeza y me espichaba el corazón como si hubiera caído en un zarzal. Quedé unos segundos inmóvil, tratando de percibir algún sonido que no proviniese de seña Frasca, cuyos ronquidos corrían como gatos por toda la casa. Yo auscultaba el aire por hallar una respiración excitada, una levísima queja o el chasquido apagado de algún beso. Pero en aquella habitación débilmente iluminada reinaba el silencio. Al fin me decidí a mirar y descubrí a María durmiendo plácidamente, mientras Marcial sostenía un cabo de vela encendido y con la otra mano levantaba una punta de la sábana y miraba ansioso las piernas que sobresalían del camisón hasta los muslos. De la boca abierta de Marcial caía una babilla larga y transparente de embobecido. Se percató de mi presencia y dejó caer con rapidez la sábana y apagó la bujía. Luego se quedó inmóvil en la oscuridad, pero le castañeteaban los dientes. Yo me retiré. Detrás de la puerta del patio de mi casa esperé su regreso. No tardó en aparecer su cabeza y aproveché para echarle mano al cuello. Atenacé los dedos y se encogió como un gusano. «Yo sólo quería ver, quería ver», casi gemía. De pronto hizo un gesto brusco y logró zafarse. Corrió hacia el interior de la casa y le di tiempo para que recogiera sus cosas y alcanzara la puerta. Cuando me asomé a la puerta ya Marcial iba bien lejos, dando trompicones en las paredes, con los pantalones en la mano, hasta perderse en la primera esquina.

A la mañana siguiente, seña Frasca me preguntó por Marcial y yo le dije que se había marchado muy temprano, sin tiempo para despedirse. «El pobrecito, parece un

pedazo de pan», dijo.

Pero Marcial seguía en Arrecife, estancado en un café cercano al puerto, donde lo vi varias veces aquel día y todas cubriéndose el rostro con el sombrero, como si la jiba no lo delatara.

Por la tarde cruzó la calle un carro que iba para el interior. Llevaba sacos de semilla y sobre ellos iba Marcial, con la camisa roja de vino, echado de espaldas, abiertos los brazos en cruz, caída la quijada y dejándose pudrir al sol.

Capítulo XVII

Sonrió don Ermín ante el recuerdo. En sus dedos giraba una flor de granado, la flor de pétalos rojos y cáliz en forma de matriz pequeñita y coronada.

Pasábamos la tarde en el huerto, bajo la sombra del árbol grande.

—Es un pícaro el petudo. Un anormal muy despabilado —dijo—. Entre otras muchas cosas tendría que agradecerle el descubrimiento del camino para llegar hasta María. Después de aquella noche que atravesó la puerta del patio, se acrecentaron mis apetitos y pensé que tarde o temprano habría de cruzarla yo, con intenciones más profundas, desde luego. Pero en la vida las cosas suelen ocurrir a veces de una manera insospechada y hasta ilógica. Razón hay en decir que los designios de Dios son inescrutables, pero esto se lo aplico yo al diablo, que también tiene riendas en nuestro devenir. Lo cierto fue que aquella puertecita del patio llegué a cruzarla muchas veces después y ninguna furtivamente.

Hizo una pausa don Ermín. Giró con mayor rapidez la florecilla entre sus dedos. Levantó la vista hacia las ramas del granado y exclamó abstraído:

—¡Sí, los designios del diablo también son inescrutables!

Y añadió:

—Pero están pensados. Muy bien pensados y dispuestos para nuestra desgracia. Mire usted al suelo —me dijo— y observe esas hormigas. Muchas caerán en la trampa. ¿No ve usted las trampas? Estos hoyitos —señaló— de la mirmeleón. En el fondo hay una larva que espera, una larva provista de magníficas mandíbulas dispuesta a devorar a quien resbale. También hay trampas para nosotros. La isla tiene multitud de cráteres y en uno de ellos caí yo y fui devorado por el fuego. Un día feliz para mí, por supuesto, un día apetecido desde tiempo atrás. Fue al poco de aquella visita del jorobado. Seña Frasca era dueña de unas higueras, cuatro higueras, entre Nazaret y Mozaga. «Venga usted con nosotras», me invitó un día. «Hoy vamos a coger higos. Le conviene dar el paseo y tomar aires.» Detrás de seña Frasca estaba María, mirándose y sonriendo, invitándome también. Me pareció buena idea y allá me fui con las mujeres.

Las cuatro higueras de seña Frasca estaban muy juntas, en la falda de una montaña como muchas por aquí, con el aspecto y el color de la giba de un dromedario. Las cuatro higueras de seña Frasca, nada más. La tierra se extendía desnuda, yerma, hasta un lomo distante que llaman Lomo de San Andrés. Habíamos escogido las horas frescas de la tarde para atravesar el llano. Le diré a usted que los higos de seña Frasca no valían un real. Después de aquella caminata, apenas llenó la mitad del cestillo con frutos raquíticos y secones.

—En verdad, una viene por caminar y tomar el aire —dijo la buena señora disculpándose—. Aquí venía yo con mi marido, que en paz descanse, cuando éramos

novios. De él eran estas higueras. A veces subíamos ahí arriba —me señaló la montaña—. Se ven las casas de Arrecife. Es una vista muy bonita y hay buen aire. Debe usted subir. Merece la pena. Una ya no puede hacerlo —se llevó la mano al pecho—, me sofoco mucho.

No sé por qué instinto tomé a María de la mano y me la llevé sin más explicaciones. Subimos de prisa y llegamos con la respiración jadeante a lo más alto. El interior era un volcán, un cráter fósil, de arenas negras, poco profundo. Desde el borde se vislumbraba un paisaje amplio, de llanuras solitarias y pequeños conos volcánicos. En la lejanía, las casas de Arrecife. Nos deslizamos por el interior del cráter y allí, en el fondo, perdió la moza en su porfía, aunque esta vez no fueron juncos ni tomillares los encubridores, sino las primeras estrellas que ya se encendían en el cielo.

Seña Frasca nos esperó pacientemente bajo sus pobres arbolitos.

—Es una vista preciosa —le dije al llegar.

—Mi marido se pasaba horas enteras ahí arriba. Horas enteras. Vámonos.

Recogió el cestillo con la fruta y echó a caminar delante.

Al día siguiente, al atardecer, sorprendí a seña Frasca en el patio. Tenía en la mano un cacharrito y un trapo y se afanaba en engrasar los goznes de la puertita azul. A partir de esa noche mis visitas fueron constantes. María se me entregaba dócilmente y yo sentía mi cuerpo seguro entre sus brazos y podía mirar, sin vértigo ya, al inmenso piélago de mi soledad, al fondo de todo, oscuro y vacío, que siempre tirara de mí. Pensé que por algún tiempo, acaso para mucho, había hallado un asidero a mi vida y se me presentó una visión, un sueño, creo, en el que yo era alguien que tenía que nacer y andaba ignorante y desolado entre un bosque de gigantescos viñedos, entre racimos de granates encendidos, rojo y verde yo, como de menta y fuego, buscando las llaves abstractas de la existencia, del sexo y del amor. Un corazón encontré en el sueño, un corazón blanco de azúcar y esto... —don Ermín me mostró la pequeña flor de granado—. ¿Significación? —preguntó—. No la tiene. Sería inútil buscarla. Pero hay algo que tener en cuenta: los designios del azar también son inescrutables.

»Nada de lo que nace puede durar —continuó—. Esto no es un refrán, es una frase vulgar, pero muy cierta. En la eternidad no se entra ni se sale. Variamos. Para bien o para mal, variamos. Algunas veces las cosas van para largo, otras... Mi asidero, por ejemplo. Dos semanas despues, muy temprano, tocaron a la puerta de mi casa. Al abrir me encontré con dos lujosas maletas de viaje y la figura blanca y delgada de mi esposa. Me sonreía.

—Y bien, ya estoy en el paraíso —dijo.

Entré las maletas, le enseñé la casa y nos quedamos uno frente al otro. Algo tuvo que ver en mi rostro o en mi comportamiento, porque en sus ojos vi una leve brizna de decepción.

—Acaso me he equivocado de destino —dijo con voz débil, con algo de sincera tristeza. Yo la atraje hacia mí y la besé.

—Ahora, éste es el paraíso —le aseguré.

Y lo fue de verdad durante días. Mi esposa revolvió la casa y abrió todas las

ventanas para que entrase el sol a raudales.

—Me gusta —dijo—. Creo que me acomodaré bien a esta luz y estos espacios. Hay una gran serenidad.

Contemplaba el cielo con asombro.

Seña Frasca no tardó en presentarse. Me miró con ojos de reproche.

—No sabía que era usted casado.

—Es verdad, no se lo dije —traté de disculparme—. Bueno, yo... creí que usted lo sabía.

Y para salir de aquella mirada enojosa de seña Frasca, llamé a María Begoña.

—Esta señora —le dije— se encargará de la cocina y la limpieza.

Mi esposa le sonrió. Pero seña Frasca andaba de mal talante.

—Lo siento mucho, doctor, pero pienso irme a casa de una hermana, a Mácher.

Estrujaba el delantal en sus manos. Yo adivinaba su pensamiento y ella también el mío.

—En ese caso ya buscaremos —dije por terminar pronto.

Poco después oí unos golpes en el patio. Seña Frasca clavaba unas maderas por su lado para clausurar la puertita azul.

De la cocina y la limpieza se encargó mi esposa por unos días. Sólo habían pasado seis, cuando se presentó María en mi consultorio. Acababa de despachar yo mi último paciente.

—Hola, doctor. Olvida usted fácilmente a sus enfermos.

—No me olvido, María, pero...

—Ya sé, hombre. Tu mujer.

Le recomendé que hablara en voz baja. Me levanté de la silla y avancé hacia ella. Estaba radiante con el pelo suelo, el escote abierto. Sonreía. Tenía una luz en sus ojos que no supe interpretar. Me llegó el olor suave de su jaboncillo. Iba a unir mis labios con los suyos cuando, repentinamente, se rasgó la blusa y su pecho quedó desnudo.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca? —dije confundido.

No me dio explicaciones. Ni tiempo. Me abrazó fuertemente y comenzó a gritar.

—¡Suélteme! ¡Suélteme, canalla!...

Sus ojos se dilataban feroces. Me lanzó con un gran empujón y trastabillé contra una silla.

—¡Sinvergüenza! —chilló por último.

Mi esposa apareció en la puerta y allí permaneció altiva, mirándome con lástima. María simuló arreglarse la blusa y abandonó rápida el consultorio.

Esa misma noche salía el barco. Mi mujer me prohibió que la acompañara hasta el muelle. Nos despedimos en la puerta. Un muchachito se encargó de llevarle las maletas. Me dio un beso muy suave.

—Adiós, querido.

Caminó derecha, esbelta, toda la calle hacia el mar. Pero yo sabía que lloraba; que iba llorando.

Don Ermín se arrellanó mejor en el sillón y movió las piernas y se pasó la mano con fuerza sobre el muslo.

—¡Malditas extremidades! ¿Le dije a usted que no eran mías? Pues sí, son mías, pertenecen a mi cuerpo, sólo que yo las envenené. Estos calambres provienen de aquella época, cuando la vida me echó, como a tantos, al pozo del alcohol.

Dio unas palmadas llamando. Al rato apareció María con una pequeña bandeja. Nos trajo unos vasos de refresco de moras. A don Ermín le entregó una cajita roja con unas letras que decían: «Muestra gratuita».

—Es la hora de su refresco, amigo, y de mi medicina.

Se llevó una pildora a la boca y tomó un sorbo del jugo. Luego hizo señas a María para que se marchara.

Me miró inquisitivamente.

—Se extrañará usted de ver aquí a María después de lo que le he contado. Viene a ayudarme. A ayudar a un pobre viejo ya inútil. Hay algo por lo que me está agradecida.

—¿...?

Don Ermín sonrió.

—La vida, cuando es larga, da muchas vueltas. Como le decía, desde aquella misma noche me dio por beber. Bueno, en verdad fueron las circunstancias. Ya solo en mi casa unas horas después de la partida de mi esposa, sentí que caía vertiginosamente hacia las mayores profundidades de mi soledad. No recuerdo cómo empecé, ni dónde, pero a los pocos días diferenciaba el ron mejor que Marcial. Apenas comía alguna cosa y me fui debilitando. Le tomé odio a mi profesión, porque comenzaron a temblarme las manos y me negaba a sajar hasta el más simple panadizo. La gente fue dándome de lado, pero a mí poco me importaba la amistad de nadie, el dinero, ni la salud de nadie. Por las noches me iba a las playas solitarias y para romper con lo que me quedaba de cordura, daba rienda suelta a mis nervios y cantaba en vascuence largas canciones interminables o me ponía a gritar frenéticamente cuando me sobrevolaban los bandos de pardelas y me excitaban con sus chirridos de pájaros locos. Me hice cliente asiduo de todas las tabernas y cuando se me ajaron las ropas y se me desordenó la barba, comenzaron a llamarme «el Doctor» como título de popularidad. Una noche me sacaron a la fuerza de un antro inmundo, un café de la peor especie, pero que ostentaba el nombre atrayente de «La Gloria». Digo que me sacaron de allí, porque fueron dos manos enormes y fuertes las que me sacudieron por los hombros y me echaron al relente frío de la noche.

—¡Usted va ahora mismo a donde yo le diga o lo tiro al agua para que se emborrachen los peces!

El hombre se había plantado frente a mí. Vestía jersey negro de cuello cerrado y hasta por el olor a brea que despedía se delataba su vida marinera. Aguardaba mi respuesta con los brazos en jarras.

—De acuerdo, amigo. ¿A dónde hay que ir? —dije.

—Es aquí cerca, en la calle principal. En casa de seña Frasca. Está muy enferma.

—¿Seña Frasca? ¿Y usted quién es? —pregunté ya caminando.

—Soy el marido de su hermana.

—¿La de Mácher?

—Sí, de Mácher —dijo un tanto molesto.

En la puerta me esperaba una mujer baja y regordeta. Se arregló el pañuelo al verme.

—¡Ay, doctor! Mi hermana está muy mal. Esta mañana se nos puso enferma allá en Mácher y nos pidió que la trajéramos aquí a su casa para que usted la curase. Tiene mucha fe en usted, don Fermín.

Seña Frasca estaba algo incorporada en la cama, calzada con grandes almohadones. Tenía el rostro cianótico, los párpados hinchados y en vez de respirar emitía soplos entrecortados. Sabía yo que su corazón no andaba lejos del fin. Le tomé la muñeca por hacer algo.

—¡Póngase en bien con Dios —le grité—, que el diablo estuvo muy metido!

El corpulento marinero avanzó la mandíbula y levantó un dedo para llamarme la atención.

—¡Esa no es manera de curar! —protestó.

—¡Pues busque otra que sirva! —niije.

Solté la muñeca y el brazo cayó sobre la cama, ya sin pulso desde momentos antes.

Me fui a la calle y seguí bebiendo. De madrugada pensé en irme a la cama. Estaba muy borracho y decaído. Di un largo rodeo para cargar mis bolsillos con piedras y me encaminé a casa de seña Frasca. La puerta estaba entornada y me sumergí en el olor de cirios y poleo. Cuatro mujeres rodeaban el cadáver. Recé un credo por si servía de algo. Salí a la calzada y la emprendí a pedradas contra aquella placa que decía: «Fermín López - Médico».

Don Ermín se detuvo en la narración. Bebió un sorbo de refresco y exclamó:

—¡Las cosas que uno hace! ¿No le parece que el ser humano es un ente ridículo?

—¿...?

—La vida es un caos, un desorden. Me refiero a la vida bien llevada, bien sentida. Zarzas, fatigas, desengaños, mentiras, violencia, sorpresas, alegrías, fracasos, luces, dolores, bellezas, necesidades, sangre, risa, caprichos, muerte, agua, fuego, cenizas... Pocas cosas más.

Divagaba.

—Aún no me ha explicado el que María esté aquí —dije por tirarle de la lengua.

—¡Ah, tiene usted razón! —dijo—. María desapareció de mis contornos. Se fue y yo no supe a dónde. Pero a los pocos meses, dos o tres, tuve noticias suyas. Una mañana, «la del alba sería» —don Ermín sonrió por su cita clásica—, tocaron en mi puerta con cierta premura. Al abrir me encontré con un sacerdote.

—¿Es usted el médico? —me preguntó con rostro grave.

Antes de yo contestarle ya estaba dentro de la sala.

—Vengo a buscarle para un caso de gravedad —continuó sin dejarme abrir la boca—. Vengo de parte de María. La de Femés —añadió.

Vigilaba mis gestos. Tenía la cabeza vendada y un hematoma en el pómulo izquierdo. Era un cura bien plantado.

—¿Dice usted que es un caso grave?

—Hará una hora que se prendió fuego en la puerta de la iglesia.

—¿Se prendió fuego?

—Voluntariamente.

—¿Dónde?

—En San Cristobalón. Celebrábamos la fiesta.

Me fui al cuarto de curas y llené el maletín con algunas cosas. Al volver a la sala, el sacerdote relajó la tensión de su rostro y me sonrió:

—Me llamo Abel —dijo tendiéndome la mano.

Afuera nos esperaba Pedro con su camión.

Durante el viaje no cambiamos palabra. Los ojos del sacerdote brillaban como bolitas de acero con el resplandor del amanecer. Su mandíbula prominente denotaba decisión, voluntad. Pero algo más tenía aquel rostro que me hizo pensar que aquel hombre pertenecía también al mundo de los alcohólicos. Me lo imaginaba corriendo a mi lado por las playas solitarias, vociferando, rabiando, chillando a las gaviotas, haciéndoles entender y desentender, rasgándose las vestiduras por salvar al hombre, algo más que al hombre, a las interiores esencias.

Don Ermín se había excitado. Bebió otro poco de zumo y ya más calmoso añadió:

—Fui gran amigo de don Abel. Aún lo soy. Él sigue siendo un borracho —me miró por si yo recogía mal la palabra—. ¡Claro que su alcohol no está en las botellas! Ni siquiera en este mundo...

Don Ermín levantó la cabeza y durante un tiempo siguió con la vista la marcha de las nubes. Levantó la mano como si fuera a decir algo, pero se arrepintió.

—¿Fue mucho lo de María? —le pregunté.

—Bastante. Quemaduras de segundo grado por todo el cuerpo. Pero no fue eso lo peor. Cuando llegué a la casa del cura en San Cristobalón la encontré con la piel enrojecida, con grandes bolsas y temblando de frío. Ya don Abel la había rociado con aceite. Por la extensión de las quemaduras pensé que no escaparía. Aparte hubo otra cosa... Al día siguiente abortó un engendro de tres meses. Era un pequeño ratoncillo, no más. Lo tuve en la palma de la mano. Fermín López, junior, pensé. Médico. Letras negras sobre fondo blanco esta vez... Lo deshice entre mis dedos.

Capítulo XVIII

Por los siglos de los siglos, el viento seguirá llegando de África. Amén. Así sea, porque el viento trae la arena y la arena junta sus cristalitos de cuarzo y forma una gran lente, gracias a la cual el diablo aumenta sus fuerzas. El diablo es el sol, desde luego, y el hombre se acostumbra a luchar con él y a vencerlo, a veces. Las mujeres también. Las mujeres defienden sus carnes forrándolas con telas oscuras, con faldas muy bajas y grandes sombreros de pleita[24]. Contra la arena, el viento y el diablo, las mujeres embozan el rostro y dejan libre los ojos; eso sí, que sirven para apagar o encender el fuego, para que entre y salga el alma como una paloma.

La isla es como una mujer. Tiene su fertilidad y hay que defenderla del diablo. Para ello le cubren el cuerpo con arena de volcán, piedra ya quemada contra la que el fuego no puede.

El sol a veces tiene sus rabias y la toma con inocentes. Esto exasperaba a Pedro el Geito, aquel día, cuando el camión se le quedó parado en la carretera.

—¡Maldito fuego del demonio! —exclamó apeándose.

Antonio el Paja, el hijo de Pedro, se apeó también.

—Es la tercera vez que nos pasa hoy —dijo—. ¡Si tuviéramos otro! Uno nuevo. Un «doche» de los grandes. ¡Este cacharro ya no sirve, padre!

El Geito dio un fuerte puñetazo sobre el capó.

—¡Tú te callas!

El muchacho se fue a la orilla del camino y se sentó sobre una piedra de volcán.

Pedro se cruzó de brazos y quedó contemplando aquel chisme de maderas podridas y metales oxidados cubierto por el polvo de los campos, agonizando ya. Por unos instantes lo vio con la pintura roja de fábrica, con los faros dorados y los guardafangos negros y brillantes. «¡Arre machango[25]!», dijo por lo bajo. Le vinieron lágrimas a los ojos.

Dentro del camión, los pasajeros permanecían silenciosos y resignados. Tenían el pensamiento puesto en otras cosas, en otros tiempos. Don Fermín pensaba en Gauguin, en «la muchacha con mangos». La muchacha tenía ahora el rostro de María. Trató de retener aquella imagen en su memoria. Don Abel, el cura, mantenía los ojos cerrados. Veía al diablo sonriéndole amistoso. Encajó las mandíbulas con fuerza. Abrió los ojos y contempló la llanura negra de los malpaíses. Por el cielo volaban pequeños bandos de langostas peregrinas. Brillaban al sol sus alas transparentes y de color rosa. «Manitas voladoras, manitas del demonio», pensó. Volvió a cerrar los ojos y el diablo siguió sonriéndole.

[24] Tira de esparto o de pita, palma, etc., trenzado en varios ramales, que cosida con otras sirve para hacer esteras, sombreros, y otras cosas.

[25] Bobo, Tonto.

Pedro hizo una seña a su hijo.

—¡Vamos! —ordenó—. Ya se habrá enfriado un poco.

Antonio le dio unas vueltas a la manivela y el camión tosió seguido. Pedro acarició el volante y avanzaron hacia el cruce de Femés.

—Delante van dos niñas —avisó Antonio.

—Ya las veo.

Pedro golpeó fuertemente en la carrocería y las niñas se hicieron a un lado. A pocos metros volvió a detenerse el camión. Pero esta vez no se apeó nadie, ni hubo exclamaciones corajudas, Pedro disculpó a su vehículo.

—Está viejo.

Y con calma encendió un cigarro. Exhaló el humo hacia el sol y se arrellanó despreocupado en el asiento.

Las niñas pasaron muy despacito, cogidas de la mano, mirando el camión con los ojos muy abiertos. Hicieron la señal de la cruz y se alejaron hacia el pueblo. De cuando en cuando se volvían a mirar.

A mirar fueron las tres mujeres. Se subieron a la ladera de la Atalaya y con las manos en visera oteaban la lejanía. Una siguió con la vista la cinta del camino.

—¡Ya vienen! ¡Ya están ahí! —exclamó.

—¿Dónde? —preguntaron las otras.

—Allí. Cerca del cruce.

La más vieja dijo:

—Sí, ya lo veo.

Pero no veía nada.

La más joven seguía señalando un reflejo metálico o de un cristal, muy lejos, en la carretera.

Isidro se asomó a la puerta de la venta. Contempló el cielo y luego la tierra. Vio que. las arenas enrojecían. La sombra de una palmera se alargaba mucho y ascendía por la falda del monte Tinazor. «Las seis —se dijo—. Se les ha hecho muy tarde.» Se imaginó el camión de Pedro con una rueda desinflada. Pensó también en un montón de chatarra sepultado en la arena. Empezó a preocuparse.

Marcial, sudoroso y agitado, se acercó a la casa de señor Alfonso. El cartero trataba de ponerse una americana negra que le venía estrecha de hombros y corta de mangas.

—¿Llegan? —preguntó al ver al petudo.

—No. Todavía no se ven.

—Los va a coger la noche.

Marcial se acercó a Alfonso.

—Regálame un sombrero —pidió.

—¿Para qué quieres un sombrero?

—Regálame un sombrero —repitió el petudo.

—No tengo otro —dijo Alfonso señalando el suyo que estaba sobre una silla.

Marcial miró con desconsuelo hacia la prenda. Salió sin despedirse y se fue a la casa de señor Sebastián.

El alcalde estaba en el patio. Se había puesto una camisa blanca, muy limpia. Se miraba en un espejito. El espejito estaba sobre el muro, apoyado en una maceta de geranios. El alcalde trataba de hacerse el nudo de la corbata.

Marcial llegó jadeante. Se quedó mirando con asombro a señor Sebastián, a su camisa inmaculada, al espejito y los geranios en flor.

El alcalde de Femés se encaró con el jorobado.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No —contestó Marcial—. No pasa nada. Estaba viendo las flores de los geranios.

Para sus adentros, Marcial pensaba en la camisa de su amigo Sebastián: «Camisa de alcalde», se dijo. «Para la presidencia será.» Tornó a lo que buscaba:

—Regálame un sombrero —mendigó.

—Ya tienes uno —dijo el alcalde mirándole a la cabeza.

—Otro. Uno viejo.

—¿Para qué lo quieres?

—¿Me lo vas a regalar?

Señor Sebastián se encogió de hombros.

—Ahí dentro, en la cocina, hay uno colgado. Llévatelo.

El alcalde terminó de hacerse el nudo de la corbata. Luego tomó el espejito y se miró las muelas. Había una que le preocupaba desde algún tiempo.

Marcial salió con un viejo sombrero en las manos. Lo miraba con satisfacción. El sombrero estaba viejo, roto, lleno de manchas. Se dirigió a la venta de Isidro.

Isidro, desde la puerta, vio a Marcial que se acercaba descosiendo a tirones la cinta oscura del viejo sombrero. Isidro se preguntó para qué diablos hacía aquello el petudo.

—¿Qué haces, Marcial? —le gritó.

Marcial tiró el fieltro en la plaza y se llegó a la venta.

—Trábame esto en la manga —dijo mostrándole la cinta negra.

—¿Por qué te pones eso?

—Por lo que sea.

Isidro le trabó aquello con unos alfileres. Marcial se miró el brazo con orgullo.

—Estoy pensando que esa gente tarda mucho en llegar —dijo el ventero calculando la hora por la sombra de la palmera en el monte Tinazor. Son las seis y media.

—Voy a buscarlos —decidió Marcial—. A lo mejor se desriscaron.

No se habían desriscado. El camión volvió a tomar aliento y ya, como por milagro, subía a todo gas por la cuesta de Femés.

—Ahí viene el petudo, padre —dijo Antonio—. Viene corriendo.

—Ya lo veo. Cógelo al vuelo, que si paro nos quedamos para siempre.

Marcial se detuvo en el borde del camino. Hacía señas con los brazos y calculaba la velocidad del camión. Antonio alongó el cuerpo preparado para pescarlo.

—¡Arriba, hombre! —le gritó al pasar.

El aire, cargado de limaduras de sílice, lijaba la carrocería del camión. Se oía cómo lijaba. Pedro, Antonio y Marcial, que iba a proa, sentían cómo les quemaba el rostro. A Marcial, el viento le entraba por la camisa y parecía que se le inflaba la joroba.

—Ahora hay una curva a la izquierda, padre. Va muy de prisa.

—¡Yo sé lo que hago! Conozco el camino. Lo recuerdo bien. ¡Hasta con los ojos cerrados llegaría!

Y añadió:

—Si el camión aguanta.

Antonio sonrió.

—¡Va aguantando, padre!

Las mujeres salieron de la iglesia al oír los gritos de los chicos. Los chicos gritaban: «¡Un aroplano! ¡Un aroplano!», y corrían junto al camión y algunos halaban del petudo por ver si lo tumbaban. Las mujeres se santiguaron cuando el camión pasó junto a la iglesia. El camión fue a detenerse frente al cementerio y allí se apearon todos. La gente se apiñó alrededor para contemplar la caja negra que estaba donde la carga, sobre unas barricas.

Isidro se llegó hasta el corro de los hombres. Se había puesto un traje azul oscuro con el color mareado. «Me pondré el traje de las ocasiones», pensó momentos antes. En Femés, las ocasiones ya eran muy raras. Se colocó junto a don Ermín, el médico de Velitas.

—¿Cómo fue? —preguntó.

El médico se encogió de hombros como si la cosa no tuviese la menor importancia para él.

—Murió ayer tarde. La encontraron unos chicos de Uga que estaban cazando lagartos. Estaba tirada entre las viñas.

—Eso del corazón, ¿no? —dijo el alcalde mirando al médico.

—Sí.

—Bueno —siguió señor Sebastián—, ya Marcial le hizo el hoyo esta mañana, cuando nos enteramos.

Marcial sonrió al alcalde. «El municipio cumple —pensó—, y sus empleados». Se cruzó de brazos para que le vieran el luto.

Los chicos, con el camión parado y el petudo en tierra, no tenían nada que hacer allí. Las mujeres los usiaron como moscas. Los chicos se fueron hacia la iglesia. En la iglesia, el viento chocaba con las paredes y formaba corrientes que ascendían. Los chicos buscaron por los alrededores; buscaron cardos secos y manotearon las cabezuelas y se dispensaron las brujitas. Las brujitas transportan la semilla de los cardos. En verdad se llaman vilanos y parecen plumas. Los chicos soplaron para mantener las brujitas en el aire. Soplaban y reían. Se las llevaron soplando hasta la pared de la iglesia. Allí las dejaban en manos del aire ascendente y el aire se encargaba de llevárselas al cielo.

Las niñas contemplaban el juego de los chicos.

—¿Las brujas de verdad vuelan? —preguntó una.

—¡Claro que sí! —exclamó otra—. ¡Por eso son brujas!

—¿Y las brujas muertas?

—No sé.

—Pues a mí me gustaría ser bruja y volar siempre, viva y muerta.

Las otras niñas rieron y la señalaron.

—¡También tú te llamas María!

—Sí —dijo la niña sin darse cuenta.

Entonces, entre todas formaron una rueda y dejaron a la niña-bruja en el centro y le cantaron. Habían cambiado un poco la canción de siempre.

¡Vuela, vuela, Mararía,
que ya está muriendo el día!

La niña-bruja se echó a llorar. Sintió como si se hubiera muerto y volara entre los vilanos que llenaban ya el cielo de Femés.

—¡Vamos! —dijo señor Sebastián—. Hay que llevarla.

—Yo soy muy bajo —saltó el petudo.

Los demás hombres se fueron al camión y bajaron la caja y la pusieron en tierra. La alcaldesa llegó con sofoco. Traía unas flores de geranios.

—Aunque sea... —dijo—. Son las únicas del pueblo.

Las dejó sobre la caja. Luego corrió hacia la ladera del volcán, las faldas de la Atalaya, donde las mujeres se habían sentado como en un circo para ver el entierro desde arriba.

La caja la cargaron entre Pedro y su hijo, que iban delante, y señor Alfonso e Isidro, que iban detrás. La caja la llevaban muy desnivelada y Antonio el Paja tuvo que hacer todo el recorrido encorvado, como una burda imitación de Marcial. Marcial, en cambio, se esforzaba por atiesar el cuerpo y ponerse a la altura de las circunstancias, ya que se había metido entre el médico y el alcalde, como si también él fuese una autoridad. Detrás de la caja marchaba don Abel, el cura, con su gran sombrero de pleita y bien tomados los remiendos en la sotana. Parecía absorto en la contemplación de la luz.

La luz surgía roja por detrás de la Atalaya e incendiaba las nubes que como grandes flamas de fuego cruzaban sobre la isla. Acaso fueron las nubes tan rojas y fulgentes las que asustaron a los perros. Los perros aullaron largo y a las mujeres se les metió un escalofrío en el cuerpo. Así ocurrió a los hombres de Femés, cuando, ya en el camposanto, Marcial abrió la caja y vieron a María sin pañuelo ni embozo, los ojos solamente, porque...

—Hice lo que pude —confesó don Fermín López Aguirre, médico de Velitas.

Dobló una rodilla en tierra y rompió a llorar sobre la caja. Allí, delante de todos.

Don Abel, el cura, colocó una mano sobre el hombro del galeno.

—Fue una victoria —dijo— para todos.

Levantó luego la cabeza y le sonrió al diablo. Después de esto se dio a bendecir las retorcidas lavas de la isla.

En el cielo, unos pájaros volaban asustados y graznaban furiosos; unos pájaros grandes que se enredaban entre los cuernos del sol; unos pájaros negros.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

RAFAEL AROZARENA

El narrador y poeta Rafael Arozarena Doblado nació en Santa Cruz de Tenerife en 1923. Es una de las principales figuras de la literatura canaria contemporánea y se inserta en la generación de la posguerra. Miembro del grupo fetasiano (junto a Isaac de Vega, Antonio Bermejo y Juan A. Padrón), ha cultivado numerosos géneros literarios.

Sus primeros relatos fueron publicados en la revista *Arco* durante la década de 1940, así como sus primeros libros de poemas, *Romancero Canario* (1946) y *A la sombra de los cuervos* (1947). Las obras más conocidas por el público son sus dos novelas: *Mararía* (1973, finalista del Premio Nadal de 1971) y *Cerveza de grano rojo* (1984). También, a lo largo de las últimas cinco décadas ha publicado varias novelas cortas y poemarios, además de numerosos artículos y ensayos en la prensa.

MARARÍA

Esquiva y salvaje como la misma Lanzarote, una mujer impresionó a Arozarena durante su estancia en la isla: «Tal negro ciprés. Amada tea o cuervo en vertical, la vieja permaneció allí plantada un buen rato... Pero en la parte alta de aquel árbol requemado, algo surgía incandescente aún; algo como una brasa encendida surgía de aquellos ojos negros, árabes, jóvenes y hermosos».

Con esta impresión primera, construye Arozarena el personaje central de su novela Mararía; una mujer de belleza deslumbrante cuyo destino está marcado por la fiebre y la pasión. Unos personajes inquietantes que se retuercen entre el silencio, el asombro y el dolor; una atmósfera brutal, en la que lo mágico y lo misterioso amplifican y constituyen la realidad.

* * *

© Rafael Arozarena, 1973
Editorial Interinsular Canaria, S. L.
Diciembre, 1983

Cubierta de Sergio Ramos y Jaime Vera
sobre obra de Cesar Manrique (detalle)

ISBN: 84-85543-50-5